

SAUL TABORDA

—

JULIÁN VARGAS

(Novela)

CÓRDOBA

—

1918

DEL MISMO AUTOR:

Verbo profano (prosa y verso)

La eximente de beodez en el Código Penal

El mendrugo (drama)

El dilema (comedia)

La obra de Dios (drama)

La sombra de Satán (episodio novelesco)

Reflexiones sobre el ideal político de América

DOCTOR DON OSVALDO MAGNASCO
CON ADMIRACIÓN Y RESPETO

Noche de mediados de Marzo de 1909, a bordo de «El Guaraní», en viaje de Rosario a Buenos Aires.

Entre el sordo trajín de los motores y el murmullo de las ondas removidas, deslizábase el navío aguas abajo. Un aire fresco y húmedo, impregnado de perfumes agrestes, soplaba sobre el río y agitaba jugueteando las toldillas de cubierta. En la calma apacible de la hora y apenas develando el recato de las sombras tendidas sobre el sueño misterioso de las cosas, la luz lunar caía con serena placidez sobre el vasto panorama.

De pie, en lo alto de la popa, ageno al entusiasmo vocinglero que animaba la fiesta improvisada en el salón, ensimismado en sus propios pensamientos, Julián Vargas contemplaba el paisaje circundante, indefinidamente renovado. Su mirada se fijaba ora en la amplia llanura limitada por la costa que la luna iluminaba con escaso resplandor

a la distancia; ora en las islas envueltas en el manto de sombra impenetrable y solemne de los sauces; ora en las luces que, de cuando en cuando, aparecían, a los lejos, en la sede de algún pueblo ribereño; ora en la superficie del vasto Paraná dormido en el encanto sensual de la caricia de la luz.

Era un adolescente de mediana estatura, casi enjuto de carnes. Un porte señorial le distinguía. Sus facciones, bronceadas por los soles nativos, eran, a la vez, enérgicas y finas. Adusto y soberbio era su ceño. Negro bozo sombreaba apenas las curvas de su labio, y bajo el arco de sus cejas, pobladas con exceso, brillaba la mirada de sus ojos luminosos y oscuros.

Acababa de cenar en compañía de dos damas, doña Clara Martínez de Soler y Ernestina, su hija, a quienes les había presentado, en la tarde, al pasar por sobre la cubierta, su protector y compañero de viaje, don Luciano Boillot. La amable sencillez de los comensales, sobre todo la charla chispeante y animada de la señora de Soler, había establecido entre ellos una franca corriente de cordialidad. Gracias a ella, Julián se consideró pronto como entre viejos conocidos, de tal suerte que al finalizar la cena él también pudo levantar su copa en un brindis feliz y aplaudido.

Pero cuando los pasajeros, abandonando el co-

medos invadieron el salón, en cuyo piano una rubia delgada y enfermiza preludiaba un vals, Julián sintió que las fuerzas le flaqueaban y que un oleaje de sangre cálida y ardiente le abrazaba las sienes. Esquivó entonces la danza y corrió a refugiarse en la parte más oscura de la popa.

Y allí estaba entregado a cavilaciones incoherentes cuando un ruido de pasos le distrajo. Al mismo tiempo una voz dulce y suave pronunció su nombre.

— Señor Vargas...

— ¡Oh! ¿Usted aquí, señorita Ernestina?... — repuso el joven, estremeciéndose.

— ¿No baila, señor Vargas?

— No, señorita; yo no sé bailar.

— Le hemos buscado por todas partes para invitarle a un pericón. En su provincia, se baila todavía el pericón?

— Creo que poco... en las sierras, al menos...

— En Entre Ríos gusta siempre. ¿Le agrada a usted?

— Mucho — dijo Julián por responder algo.

De improviso el tema pareció agotarse. Ambos guardaron silencio como presas de repentina turbación. Fué un momento difícil en verdad. Ella había perdido su gracioso desenfado, su aplomo acostumbrado, y aparentaba preocuparse como

dando la gasa de su gorra de viaje agitada por la brisa. El, por su parte encendió un cigarrillo, pero pensando que no debía fumar en presencia de una dama lo arrojó en seguida.

Malgrado sus íntimos esfuerzos, la presencia de Ernestina le causaba confusión. La sangre se agolpaba a sus sienes hasta congestionarle; nublábase sus ojos; le latía con vertiginosa rapidez el corazón; y hablaba, a veces, con toda incoherencia, tartamudeando casi. En distintas ocasiones, a la tarde, en el ir y venir de pasajeros en cubierta, y a la noche, en el transcurso de la cena, había intentado examinar con detención su plástica hermosura; pero cuantas veces levantó sus ojos hacia ella, otras tantas hubo de bajarlos con presteza mal disimulada, corrido, dominado por el suave candor de su mirada.

Sin embargo, su turbación no era tan grande que venciera a su deseo. Aprovechando la preocupación con el velillo pudo, al fin, contemplarla no por cierto con entera libertad sino a hurtadillas, tembloroso, con el temor extraño de quien viola un secreto prohibido. Una vez, cinco, diez veces su mirada ávida, ardiente, adoradora, se fijó con rapidez en la negra cabellera cuyos bucles caían por debajo de la gorra; en la línea finamente sensual de su nariz; en sus mejillas sonrosadas y sua-

ves como un pétalo; en la gracia de su boca; en las formas elegantes y firmes de su cuerpo. Al contemplarla una emoción inmensa le impedía respirar.

— ¡Ya está! Al fin pude anudarla — murmuró Ernestina, arrojando hacia atrás la gasa de su gorro. Luego, señalando un banco próximo, añadió: — ¿Quiere usted que nos sentemos ahí?

— Con mucho gusto.

— Sin duda usted dirá que obro como una indiscreta al turbar sus pensamientos — continuó Ernestina mientras se encaminaban hacia el banco.

— De ninguna manera — aseguró Julián.

— Las porteñas pecamos de indiscretas.

— No lo creo.

— Es así; se lo aseguro. Usted, que va a vivir en Buenos Aires, tendrá ocasión de convencerse de ello. Pero, a pesar de todo, somos buenas.

— Usted, al menos...

— ¿Qué le parezco yo?

— ... Que es muy buenita...

— Muchas gracias. Los provincianos tienen fama de ser muy amables. Sobre todo, los cordobeses unen a su fina educación la seriedad.

— ¡Oh!...

— Nada de modestia! Y le prevengo que las porteñas les prefieren... No se por qué me parece

que usted no volverá solo a su provincia. Cuidese de las porteñas.

Julián sonrió, haciendo con la cabeza un gesto negativo.

Ernestina prosiguió:

— ¿Dice que no? A menos, claro está, que haya dejado algún recuerdo allá, por su provincia...

.. — Aseguro a usted que no.

— Todos aseguran lo mismo. En eso no se diferencian mucho los provincianos de los porteños. Lo más probable es que haya dejado en Córdoba algún cariño, algún amor que esperará pacientemente el regreso de su dueño.

— Nunca tuve novia — suspiró Julián.

— ¡Suspira sin embargo! — dijo Ernestina con rapidez. Y agregó después de una breve pausa: — Suspirar es amar.

Creyó haber dicho algo inconveniente y guardó silencio. Julián, que había permanecido un tanto preocupado mientras ella pronunciaba sus últimas palabras, murmuró en voz baja, con un acento ahogado:

— Suspirar es amar: la he oído suspirar hace un instante.

— ¿Suspirar?

— Sí.

La joven rió de buena gana:

— ¿Se me habrá enamorado el corazón sin mi permiso?

— Fuera raro.

— Traidor es el amor.

— Usted lo dice...

— Afirman que entra, sin ser visto, por la puerta de los ojos. Lástima que usted no estudie medicina en vez de abogacía.

— ¿Yo?

— Sí, usted.

— Aún es tiempo. ¿Para qué?

— Para que me diese una receta para el mal de amores... se sabe que es un mal... — respondió mirando al joven de una manera extraña.

El desconcierto de Julián subió de punto; pero aún pudo balbucear:

— ... No es preciso ser médico...

— ¿Qué? ¿Me va a aplicar la ley?

— No tal.

— ¿Entonces?...

— El mal de amores se cura... con amor...

Dijo y enrojeció; la sangre le embargó. Nunca se había visto en un trance tan difícil. Falto de hábitos sociales; educado en un género de vida que excluía la frivolidad brillante de la galantería y los banales devaneos de la charla, mantener

este juego de palabras fué para él una empresa superior.

— ¿Es el único remedio?

— El único.

— A no haber otro moriré — exclamó ella riendo.

Trás una pausa prolongada, Julián dijo:

-- Pienso que si su corazón se ha enamorado sin permiso, sanará mañana... cuando llegue a Buenos Aires... y le conceda usted su venia. ¿No es verdad? Con franqueza...

Esperó en vano una respuesta. Sin embargo, prosiguió:

-- Por que, seguramente, todo estriba en eso. ¿No es así?

Ernestina no repuso. Permaneció silenciosa y preocupada un largo rato, con la mirada fija en la línea oscura y fugitiva de la costa.

De improviso, en un estremecimiento rápido, nervioso:

— ¡E estoy muerta de frío! Toque usted mis manos — exclamó, cogiendo la diestra de Julián.

Una brusca sacudida, instintiva, involuntaria, hizo dar a éste un salto atrás. Al contacto de aquella mano delicada, fué presa de un vértigo indescible. Nunca había sentido una impresión como la que experimentó en aquel instante; fué algo extraño; fué a la vez la pena de la profanación y

el placer del sacrilegio; fué, al mismo tiempo, el goce inenarrable del misterio que se viola y el dolor de la verdad que se revela.

Ernestina, apercebida del recelo de Julián, lanzó una franca risotada.

—Perdone, señor Vargas —dijo luego.— Ha sido una tontería. ¿Qué pensará de mí?

El intentó disimular el efecto de su acción. Convicto de torpeza, avergonzado íntimamente de lo que consideró una falta de hombría imperdonable, hilvanó cuatro palabras y ensayó un gesto de serenidad que le resultó una mueca.

Doña Clara y Boillot se aproximaban conversando en alta voz.

— La hora me obliga a cortar este coloquio —dijo la señora al aproximarse a ellos.

—Obra usted como la fatalidad —observó Boillot intencionadamente.

— Así somos las suegras.

— Te anticipas, madre —respondió Ernestina acariciándola.

— Tengo prisa en serlo, hija.

— En buena hora —exclamó Boillot. — ¿Qué dice usted, amigo Vargas?

— Digo lo mismo.

Doña Clara, que ya había puesto el pie en la escalerilla de descenso, agregó:

— Bueno, Ernestina, es hora de dormir.

— Vamos, mamita.

— No olvide, doña Clara, que esta noche he librado a usted de la partida de pocker — exclamó Boillot. — Mañana tendré el gusto de ganársela.

— Le emplazo, señor Boillot — repuso la aludida.

De pronto los acentos de una marcha subieron del salón y poblaron de una extraña armonía la calma de la noche. Como si un hálito sutil y misterioso les hubiese quitado la palabra de modo repentino, sobrecogidos de emoción, los cuatro personajes se miraron en medio de un silencio religioso.

Al morir las postreras vibraciones, la señora de Soler dijo:

— Ha pasado un ángel por encima de nosotros.

— Un ángel de belleza, mamita — añadió su hija.

— ¿Qué música es esa? — interrogó Julián, ahogando a duras penas un suspiro.

Ernestina le envolvió en una mirada indefinida y, mientras se alejaba en pos de doña Clara, le respondió:

— Es la Marcha Nupcial de Mendelssohn.

— Hasta mañana.

— Buenas noches, señoras.

Cuando madre e hija se alejaron, Boillot tomó del brazo a Julián, diciéndole:

— Le invito a caminar. ¿Quién piensa en dormir cuando la noche es tan espléndida?

— Realmente lo es.

— Sobrè todo si se la mira a través de sus impresiones — añadió Boillot sonriendo picarescamente.

— ¿Por qué?

— ¡Oh! Cuando se está bajo la influencia de un viaje en compañía... Afortunado el joven Vargas.

— Pero...

— Esto no admite réplica. Le felicito de una vez. Es una hermosa niña.

— ¡Ah! Se refiere a...?

— A Ernestina, sí.

— Reconozco que es hermosa... aún cuando no le falta su defecto; pero su felicitación no sé a qué viene.

— Al buen gusto. No sea reservado. Es menester ser ciego o cosa parecida para no advertir el interés con que la mira usted cada vez que se encuentra en su presencia.

— Interés... es decir...

— No, señor; interés en la única acepción de la palabra. ¡Ah! Y por lo que a Ernestina se refiere no es menor la simpatía que usted ha sabido despertar. ¡Buen comienzo, amigo Vargas!— terminó Boillot palmeándole — ¡Buen comienzo!

— Eso me halaga; pero lo de la simpatía...

— ¿Quiere que le cuente?

— Cuente usted.

— Hace un par de horas, cuando entró al salón de baile, un joven — amigo de ella, creo — la invitó a bailar unos lanceros; pero mientras se formaban las parejas, Ernestina se escapó. Fué imposible retenerla; parecía que algo le faltaba; miraba a todas partes como si esperase vivamente a alguien que tardaba en presentarse hasta que, no pudiendo esperar más, pretextó que iba a tomar un poco de aire y se marchó. ¿A dónde fué? Eso usted lo sabe. ¡Buen comienzo, amigo Vargas! Pienso escribir sobre esto a su padre. ¿Qué le parece? Le daré noticias del debut de su hijo.

— Suposiciones... Usted cree que una niña como Ernestina...?

— ¡Bah! Ella es así. Franca, sin reatos, casi ingenua, no se cuida para nada de las conveniencias ni del qué dirán; hace lo que quiere y dice lo que piensa. ¡Oh, la conozco bien!

— Mucho tiempo hace que la trata usted?

— Mucho. Tengo amistad con toda su familia. Su padre es el coronel Soler. ¿No le ha oído nombrar?

— Nunca.

— El coronel Soler es conocido en todo el litoral. En Entre Ríos goza de un prestigio indestructible. El hombre tiene historia, eh? ¡Ah, sí! Tomó parte principalísima en todas las revoluciones y revueltas que han tenido por teatro las provincias de Entre Ríos y Corrientes desde cincuenta años atrás. Hasta en las de la república Oriental ha intervenido. El y sus gauchos peleaban a lanza únicamente. Se asegura que eran invencibles. «La lanza de Soler» se dice en Entre Ríos para sintetizar toda su vida. Cuando se hizo la paz definitiva el coronel se retiró a una importantísima estancia que posee no lejos de Paraná y se dedicó a hacer y deshacer gobernadores. Las tareas rurales no le impiden manejar a su capricho la política de su provincia. El gauchaje le responde ciegamente. Desde luego, él mismo es un gaucho hecho y derecho. Rara vez baja a Buenos Aires...

-- A visitar a su familia.

— Justamente. En Buenos Aires viven su esposa, doña Clara, Ernestina y Juan Antonio, el único varón, estudiante de derecho, como usted.

— Amigo suyo?...

—Tenemos amistad. Espero que con usted la tendrá más...

—No es imposible—respondió Julián ofreciendo un cigarrillo a su interlocutor y encendiendo otro él.

Boillot siguió hablando un largo rato sobre pormenores banales de los hábitos de la familia de Soler, refirió episodios de la vida del coronel, y terminó aconsejando al joven Vargas que frecuentase el hogar de sus recientes relaciones.

Era la una cuando se dispusieron a dormir. La luz lunar caía mansamente sobre la vastedad del escenario. Jadeaba «El Guaraní» arrastrándose a favor del curso de las aguas. A lo largo de la estela caprichosa de su ruta iban quedando, unos tras otros, los sauzales de las islas, envueltos en el hondo misterio de las sombras, inmóviles, silentes, como enormes embarcaciones ancladas en las aguas dormidas... ①

Julián se levantó más temprano de lo que sabía hacerlo de ordinario. Vistióse con cautela para no turbar el sueño de Boillot y abandonó el camarote.

Una ráfaga de viento le azotó la cara y le mesó la cabellera. Respiró a pulmón pleno el aire matinal; una voluptuosa sensación de fortaleza recorrió todo su cuerpo haciéndole olvidar las molestias del insomnio. Porque no había dormido ni un instante; toda la noche ensayó posiciones en la cama en el afán de conciliar el sueño; pero inútiles fueron sus esfuerzos, no lo pudo conseguir.

La idea del arribo ya cercano a Buenos Aires le causaba la inquietud llena de ansias del encanto próximo a gustarse. Buenos Aires tenía sobre él el influjo de un raro sortilegio. A través de sus lecturas de los quince años, en el colegio religioso donde se educara, había visto la gran urbe con todo el esplendor de las ciudades antiguas. Ima-

ginábala magnífica, grandiosa; la creía una Atenas de innúmeros palacios de hermosas balaustradas, de airosas columnatas, rodeados de parques, y de lagos y de estátuas. Admiraba de modo anticipado la maravilla de los templos; y ahito de belleza, recorría con la imaginación sus inmensas avenidas de mármoles lúcientes.

Pero su objeto primordial no era simplemente el de «ver» a Buenos Aires por el mero placer de conocerla; el designio eficaz que le arrastraba de un modo irresistible hacia ella, era distinto del que impulsa al turista preocupado en procurarse sensaciones pasajeras: Julián Vargas había contraído consigo mismo el solemne compromiso de cumplir una gran obra en Buenos Aires.

Una gran obra, sí. He ahí el objetivo de su viaje. Cada vez que meditaba sobre ella, su cuerpo delgado y elegante se erguía con firmeza; sus facciones contraíanse en un gesto decidido; enarcábanse sus cejas, y un fuego penetrante centelleaba en sus grandes ojos negros. Hacía mucho tiempo que la había concebido. Lo recordaba bien. Fué en Córdoba, en la capilla de ordinario sombría y silenciosa, del seminario conciliar de Loreto, una mañana de Diciembre. Un orador sagrado, que acababa de llegar procedente de Roma, dirigía una alocución a los jóvenes seminaristas. Su palabra

vehemente, emocionada, conmovida, describió todos los males y los vicios de la época, lamentó con amargura el creciente menosprecio de las cosas divinas, de la virtud y del honor, y concluyó con un llamado a las almas de buena voluntad a redoblar las energías para salvar el mundo por la fe. Julián, que le escuchaba de rodillas, se quedó un largo rato contemplando la imagen de la Virgen, con los ojos arrasados de lágrimas. Un rayo de sol que penetró por la roseta, le bañó el rostro como una bendición. Dos lágrimas ardientes surcaron sus mejillas, y en un supremo arrobamiento místico, en un éxtasis divino, su alma se iluminó con la inefable concepción de su obra redentora. Desde entonces la pensó en largas vigiliias, sin decir nada a nadie. Una vez estuvo a punto de comunicarle su designio a su más íntimo amigo, Antonio Guezales; pero se contuvo, temeroso y prudente, porque antes de que él hablara, le oyó decir que la plática del orador romano era el más refinado exponente de la hipocresía religiosa.

Convencido de que no podría llevar a feliz término su empresa abrazando el sacerdocio porque se lo impedía su salud y porque, en medio de todo, una curiosidad innata pugnaba con una fuerza potente y eficaz por la vida independiente y libre de las trabas de ritos y de cánones, había de concluir la

de otro modo aún cuando le costara el sacrificio de su vida misma.

Abandonó el seminario y cursó el bachillerato en el colegio de Santo Tomás. Siete años de enseñanza le habilitaron para ingresar a las Facultades. Pensó entonces estudiar derecho en la Universidad de Córdoba; pero una circunstancia inopinada modificó su resolución. Pasaba una temporada de descanso al lado de los suyos en la estancia de Olain, el terruño serrano donde nació, cuando trabó relaciones con don Luciano Boillot. Don Luciano Boillot, que se hacía pasar por un acaudalado rentista de Buenos Aires, se hospedaba, desde hacía algún tiempo, por razones de salud, en San Andrés, pequeña población lindante, arroyo de por medio con la heredad de Vargas. Allí le conoció Julián. Tras largas y frecuentes conversaciones, Boillot le convenció de que debía estudiar en Buenos Aires.

En conocimiento de este proyecto, don Eusebio Vargas, el padre de Julián, requirió la opinión de algunos parientes residentes en la ciudad, de quienes se asesoraba siempre por ser personas espectables y de ponderado juicio. Sus parientes encontraron peligrosa aquella incursión a lo desconocido; y entonces la familia entera hizo suya la opinión. Pero Boillot supo aprovechar una coyun-

tura favorable. Don Eusebio poseía por herencia paterna una merced que abarcaba una importante y dilatada zona de tierra en el valle de Punilla, «de cumbre a cumbre», como rezaban las escrituras otorgadas por el rey, tres siglos atrás, al conquistador don Borja Vargas de Luján. Estudiando dichas escrituras, Boillot había encontrado que ellas daban derecho a don Eusebio a más tierras que las que poseía en efectividad, y venciendo la resistencia de éste, que al principio parecía contento con los bienes que usufructuaba, formalizó un convenio en virtud del cual él se comprometió a hacerle devolver el suelo detentado por extraños y, al mismo tiempo, a formar un sindicato con un fuerte capital para explotar sus minas. Para decidirle a facilitar el proyecto de Julián, se comprometió también a proporcionar a éste una cómoda pensión y aún añadió que, gracias a su influencia, conseguiría que el futuro jurista entrase desde el primer momento al estudio del abogado a quien encomendaría las gestiones judiciales.

Las ventajas prometidas quebrantaron los escrúpulos de don Eusebio. La última en dar su consentimiento fué ña Mecha, la abuelita, que se aferraba al juicio del padre Rainerio, el párroco de San Andrés. El padre Rainerio no alcanzaba a

comprender por qué, habiendo en Córdoba una Universidad de tanta fama, Julián se empeñaba en irse a Buenos Aires. A esto ña Mecha agregaba una consideración de peso. En Córdoba tenían miembros de la familia que ocupaban alto rango. Ellos aconsejarían a Julián y le servirían de guía en todos sus actos, ayudándole a formarse y a ser hombre de provecho. Concluida su carrera, Julián debería quedarse en la ciudad y formar allí su hogar. Y pensando que su felicidad consistía en esto antes que nada, se atrevía a insinuar el íntimo deseo de que buscarse la compañera de su vida entre las mujeres de la familia o bien en otras señaladas por la alcurnia.

Asediado por estos razonamientos, Julián afirmó al uno y a la otra, que el objeto de su viaje era formarse y «ser algo». Excusó decir que sus parientes de Córdoba, a los que había visitado muy pocas veces, no le eran nada simpáticos.

— Ser «algo». Eso podría conseguirse en Córdoba... — observó ña Mecha.

— El ansia de ser «algo»; siempre la ambición, la ambición, — murmuró el padre Rainerio, dejando caer los brazos con desaliento.

Julián insistió:

— Quiero formarme, padre. Esta inquietud es-

piritual que me agita y me domina no puede ser en vano... A lo menos, así lo pienso...

— Para ser un hombre útil basta con ser bueno, hijito, — murmuró la abuela.

— La ambición de ser hace sufrir, Julián — aseguró el párroco. Sufrirás mucho; no conoces la vida... Tendrás que vencer mil inconvenientes.

— Lucharé. Estoy dispuesto a ello.

— Quiera Dios que triunfes, hijo. Pero presiento que conocerás el dolor más de lo necesario.

— No tema, padre. Y tú, abuelita, no te aflijas. Tiempo al tiempo.

— El cielo te bendiga.

— Hágase su voluntad.

Y la escena terminó con la victoria de Julián.

Afirmado a la baranda de la nave, con los ojos clavados en los lindes lejanos e imprecisos del día y de la noche, henchida el alma de esperanza, el joven Vargas pensaba en estos y en otros mil detalles de su vida. En medio de su largo devaneo la imagen del buen padre Rainerio se presentó de improviso en su retina; vió con fidelidad la figura de su cuerpo recio y regordete y se sintió acariciado por la sonrisa de infinita bondad que animaba de continuo sus facciones.

Un íntimo reproche le asaltó pensando en él: el de no haber sido enteramente franco al expo-

nerle el motivo de su viaje. Le era conocido: luego debió decirselo todo, sin ocultarle nada. Ese era su deber para quien le había hecho jugar, cuando pequeño, en sus rodillas y cuando adolescente le había conducido por la senda del bien con sus consejos. La conciencia le acusaba de su falta y él la expiaba íntimamente disponiéndose a redimirla en la primera oportunidad que se le presentara.

Este remordimiento producido por un hecho inapreciable en apariencia, bastaba por sí solo para revelar la idiosincracia de Julián, con toda nitidez, a la manera del rayo luminoso que aguzándose a lo largo de la grieta descubre las entrañas del abismo. Cada vez que por un acto, casi siempre involuntario, lesionaba más o menos gravemente algún concepto o algún comportamiento consagrado por sus firmes principios morales, sufría una verdadera tortura espiritual. Todos los años de enseñanza religiosa le habían inculcado una norma de conducta inflexible como un hierro, que él cumplía con la firme voluntad de un cenobita.

De repente, al recuerdo del párroco se ligó el de Matilde, la sobrina de éste. Compañera de la infancia de Julián, juntos crecieron en la estancia de los Vargas, hasta el día que el joven ingresó al seminario conciliar y después a Santo Tomás. Cuando Julián regresó de la ciudad con su certi-

ficado de bachiller, bañó a Matilde convertida en una niña de diez y siete abriles, desarrollada, fresca, rozagante, como la manzana madura de los huertos serranos. Quedó asombrado de aquel cambio; nunca, antes de ese momento, se había percatado de la hermosura de la joven. Admiró, sobre todo, la exuberancia carnal incitante de su cuerpo, la serenidad luminosa de sus ojos y la línea perfecta de su dentadura blanca como la leche que ordeñaba, a la mañana, para él, en el aprisco. Un día, a la hora de la siesta, se encontraron solos, en el vado del arroyo, a inmediaciones de un cañaverl. Julián le dió la mano para ayudarla a pasar saltando por los cantos rodados e inopinadamente sintió que la sangre le afluía a la cabeza. Su cuerpo se agitó como la caña estremecida por el viento, y no pudo articular palabra. Matilde, por su parte, habló con una sonrisa encantadora:

— Pero Julián, parece que se han ido los tiempos en que jugábamos a los novios.

— Así es, Matilde...

— Te acuerdas... se acuerda usted de la última vez... cuando nos casamos?

— No... no recuerdo...

Matilde se puso roja, como una guinda. Bajó los ojos conturbados y guardó silencio.

— No me tratas ya con la confianza de antes...

bueno... — balbuceó Julián. — A la verdad que me parece extraño todo esto...

— Usted... usted... tendrá novia de verdad en el pueblo — murmuró Matilde.

— No, pues...

— Le he oído decir a tío Rainerio que usted se casará de veras...

— No, pues...

Y silenciosamente prosiguieron su camino, mientras cantaban las chicharras en los árboles en flor.

Un sentimiento nuevo, hasta entonces desconocido, floreció en el alma de Julián. Desde aquel instante, y muchas veces, acaso sin quererlo, internaba su pensamiento en el devaneo de un futuro imaginario. Se veía unido en matrimonio con Matilde, habitando aquella vieja casa de muros seculares que había visto nacer y morir tantas generaciones de Vargas, sucedidas unas tras otras, de una manera monótona, como las ondas de un río, perpetuando en el tiempo el apellido del guerrero que cavó los cimientos fundamentales. Matilde, buena, hacendosa, enamorada siempre, atendía las faenas domésticas; él, por su parte, guardaba acrecentando con empeño el ganado heredado de sus mayores, y abría anualmente, con la precisión de un rito, el viejo surco que desde hacía más de

doscientos años, colmaba de mieses las alacenas del hogar.

Pero la idea de su obra, la inquietud espiritual que le incitaba y la ambición desmedida de gloria, de una gloria que creía asegurada nada más que para él, disipaban bien pronto estos ensueños. ¡ Ah, no! No podía quedarse en el terruño. Era necesario romper aquellos lazos invisibles que querían amarrarle. No quería detenerse a examinar si amaba o no a Matilde por el temor de pensar en algo que le atara a un vivir precario y sin grandeza.

Encendió un cigarrillo y se sentó en un banco a contemplar el nacer del nuevo día. Los resplandores de la aurora empurpuraban la móvil superficie de las aguas. Flotaban a lo lejos, en distintos rumbos, las velas blancas de las embarcaciones.

Algunos pasajeros se habían levantado a contemplar el panorama y se paseaban por la cubierta charlando en alta voz.

Dos señores pasaron por delante de Julián sin advertirlo. Conversaban.

— Es enferma — dijo uno.

— Incurable, por desgracia — añadió el otro.

Julián se estremeció.

— ¿ Enferma? ¿ Quién? — se preguntó. Siguió escuchando.

— Viene del Paraguay. La pobre ha ido en busca

de salud hace mucho tiempo; pero todo ha sido inútil. Hay en su vida una historia de amor desventurado.

— La causa de su mal, sin duda.

— Así se dice. Un truhán la requirió de amores; pero cuando ya estaban próximas las nupcias se ausentó. No ha podido olvidarlo. ¿Verdad que es desgraciada?

— Si duda. ¡Y es un alma de artista!

— De artista, ciertamente.

Y se alejaron.

Tenía preocupado a Julián la narración tan escueta de los paseantes, cuando Ernestina apareció delante de él. Vestía un traje vaporoso y ligero. Al joven Vargas le pareció más bella que la noche anterior.

— Buenos días, señor Vargas.

— Buenos días, señorita. ¿Cómo ha pasado usted la noche?

— No muy bien. ¿Ha madrugado usted? — ininterrogó a su vez, sentándose al lado de Julián.

— Me levanto temprano de ordinario — respondió el aludido.

— Yo soy como marmota. Pero no he podido dormir; tal vez sea a causa del vino que tomé en la cena; el vino me produce un efecto desastroso.

— ¿No ha dormido usted?

— Ni un momento; míreme los ojos. ¿Lo ve usted?—dijo la joven aproximándose a Julián.

— Lo siento mucho.

— ¡Cómo!— exclamó Ernestina de repente—
¡ Pero usted tampoco ha dormido bien! Tiene hin-
chadas las pupilas. Están rojas...

— Efectivamente. Esa cama tan estrecha... y
después el fragor de los motores...

— Y agréguele también las sensaciones de su
viaje— añadió ella con presteza, riendo alegre-
mente.

— Por supuesto.

— ¿Con que sí?

— No he de negarlo.

— ¿Han sido gratas?

— Algo más: inolvidables.

— Buen augurio. Alguna vez ha de contarme
las que tenga en Buenos Aires. Ojalá sean muy
agradables.

— Muchas gracias.

— Porque espero que usted no nos privará de
su amistad...

-- Ella me honra.

— Gracias; pero sea más consecutente que ga-
lante. Dedíquenos algún momento. Cuanto más
frecuentes sean sus visitas tanto más pensaremos
que aprecia nuestro afecto. Mamá y yo le esti-

mamos de verdad, como si fuese un viejo amigo.

— ¡Oh, son ustedes tan amables!

— ¡Guay de usted si nos olvida!

— Ni pensarlo!

— La promesa es una deuda.

— Me reconozco su deudor.

Y guardaron silencio.

Todos los pasajeros de «El Guaraní» se habían levantado y circulaban de uno a otro lado, con inusitada animación.

Doña Clara y Boillot no tardaron en unirse a los dos jóvenes.

— Anoche ha ocurrido un accidente — dijo doña Clara después de saludar.

— ¿Qué ocurrió mamá?

— Esa niña rubia que tocaba el piano sufrió un violeto ataque después de ejecutar la Marcha Nupcial de Mendelssohn.

— ¿Un ataque de histerismo, señora...?

— No se sabe bien. Pero su estado es alarmante.

— ¡Pobrecita!

— Viene del Paraguay — dijo Boillot.

— Sí, del Paraguay — confirmó Julián maquinalmente y se quedó pensativo un buen momento.

De pronto dijo doña Clara:

—Somos cuatro: estamos, pues, en número para hacer una partida.

—¿De naipes?

—Justamente, señor Boillot.

—Aceptado.

—¿Es de su agrado, señor Vargas?

Julián se sobresaltó:

—Perdóneme, señora, no he prestado atención.

—¿Quiere usted que matemos el tiempo con una partida de naipes?

—Sí, señora. Con mucho gusto.

—De paso ganaremos a doña Clara algunos pesos — dijo Boillot.

—Allá veremos — repuso la aludida.

—Vamos, pues.

—Por lo pronto usted debe acordarse, don Luciano, de que en otras ocasiones no he sido yo la pagadora...

—¡Ah! Esos fueron anticipos — repuso Boillot riendo, mientras se dirigían al comedor.

Ernestina que se había quedado con Julián un poco atrás, le interrogó con interés:

—¿En qué se quedó pensando usted hace un momento, antes de que mamá nos propusiera esta partida?

—... No recuerdo.

— Se había hablado de la rubia de la Marcha Nupcial... ¿Ya se ha olvidado?

-- ¡Ah! Cavilaba. Yo soy dado a cavilar.

— Pensaba en algo lejano... o quizá en la rubia.

-- No, seguramente.

— Es usted muy reservado.

De improviso, casi con brusquedad y cambiando de entonación, Julián le preguntó, mirándola con fijeza:

— ¿Cree usted en el amor?

— Me sorprende.

— Quiero responder a su pregunta y así mismo quiero satisfacer una curiosidad. Dígame usted su opinión, franca, sincera, sobre el valor de un juramento. Dos seres se dicen: «Te amo. Nuestro amor será eterno». ¿Es posible que así sea?

— Sí, cuando lo dice una mujer; no, cuando lo dice un hombre. Yo creo en el amor.

— ¿Cree?

— Sí. He satisfecho su curiosidad; satisfaga ahora la mía. ¿Por qué me ha formulado la pregunta?

— Se lo diré después.

— ¿Me lo promete?

— Es mi palabra.

Entraron al salón.

Horas más tarde se anunció la proximidad de Buenos Aires. Julián saltó de su butaca con las cartas en la mano.

— ¡Buenos Aires! ¡Buenos Aires! — exclamó para si mismo, escrutando el horizonte.

La ciudad se distinguía no sin cierto trabajo, a la distancia. Las reverberaciones del sol sobre las aguas imprimían al paisaje un aspecto fantástico y extraño. Vista en las brillanzas del gran río, la metrópoli le hizo recordar esas ciudades de marfil y alabastro de que hablan las leyendas orientales. Creyó por un momento que era tal como la había concebido, acaso más maravillosa todavía; pero, a medida que el barco se acercaba, se fué convenciendo de que era lo contrario hasta que, al fin, el misterio concluyó por develarse para siempre.

Eso no obstante, una emoción indescriptible le embargaba. Deseaba vivamente poseer la facultad o el privilegio de expresar su entusiasmo delirante con hechos materiales, de correr hacia algún lado, de agitarse, de dar voces, de gritar a pulmón pleno: « ¡Buenos Aires! ¡Buenos Aires! »; pero se contenía a duras penas, con los puños crispados, húmedo los ojos, estático ante el amplio panorama que comienza en la masa verdinegra de Palermo y se dilata por la abierta extensión de la llanura

y a lo largo de la ribera indefinida del gran río.

Un sol esplendoroso caía sobre todo; cabrilleaba sobre el Plata inundándolo de luz hasta el confin lejano; iluminaba con fulgor adiamantino los tejados de la urbe, y recortaba las líneas principales de las humeantes chimeneas, de las atrevidas cúpulas de los templos y de los rascacielos, de los mástiles erectos, sobre el diáfano cristal del horizonte.

El bullicioso ir y venir de pasajeros preocupados en preparar sus equipajes le distrajo.

— Es necesario tener listas las maletas, amigo cordobés — dijo Boillot.

Julián puso manos a la obra con apresuramiento. No tuvo tarea para mucho; su equipaje se reducía a poca cosa; un baúl y una balija. Metió en ellos la ropa que no necesitaba y salió del camarote.

— Al salir se encontró con Ernestina.

— ¡Qué hermoso día! — díjola.

— No lo hallo así — repuso ella con un dejo de tristeza.

— Es raro, sin embargo.

— No; me he habituado de tal modo al «Guarani» que me apena la idea de dejarlo. Soy así; echo raíces en seguida... como la mala yerba.

— En eso me parezco — dijo el joven advirtiendo la tristeza de Ernestina.

— ¿Se parece?

— Justamente.

Doña Clara se acercó en ese momento.

En la ribera se agitaban los pañuelos de las saluciones. Lentamente «El Guarani» se aproximaba al malecón entre un confuso rumorear de voces que partían de una y otra parte.

— Hora es ya de que nos despedamos — dijo doña Clara. — Señor Vargas — añadió tendiéndole su mano — nuestra casa se honrará con su presencia.

— Muchas gracias, señora — respondió el joven, conmovido, estrechándole su mano entre las suyas.

La señora se alejó.

— No nos olvide usted — dijo Ernestina despidiéndose a su vez.

— Hasta pronto, señorita...

Dijo, y no pudo concluir la frase. Con la mano de la joven aprisionada entre las suyas, fija en ella la mirada profunda de sus ojos, intentó aún decirle otras palabras, reiterarle su promesa; pero algo así como un nudo en la garganta le ahogó toda expresión.

Ella no pudo menos que mirarle con sorpresa al notar su turbación. Pero, hondamente emocionada, al mismo tiempo, no supo qué decirle. Re-

tiró su mano y se alejó envolviéndole en la suave caricia de una sonrisa indefinida, misteriosa...

El la siguió con la mirada hasta que le distrajo un empellón del mozo de cordel que conducía sus maletas.

— ¡En marcha! — díjole al mismo tiempo don Luciano, arrastrándole consigo.

Julián obedeció sin musitar. Pensativo y preocupado seguía detrás de don Luciano, abriéndose camino entre el gentío, cuando, de repente, se encontró con la mirada de Ernestina. En ese instante la joven disponíase a subir a un automóvil. Un hombre joven y elegante la atendía.

— ¡Vamos, Julián! — gritó Boillot desde un coche en que se había acomodado.

— En seguida... un momentito... — respondió el aludido.

Velozmente el automóvil pasó muy cerca de él. La mano de Ernestina se agitó afectuosamente. Era el último adiós de una quimera. Julián se descubrió con devoción.

— ¡Un segundo!... — dijo aún, y se quedó mirando aquel vehículo hasta que el tono blanco del sombrero de Ernestina se perdió en los vericuetos de las calles. Luego trepó al carruaje y dió orden de marchar.

— ¡Estos enamorados!... — murmuró Boillot.

Julián tuvo un desahogo. No quiso ni pudo disimular su desazón. Un tanto exasperado, pero suavizando lo mejor que pudo el tono de su voz:

— ¿Ha visto a ese hombre joven que la acompañaba? — interrogóle.

— He visto a ese hombre joven — respondió Boillot con marcada indiferencia.

— ¿Y?...

— ¿Y qué?

— ¿Quién es?

— El novio de Ernestina.

— ¿Tiene novio?

— Desde luego.

La molestia de Julián subió de punto.

— Con que la niña tiene novio...

— Sí, señor.

— Vaya una coqueta.

Permaneció un momento silencioso. ¡Si ese hombre se muriese!, pensó para si mismo. Boillot, que le observaba de soslayo, le musitó al oído:

— Es su hermano.

— ¡Su hermano!

Julián tuvo deseos de abrazarle.

La fusta del auriga restalló sobre el caballo; el fiacre echó a rodar con estrépito por el áspero pavimento del puerto, y bien pronto los viajeros se encontraron en medio a la vorágine que agita febrilmente las entrañas de la inmensa urbe latina.

El coche se detuvo en la casa 415 de la calle Santiago del Estero, la casa de hospedaje de madame Sabela Mirabel. Boillot descendió con rapidez y entró sin anunciarse. Un momento después una sirvienta condujo al joven Vargas a la habitación que le habían destinado. Luego llevóle sus maletas.

— ¿El señor ordena algo? — preguntó después la criada cuadrándose delante de Julián con los brazos en jarra. *

— No; por ahora nada — respondió Julián, reparando en ella.

Era una moza blanca y menuda, pero bien formada. Vestía con un gusto muy distinto del de las chinitas de Córdoba. Una falda corta y ajustada hacían resaltar las formas de sus nalgas. Caminaba a saltitos, como un pájaro.

— ¿Qué toma el señor por la tarde?

— Nada. ¿Cómo se llama usted?

—Laura García, por mar y tierra, para que usted me mande.

La criada se alejó. Al cabo de un cuarto de hora reapareció.

—De parte del señor Boillot, que le visitará mañana.

—Muy bien.

—Y madame Sabela dice que esta noche tendrá el gusto de saludarle.

—Muy bien.

Cuando quedó solo una congoja amarga apoderóse de Julián. Todas las sensaciones adormecidas por el trajín del viaje despertaron acudiendo en tropel a su memoria. Creía estar aturdido. Le parecía un sueño encontrarse en Buenos Aires, a dos días de viaje de los suyos, tan lejos de las cosas que le eran familiares. A momentos se arrepentía de la ligereza con que había resuelto estudiar en Buenos Aires. Acostumbrado desde pequeño a que le protegieran de inmediato en todo trance, por insignificante que fuese, temía que la ayuda le faltase o que no llegare a tiempo.

Para engañar la soledad se ocupó en acomodar la ropa del baúl. Pero dominado por sus cavilaciones, abandonó el afán y se estiró en una butaca. Paseó su mirada por la habitación y no pudo menos que sorprenderse del confort. Con creciente

curiosidad examinó el moblaje. El ropero era de roble tallado con primor; el toilet era de la misma madera y estaba atestado de frascos de perfumes, de cajas de polvo y utensilios de afeite; la cama era de bronce retorcido y bruñido: le ataviaban encajes albos, ligeros como espuma; su dosel era verde, como el empapelado de la habitación. En un rincón, sobre una columna jaspeada estaba un grupo en mármol, las tres Gracias, según supo después. Sobre una repisa de alabastro había una Venus de Médicis; sobre otra más pequeña, en el lavabo, un bebé, en bronce, jugaba con sus órganos nacientes. En las paredes pendían tres cuadros: un desnudo yacente, de Scalabert, un paisaje, y una copia de *La sandale*, de Montassier.

— ¡Qué diferente de la celda de Santo Tomás! — pensó Julián, hundido en la butaca blanda y muelle, comparando aquel lujo inusitado con el cuartujo austero y sobrio, lleno de sombras siempre, del colegio de Córdoba.

Le dominó una sensación que era a la vez de placer y de disgusto. De placer porque aquel refinamiento se acordaba con su sentido de lo bello; de disgusto porque no respondía a sus hábitos de vida. Recordó haber oído decir a sus maestros, en el seminario y en el colegio, que la comodidad

engendra el vicio, y por vía de precaución se propuso pedir a la dueña de casa que redujera a lo necesario aquel moblaje. Bueno era preveer. Quien busca el peligro en él perece.

Un rayo de sol entraba por una celosía. Fué a cerrarla, pero antes abrió toda la ventana. Observó que daba a un balcón que caía sobre la calle Santiago del Estero, y, movido por la curiosidad, asomó la cabeza al propio tiempo que dos ojos de mujer le observaban detrás de un visillo a medio descorrer, en el balcón de enfrente. Encerróse con presteza y tornó a sacar ropas y objetos del baúl.

De repente se dió con una gruesa frazada de lana que tejiera para él la mano ya cuasi inhábil de ña Mecha en el telar primitivo de los Vargas. El corazón se le oprimió y tuvo ganas de llorar. Guardóla nuevamente en el fondo del baúl. ¡Cómo había de ostentar aquella prenda de tanta sencillez en medio de aquel boato!

Al extraer los últimos objetos observó que algo brillaba entre las ropas con un fulgor argénteo.— ¡El cristo del padre Liberato! — balbuceó conteniendo su emoción. Era, en efecto un cristo de plata y de marfil con que el padre Liberato, su profesor de literatura y filosofía en Santo Tomás, le había premiado una monografía sobre Balmes.

Todo su pensamiento se concretó en ese momento al padre Liberato. Había sido a la vez que su maestro, su mentor, su consejero. A él le debía cuanto sabía en sus materias.

Abrió con presteza la valija y revolvió papeles y cuadernos. Era una multitud de ensayos, en verso y en prosa, concebidos, escritos y corregidos bajo la inmediata dirección del sabio tomasino. Cada uno le evocaba momentos diferentes de su vida del colegio. No eran pocos los que se referían a asuntos religiosos; de ellos trascendía un afán desesperado por cohonestar los dogmas con su razón en constante desarrollo. ¡Debió ser una tragedia interior indescriptible la que tuvo lugar en aquel tiempo en el espíritu del joven educando! Su mentor había encontrado en los últimos trabajos una tendencia crítica cada vez más pronunciada y hasta un dejo de duda que adquiría relieves extremados al referirse al conflicto de los ricos y los pobres, y se los condenó.

Cogió al acaso un cuadernillo. Era de versos. Leyó un canto a la pureza de María y lo dejó con sobresalto. ¡Aquel poema parecía dedicado antes que a la Virgen, a ensalzar los encantos de una novia!

Tras un breve momento de estupor, mientras ponía en orden sus papeles, se acordó de un epi-

sodio que acudía con frecuencia a su memoria. Una mañana, al regresar de un paseo que hicieron profesores y educandos por las afueras de la ciudad, encontraron en la puerta del colegio, a un lazamiento desmayado. Profesores y educandos desfilaron a su vera sin atreverse a socorrerle. El joven Vargas, que llegó el último de todos, tuvo un arresto extraño; corrió hacia el desvalido, le frotó, le ayudó a alzarse y le acompañó un largo trecho llevándole del brazo. Sus compañeros le miraron con asombro, casi con admiración. El padre Liberato le dijo por lo bajo, meneando la cabeza negativamente: -- « Demasiado noble. Serás desgraciado ».

Aquella frase impresionó a Julián; pero, a medida que transcurría el tiempo perdía todo sentido para él. Sin saber por qué recordábala a menudo, pero no le preocupaba. — « Serás desgraciado ! » Y ¿ qué es ser desgraciado ? Imaginaba situaciones dolorosas, trágicas, amargas: la pobreza, la miseria, el hambre, el desdén, el menosprecio inmotivado de las gentes, el fracaso en el amor, la incomprensión en las empresas del espíritu, y le parecía estar seguro de que nada, absolutamente nada de todo eso podía hacerle desgraciado. Contra todas las acechanzas de la vida se creía abroquelado por un temple de héroe; tenía una confianza exagerada en su valor.

— «¡Serás desgraciado! — ¡Qué errado vaticinio el del padre Liberato! Desgraciado por el acto de piedad con el pobre lazariento, ¡pero si gestos como aquel eran corrientes en la historia de los Vargas! — murmuró. Y mientras colocaba el crucifijo en la cabecera de la cama, internó su pensamiento en la vida de sus antepasados, exhumando antecedentes que ponían de relieve el temple de su raza y su evidente capacidad para triunfar de los embates de la vida. —

Doscientos ochenta años atrás, el capitán de campo don Borja Vargas de Luján, el primero de la estirpe en tierra americana, conquistó una vasta zona de territorio serrano, batiéndose en combate singular con el jefe de una tribu de comechingones. La iliada gigantesca, episodio culminante de la lucha de dos razas, se guardaba en el recuerdo de las gentes por virtud de inalterable tradición. Después de dos horas de combate los valientes adversarios no se habían causado ni un rasguño. El indio, exacerbado hasta el extremo por la firme resistencia del hispano, acometióle, lanza en ristre, blasfemando y escupiendo espumarajos por la boca, enrojecidos de cólera los ojos. El arma iba directa al corazón del capitán; pero éste la apartó con la siniestra y centelleando su hoja toledana cercenó de un solo golpe la cabeza del héroe salvaje. Otro

de sus antecesores, cabal hombre de mundo, caballero hasta la médula de los huesos, aceptó, impávido y sereno una sentencia de muerte para salvar el honor de una mujer. Su muerte puso un sello sobre el misterio de una noche de amor. Antes de fusilarle le ofrecieron la vida si delataba el nombre de la dama: una mirada de asco y de desprecio fué toda la respuesta. — ¡Eso es ser hombre! — murmuró Julián, sacando el pecho, alta la frente, resuelto el ademán, acaso renovando, de modo involuntario, la apostura valiente y formidable de aquel Vargas que supo coronar la victoria de su amor con las rosas de su sangre. Y ¿quél otro Vargas que profesó y fué obispo, ¿no derrotó él solo, uno contra diez, a una partida de bandidos que asaltó la diligencia en que viajaba, rumbo a Soto con la esposa y los hijitos del gobernador? Pero, ¿a qué enumerar tanto episodio? No había de ser él — ¡oh, nó! — quien maculase el apellido. La noción, el prejuicio, si se quiere, de la pureza de la estirpe circulaba en la sangre de su cuerpo y sabría resguardarla de riesgos y acechanzas como se guarda y se protege el tesoro conducido, en la noche, por sendas peligrosas.

— Tiempo al tiempo, padre Liberato. Los hechos le pondrán de manifiesto el error del pronóstico fatal. Más de una vez mi nombre ha de

llegar a sus oídos con vibraciones de triunfo. Tiempo al tiempo.

Así pensaba. Y, meditando en las palabras que emplearía en una carta larga y cariñosa que se proponía escribirle aquella noche, se vistió y tras un vistazo en el espejo para cerciorarse de su presentación, abrió de par en par la ventana de la estancia y se asomó al balcón a contemplar el bullicioso ir y venir de gentes y de cosas.

De repente golpearon suavemente en la puerta.

— Adelante.

La criada apareció.

— Madame Sabela invita al señor a acompañarla a cenar.

— Iré en seguida.

— Hoy cenará en compañía de la patrona únicamente.

— Si, eh?

— Las demás personas de la casa cenarán afuera — añadió la criada, y se alejó a saltitos.

Julián notó que estaba perfumada, y el detalle no dejó de llamarle la atención.

Cuando entró al comedor madame Sabela estaba ya sentada en un extremo de la mesa. Julián le hizo una cumplida reverencia; ella le tendió su mano con una sonrisa artificial y melíflua y le invitó a sentarse a su derecha.

— Aquí, señog Vaggas.

Hablaba con pronunciado acento parisino y le costaba un esfuerzo muy notorio el pronunciar la r; a menudo la sustituía con la g.

Julián cogió su mano y la estrechó con suavidad. La idea de que debía besársela cruzó fugazmente por su imaginación.

-- ¿Cómo está usted, señora?

— Bien; gaccias. ¡Oh!... Agquí...

El joven se sentó.

— ¿Ha descansago?

— Completamente, señora.

— Y el viaje ¿que talg?

— Muy agradable.

— El señor Boillot me ha recomendago su persona y me ha pedigo que le trate como a un hic — agregó madame Sabela alargándole un plato de fiambres.

— ¡Qué buen amigo es el señor Boillot!

— Le quiegue mucho a usteg.

— Lo reconozco, y aprecio su amistad.

— Desde luego, esta casa es su casa, señor Vaggas.

— Mil gracias, ¡mil gracias — balbuceó Julián, conmovido por la amistosa recepción; mientras desdoblaba la servilleta de más primoroso deshilado que hasta entonces había visto.

Siguieron conversando. Bocado tras bocado madame Sabela interrogaba al joven Vargas sobre cosas diferentes: sus estudios, su familia, San Andrés... Esto último parecía interesarle vivamente. Julián le respondía devorando con fruición una lonja de jamón de York, alzando, de vez en cuando, hacia ella su mirada.

De repente la dama se levantó para hacer funcionar el ventilador. Julián la examinó.

Era una rubia alta, delgada, flexible como un junco. Tendría cuarenta años, a lo sumo. No era hermosa, pero la finura extremada de su nariz de membranas transparentes, la brevedad de su boca de labios descarnados, rojos de carmín, y la blancura marfileña de su piel le daban un conjunto de suprema distinción: parecía una muñeca. Un oyuelo en la barbilla y dos más en las mejillas, ponían una gracia infantil en su sonrisa. Algunos artificios del afeitę no agradaron a Julián. Era uno de ellos el que disimulaba con esfumino la pequeñez de sus ojos: era otro la cabellera postiza, rubia bermeja, casi descolorida, con dos largas patillas ensortijadas cuyos extremos llegaban hasta las cejas. — Mejores y más bellas son las trenzas renegridas de mi madre — se dijo para sí.

La Mirabel hablaba cada vez con mayor animación.

— El señoḡ Boillot me ha dich que su señoḡ padre don... don...

— Don Eusebio.

— Don Eusebio, es un excelente amig. Me lo ha pintago como un Hércules serrano, fuerte, bon-dadoso, gentil y... ¿ cómo se dice de una pegsona que úa fe a la palabra de los hombres ?

— ¡ Ah! Confiado. ¿ Es eso ?

— Confiago; eso es. Usted me excusagá, no domino todavía el castellano.

El joven hizo un gesto de protesta.

Ella prosiguió:

— Un hombr confiago.

— Sí; eso es natural en la gente que abandona la ciudad y se dedica por entero a las faenas rurales.

Julián hubiera querido advertir que la estada en la campaña no había obscurecido el abolengo; pero la Mirabel le interrumpió:

— Me ha hablad con ternuga de ña Mecha.

— Es mi abuelita.

— Ultimo tip de la mujeg antigua, de la dama colonial, bian ?

— Como que está pisando en los setenta, señora.

— De su mamá me ha dich que es todo una belleza serrana y un model de esposa.

— Es muy buenita.... es muy buenita.... —

murmuró Julián disimulando la emoción con un trago de vino.

Después de la sopa llegó un plato extraño.

— Le agradan las ranas, señog Vaggas?

— Si... me agradan mucho — respondió Julián mintiendo, porque nunca las había probado.

— Sírvase. Están a la provenzal, pero si le agradan más a la lionesa...

— Es igual, señora; me da lo mismo.

— Con confianza, bian?

Las ranas cayeron bajo la acción de los cuchillos y la Mirabel siguió hablando sobre personas y cosas del terruño lejano.

— ¿Y ese padre Rainerio?...

— Es el párroco de San Andrés — dijo Julián sorprendido de aquella minuciosidad de información de que le daba pruebas la Mirabel. — Pero usted, señora, sabe tanto como yo de aquel lugar.

— Impresiones del señog Boillot. Es un excelente amigo.

— Un viejo amigo acaso?...

— Diez años hace que nos conocemos, desde que vine de Pagís. Cuando él era soltego, vivía aquí, en la que ahora es su habitación.

— Pero el señor Boillot es soltero aún?...

Madame Sabela palideció; pero se serenó con rapidez.

—... ¡Oh, no puedo asegurar lo contrario! Sin embargo, él me dijo hace un año más o menos, que se había casado.

Julián se sorprendió; ¡El señor Boillot casado! En San Andrés pasaba por soltero. ¿Que le había movido a ocultar su situación? Tal vez algún secreto de familia, pensó luego, y afectando indiferencia prosiguió.

— No lo sabía.

— ¿No se lo ha dicho? Es raro. Su esposa es hija de un banquero ¡un millonario!

— Es una novedad.

La presencia de un plato menos conocido que las ranas a la provenzal hizo olvidar al joven Vargas el estado civil de don Luciano. Los adminículos que lo acompañaban acabaron por anonadarle: eran algo así como tenazas de plata.

— Pronto que se enfría. — dijo madame Sabela invitándole a aprovechar caliente el manjar desconocido.

Julián que hasta entonces había adoptado con buen éxito la táctica de observar como utilizaba los utensilios su compañera antes de hacerlo él, sorbió largamente una copa de vino para darse tiempo. Pero una ocurrencia inesperada reclamó la presencia de la Mirabel en la habitación contigua y quedó solo, abandonado a la eficacia de su

ingenio. Al depositar la copa sobre la mesa chocó con el adminículo maldito. Un sonido sutil, argentino, se dilató como quejumbre en el espacio. ¡Qué rica cristalería la de madame Sabela! Cada objeto tenía ribete y monograma de oro. La vajilla era de plata repujada. En el centro de la mesa había un búcaro de rosas, rosas granate-oscuro, que eran las que le agradaban sobre todas. Un poco más distante, una fuente de bacarat sostenida por amorcillos desnudos, desbordábase de guindas, peras, uvas blancas y negras y melocotones.

Estiróse sobre la mesa para oler las rosas y notó que eran artificiales.

— ¡Siempre lo ficticio! — exclamó con desagrado.

Resplandecía de luz el comedor. Tres bujías eléctricas de una araña de bronce relabrado, suspendida sobre el centro de la mesa, iluminaban con fulgor adiamantino las cosas circunstantes: se quebraba la luz en los cristales, en el agua y en el vino de las copas, como arterias de sangre luminosa. Nunca había visto un lujo como aquel. Recordó que una vez, cuando estudiaba en Santo Tomás, se había introducido de manera furtiva, por la puerta de servicio, al comedor reservado del convento de Santo Domingo y que había sentido pasmo en presencia de su regia vajilla de

plata maciza y sus palmatorias de oro y la riqueza de sus telas y tapices de Oriente; pero con todo, el tesoro de los dominicanos no era superior al gusto alado y frágil de la estancia de madame Sabela.

— ¡Cuánta riqueza! — murmuró en voz baja, meneando la cabeza — ¡A cuánto pobre no haría una existencia mejor el exceso que hay aquí! — Ya iba hundiendo sus ideas en el hondo problema social de la miseria, ya se había acordado del leído y releído discurso en que Donoso Cortés afirmara que la felicidad solo vendrá al mundo el día que los ricos renuncien a todo lo superfluo en obsequio de los pobres, cuando interrumpió su soliloquio la presencia de madame Sabela.

Estaba arrebatada. Esforzándose en aparentar serenidad, dijo, al entrar:

— Pardone mi tardanza.

— ¡Oh, señora!

Pero advirtió que Julián no había comido el manjar que tenía por delante.

— ¡Cómo! — exclamó — ¿Ha dejado enfriar su plato? ¡Oh, mil perdones!

Quiso hacer traer otro en mejores condiciones; pero el joven se opuso tenazmente.

— Estoy ya satisfecho — aseguró. — ¡Suficiente; suficiente!

Siguieron conversando.

— ¿De modo que piensa ingresar en la Facultad de Degecho?

— Justamente — respondió Julián advirtiéndole que los largos y afilados dedos de madame Sabela, habían vuelto con un tesoro de anillos recamados de perlas y diamantes.

— El señor Boillot está dispuesto a ayudarle.

-- Me lo ha prometido.

— Tiene un negocio de importancia con su señor padr...

— Exacto.

— Un gran asunto.

— Un gran asunto. — Julián se lo explicó en pocas palabras sin olvidar por cierto a sus antecesores. — Las tierras de Olain valen millones — aseguró por fin.

-- ¡Millones, bien?

— El señor Boillot hará las diligencias para rescatar aquellas partes detentadas por intrusos sin ningún derecho.

— ¡Ah!

— A tal efecto tenemos que consultar con su abogado para que estudie las escrituras y dé comienzo a los pleitos,

— Ese abogado será el doctor Sall, bien?

— El mismo, el doctor Sall.

— Ggan abogado.

— Asi se dice.

— ¿Ha traído los papeles?

— No, señora. Mi padre me los remitirá hoy o mañana. Están en Córdoba, en poder de un abogado que no quiso preocuparse del asunto porque le pareció largo.

Hubo un instante de silencio. Al cabo de él, madame Sabela preguntó:

— San Andrés es un pueblo de impogtancia?

— ¡Oh, no, señora. San Andrés es una humilde población perdida en lo íntimo de un valle lejano de las sierras. Un templo colonial, construido por misioneros jesuitas; en torno de él, entre huertas y jardines, diez o quince casas de adobe y piedra; un arroyo de por medio... he ahí San Andrés. Dista cuatro o cinco leguas de Cosquín y seis o siete de La Falda y Huerta Grande.

-- De veganeo?...

— Los veraneantes no la visitan nunca debido a la distancia y a lo fragoso de las sendas, que ahora se recorren en diligencia y a lomo de mula.

— Pero su clima...

— Es una perpetua primavera.

— Me gustaría conocerlo.

— Excelenté idea. ¿Por qué no se toma una temporada de descanso?

— Quien sabe. No es difícil.

— Anímese.

La cena terminó. La Mirabel abrió una hermosa cigarrera de marfil, ofreció al joven un cigarrillo egipcio y cogió otro para ella. Después pasaron a un salón coqueto y refinado. Ella se sentó al piano y ejecutó algunas piezas, alegres y ligeras unas, lánguidas y voluptuosas las demás.

Horas después Julián se retiró a su habitación. Estaba fatigado. Cayó como un plomo sobre el lecho. Murmuró, entre bostezos, una oración que desde pequeño acostumbraba rezar antes de dormir, quiso leer alguna cosa, cogió un diario que se hallaba a su alcance, pero sus ojos se apagaban sobre las líneas que leía. En medio de su lucha con el sueño desfilaron escenas de los días anteriores, imprecisas, deshilvanadas: la despedida en Cosquín, el último beso de su madre cuyos ojos negros, como los suyos, parecían seguirle desde lejos, los consejos de ña Mecha, la admonición de don Eusebio, cuyo ceño a la vez grave y sereno, tenía tan presente, la bendición del padre Rainerio, y más allá, más lejos, pero más brillante, como estrella en la profundidad de un cielo obscurecido, la lágrima que resbaló en los ojos de Matilde cuando se despidieron, la última noche de su estada en San Andrés... Y poco a poco el diario resbaló de sus manos y se quedó dormido.

Tuvo un sueño confuso y arbitrario. El inconsciente devaneo transportábale, como a alga juguete de un vaiven desesperante, de la aldea nativa a Buenos Aires, de Buenos Aires a la celda del colegio de Santo Tomás, del colegio a « El Guaraní », perdido en el oleaje de un piélago sombrío. Aquí y allá, en todas partes, le hacían compañía personas conocidas; tan presto conversaba con el padre Rainerio y la abuelita, tan presto, en un rápido cambio de escenario, se encontraba en presencia de Boillot, de doña Clara y de Ernestina. Les veía, escuchaba sus palabras, respondía a sus preguntas. De improviso se encontró en un convoy que atravesaba a la carrera una llanura árida y desierta, sepultada entre las sombras de la noche. Una dama iba a su lado. Su fisonomía era imprecisa, incoherente; en un principio creyó que era su madre; però se fué transfigurando paulatíamente hasta convertirse en otro ser: Ernestina

iba a su lado. Se adormeció en su asiento arrullado por el crujir de las maderas que tan pronto le parecían gemidos y quejumbres como ecos de vidalitas, zambas y aires del terruño nativo. Reparó en su compañera; iba siempre a su lado y le miraba con una sonrisa suave, indefinida. La locomotora silbó de una manera extraña. Él clavó su mirada en las sombras del desierto. ¡Llegaban! En el abismo oscuro de la noche, las luces de una urbe florecieron como margaritas luminosas sobre un césped sombrío. Descendieron. Cogidos del brazo se encaminaron por una larga avenida de árboles en flor. De repente, ella se detuvo y le besó en la boca.

Despertó y se incorporó sobresaltado. Un rayo de sol entraba por la banderola y le caía en pleno rostro. El sueño le causó una inquietud supersticiosa. Su cultura, incompleta y deficiente, carecía de eficacia para desterrar de él las agüerías ancestrales heredadas con la sangre y robustecidas en la infancia por los mandingas, los cucos y las brujas de los cuentos con que se le asustaba para que comiera o se durmiese temprano. Largo rato trabajó para explicarse el suceso de modo razonable. Aplicando la enseñanza del padre Liberato, lo sometió a la tortura de la lógica. « La lógica — decía el sabio tomasino — es un Santos Lugares en cu-

yos cepos y crujiás confiesan la verdad hasta los callos ». Pero no obstante las cábalas y las fantasías con que dispuso las premisas de su silogismo, fracasó de una manera lamentable.

Pensando en estas cosas se vistió y se dispuso a escribir a don Eusebio. De repente una idea tremenda le asaltó:

— El sueño es una visión anticipada y fiel de lo que ha de suceder; luego debo vivir acompañado de Ernest...

No pudo terminar; la pluma se le cayó de la mano. El misterio estaba iluminado.

— ¡ Ernestina! — suspiró.

La puerta abrióse lentamente.

— ¿ Se puede? ...

Era Laura que traía el desayuno. Lo dejó sobre la mesa y se marchó.

De codos en la mesa, con la frente apoyada en las dos manos, fija la mirada en el vapor que se alzaba del fondo de la taza:

— ¡ Ernestina! ... — repitió con un acento que parecía acariciar el nombre pronunciado.

Impreciso, como vaga y fugitiva figura de un ensueño, la imagen de la joven fué adquiriendo cada vez más definidos contornos en su mente. Julián tuvo un temor.

— No; no me conviene — meditó. Una pasión

en este punto de mi vida destruiría mi carrera. No puede ser. Debo preservarme de toda tentación.

Su ambición, apercebida del afán que se insinuaba de modo subrepticio, se propuso concluir con la quimera. Ella era la única que tenía derecho a preocupar el espíritu del joven.

— No me conviene — repitió, moviendo la cabeza con un signo negativo.

Y sin embargo el recuerdo de Ernestina se mezclaba en sus cavilaciones de manera cada vez más obstinada y obsedente. Quiso convencerse con un razonamiento.

— Si el sueño fuese cierto — pensó — sería necesario convenir en que eso que nuestro idioma llama casualidad es una fuerza que obra con eficacia en las empresas humanas. Solo así puede explicarse la serie de circunstancias que han dado por resultado el conocimiento de la niña: el viaje a Buenos Aires, el arribo a Rosario, la elección de la vía fluvial en vez de la terrestre... en fin...

Pero no le satisfizo.

Al concluir la carta se dió un golpe en la frente, riendo de buena gana.

— ¡He divagado! — murmuró. ¡Tonto de mí!

Mientras se paseaba por la habitación, pensaba, cómodamente, con esa comodidad amable con que

se admiten las cosas que, a fuerza de ser ciertas, no valen la pena de juzgarse y analizarse, que Ernestina no podía ni debía ser objeto de su pensamiento sino a condición de estar loco de remate. Mujer rica, acostumbrada a un género de vida para él desconocido, acaso complicado o superior; mujer hermosa, lisonjeada por innúmeros afectos, solicitada por múltiples ambiciones, insinuar, nada más que insinuar la sospecha de un designio amoroso a su respecto equivalía a declararlo quimérico y absurdo.

Asegurado por su argumentación, dió en solazarse evocando la imagen de Ernestina. Su esfuerzo espiritual era a momentos de efectos sorprendentes: la veía en su presencia, oía con toda claridad el timbre de su voz y sus suspiros ahogados; aspiraba el perfume capitoso de sus senos y acariciaba con fruición con la mirada la belleza de su rostro y de sus formas. A veces reaccionaba temeroso y conturbado, pero a medida que la extraña ilusión se diluía, un suave ardor quemábale la diestra. ¿Qué filtro misterioso le había inoculado la viajera de « El Guaraní » en el rápido roce de sus manos?

La casa de la familia de Soler estaba llena de gentes, en su mayoría relaciones de la vecindad, que habían concurrido a saludar a doña Clara y a Ernestina.

Los salones, clausurados, silenciosos, durante toda la temporada de verano, readquirieron aquella noche, con la música y la alegría vocinglera de los jóvenes su habitual animación. Las señoras habían hecho rueda aparte en el vestíbulo, lugar amplio y ventilado, y conversaban sobre temas diferentes... el calor, las enfermedades en vigencia y, de cuando en cuando — asunto acaso promovido por alguna interesada — sobre la crisis de maridos. Las niñas y los jóvenes bailaban a momentos y después se entretenían en charlar comunicándose impresiones, hilvanando intriguillas y triquiñuelas o debatiendo con ardor graves cuestiones de interés femenino: las tardes del Hipódromo y de Palermo, las regatas del Tigre, las noche de Carapachay.

Una joven, morenucha, de ojos negro y dulces, de graciosa nariz arremangada, garbosa en el andar, que hacia rato soportaba el discreto cuchicheo de Juan Antonio Soler, advirtió a Ernestina que el parque de la casa « estaba ideal » en aquella hora. Era Celia Sánchez.

Su indicación fué aprovechada. Unas tras otras, las parejas se dirigieron al jardín.

Ernestina cogió del talle a Celia y se echaron a correr por las avenidas enarenadas.

El parque era extenso y bien cuidado. Altas verjas cubiertas de glicinias lo limitaban por un lado; en la parte posterior, un bosquecillo de eucaliptus remedaba, agitado por el aire, el rumorear de la hélice en el agua. Aquella noche había en el vergel una inquietud de fiesta. Por entre el ramaje estremecido de las plantas los lampos de la luna se agitaban sembrando los senderos de encajes y arabescos.

Celia y Ernestina se sentaron en un banco, al pie de un mármol de la Venus de Milo coronado de rosas.

— Aquí estaremos bien — dijo la primera. ¡ Tenía tantos deseos de estar sola contigo! ...

— Y yo también — repuso Ernestina.

— ¿ Y Croce? Dime algo de él, querida. ¿ No ha venido a saludarte?

— Me ha anunciado su visita. Vendrá mañana.

— Le esperarás con impaciencia... de seguro...

--... Si; ya te puedes imaginar... Mamita le quiere mucho.

— Se lo ha dicho a mamá.

— Ella desearía que lo aceptase de seguida... pero...

— Pero, ¿qué, Ernestina?

-- Es mucho apresuramiento.

.. — Sin embargo, ya le has tratado lo bastante para no conocerle a fondo,

— Cierto es; pero nunca es lo suficiente — razonó Ernestina; y bajando la voz con cierto misterio, añadió.

-- ¿Quieres que te confiese una cosa, Celia? Guarda reserva.

— ¿Qué es?

— Me parece, a momentos, que yo no amo a Croce.

— ¡Oh!

— Sí; temo haberme engañado. Sin duda le aprecio; pero eso no es todo... tu comprendes... Es un asunto serio.

-- Indudablemente. Ocurre a menudo que nos engañamos.

— Y en tal caso, lo sensato, me parece, es reparar el yerro.

— Pienso lo mismo. Es necesario reparar el yerro.

Hubo un momento de silencio durante el cual ambas permanecieron pensativas.

Celia dijo de pronto:

— Ernestina, ¿no estarás enamorada de otro?

Ernestina se sobresaltó.

— ¿Por qué me lo preguntas?

— Porque... sucede a veces... Perdóname, querida, si entro en conjeturas, pero acabo de notar que te ha causado sorpresa mi pregunta.

— ¡Oh! Pensaba en no sé qué... en el viaje, a bordo de « El Guaraní »...

— Algo más que en el viaje. ¿No había algún pasajero joven?

— Había varios.

— Nómbrame uno.

— Don Luciano Boillot.

— Más joven que ese?

— Julián Vargas.

— ¿Qué edad tiene?

— Lo ignoro.

— Más o menos.

— Veintidós años.

— Ese es.

Ernestina rió de buena gana.

— A la verdad — dijo — que merecería serlo. Es

el cordobés más simpático que conozco. Un poquito tímido no más... pero eso se corrije.

— Bien sé que no bromeas, picaruela.

— Quisiera que le conocieses.

— ¿No te ha prometido visita?

— Sí; pero no cumplirá.

— ¿Por qué?

— Sospecho.

— Háblame más de tu viaje.

Ernestina narró con todos los detalles el episodio de la travesía. Celia la oía con interés creciente.

— ¡Pobre Vicente Croce! —murmuró al fin. ¡Y tan amartelado que anda!

Ernestina estiró sus brazos hacia arriba y con aspiración larga y fuerte, como si quisiera llenarse el cuerpo con los aromas nocturnos, exclamó:

— ¡Croce! ¡Croce!... en medio de un suspiro.

— ¿Quieres que te traduzca esas palabras?

— Hazlo.

— ¡Vargas! ¡Vargas! — exclamó Celia, imitando el ademán de su amiga.

Un ruido de pisadas las interrumpió.

Juan Antonio se aproximaba. Ernestina se levantó para dejarle libre el sitio.

El joven reanudó su discreteo.

Ernestina se unió a un grupo que pasaba en ese instante cerca de ellos.

Tras un momento de conversación Celia preguntó a Juan Antonio:

— ¿Conoce usted a Marcos Robledo?

— Somos amigos — repuso el joven.

— ¡Amigos!

— ¿Por qué le sorprende?

— No me sorprende... solo que...

— De cuando en cuando nos visita.

— No le he visto nunca aquí. ¿Qué clase de muchacho es?

— Un buen muchacho que se ha formado solo. Dentro de poco se recibirá de médico.

— Dicen que es un talento.

— Lo es.

— ¿Tiene novia?

— Me parece que le interesa demasiado, Celia.

— ¿A mí?

— Sí; a usted.

— No.

— Me pregunta con un interés... ¿Dónde le ha conocido?

— En lo de Gondra, señor celoso.

— No soy celoso.

— Pero lo parece.

— Si lo fuese, sería justo. Solo se cela lo que se ama.

— O aquello de que no se está seguro — agregó Celia con presteza.

Guardaron silencio.

Ernestina se presentó.

— Los encuentro callados — observó.

Celia habló:

— Nada... Juan Antonio tiene celos del aire. Le he preguntado quien es Marcos Robledo y... no le ha hecho gracia.

— ¿ Marcos Robledo? ¿ Nuestro amigo? — interrogó Ernestina:

— Sí; ese mismo. Emilia Gondra se ha enamorado de él y me ha dicho que investigue sus condiciones. Por eso pregunté...

— ¡ Ah! ¡ Esa es otra cosa! Usted no mencionó para nada a Emilia Gondra — observó Juan Antonio.

— Claro; porque no me dejó hablar.

— Bueno, se acabó el enojo — dijo Ernestina.

— Paz y concordia. Juan Antonio invitará a Marcos a un té y nosotros invitaremos a Emilia.

— ¡ Qué buena idea! — exclamó Celia.

— Aceptado — dijo el joven. Yo le quiero mucho — añadió — y me gustaría que se casara con Emilia.

— Tanto mejor.

Los visitantes se retiraron unos después de otros. La última en irse fué Celia y su mamá.

En un momento en que Juan Antonio había ido a acompañar a una señora que vivía a las dos cuadras, Ernestina y Celia quedaron solas, en la sala.

Celia hizo correr sus dedos en el teclado del piano.

— Toca algo que me encante.— dijo Ernestina, estirándose en un diván.

Celia ejecutó un vals alegre.

— No; eso no. Algo que me recuerde un momento grato de mi vida.

Celia pensó un momento.

— ¡Ah! ¡Ya! — exclamó de pronto dándose una palmadita en la frente.

Sus manos revolotearon como dos blancas palomas en querella amorosa sobre las teclas y la noche se llenó de las sugerencias misteriosas de la Marcha Nupcial de Mendelssohn.

— Así... así... — murmuró entre dientes Ernestina, extenuada, rendida y embriagada de recuerdos.

Los eucaliptus del parque, mecidos por el aire, remedaban el rumorear de la hélice en el agua...

Durante varios días Boillot se ocupó única y exclusivamente en hacer conocer la ciudad al joven Vargas. Amable y solícito hasta la exageración, le acompañó a los paseos, a los teatros, a los cafés más frecuentados y a los círculos mundanos. En todas partes le conocían y daban muestras de apreciarle.

El Apolo abrió sus puertas con « Barranca Abajo », el drama de Florencio Sánchez. Asistieron. Era la primera vez que el joven Vargas presenciaba un espectáculo de tal naturaleza. Nunca, hasta entonces, creyó que una función de teatro fuese otra cosa que un artificio tan insubstancioso como convencional. Cuando más, su mérito consistiría en corregir riendo, de acuerdo a la preceptiva literaria que el padre Liberato pronunciaba en latín: *ridendo mores castigat*. Pero al concluir el primer acto, su noción se había modificado. De un golpe se dió cuenta de que la escena estaba lejos

de ser un juego de muñecos cuando a sus actores les movía el calor palpitante de la vida.

Poco antes de levantarse el telón, un joven de mediana estatura, bien trajeado, se presentó en la puerta del palco y saludó a Boillot con efusión:

— ¡ Señor Boillot !

— ¡ Doctor Robledo ! — exclamó Boillot saltando de su asiento y abrazando con cariño al visitante.

— Acabo de verle desde la platea — añadió el recién llegado. ¡ Qué robusto, qué lleno de salud le encuentro !

— Estoy bien.

— ¡ Cuanto me alegro !

— Gracias, mil gracias — murmuró Boillot.

Y volviéndose a Julián, dijo:

— Voy a presentarle un amigo. El doctor Marcos Robledo; Julián Vargas.

— Por segunda vez me da usted un título que aun no poseo, señor Boillot — observó Marcos mientras estrechaba la diestra de Julián.

— ¿ Que no posee ? ¡ Y bien ganado ! Ha de saber, Julián, que este señor es médico por obra del estudio y del talento.

— Todavía no lo soy; me falta dar la tesis — observó Marcos. Cuando lo sea, señor Vargas, lo seré por obra del estudio, nada más.

Y como si deseara no insistir sobre una cues-

tión que evidentemente debió juzgar violenta para él, desvió la conversación con rapidez interrogando a Julián.

— ¿Usted estudia?

— Sí, señor — repuso el aludido. Pienso ingresar a la Facultad de Derecho.

— Como buen cordobés — terció Boillot.

→ Justamente.

— Fijese, Robledo — añadió Boillot — que este joven ha tenido la mala idea de perder un montón de años en los colegios de los frailes de Córdoba. ¿No es una lástima?

— ¡Ah! ¿El señor ha estudiado en Córdoba?

— En Córdoba...

— Y todavía pensaba perder tiempo encerrándose en un carcamán medioeval que en Córdoba llaman Universidad! — exclamó Boillot.

— ¡Oh, no! Respete, don Luciano — protestó Marcos. Aquella Universidad ha dado glorias al país.

— ¡Gloria venenosa! ¡Eso ha dado aquella fábrica de doctores! — dijo riendo don Luciano.

La orquesta acometió una melodía.

Julián paseaba con curiosidad su mirada por la sala. La platea se iba llenando de concurrentes que tornaban a sus asientos respectivos, inquietos, nerviosos, conversando en alta voz, riendo, cuchii-

cheando, golpeando las butacas o arrastrando los pies.

De repente Julián sobresaltóse... Acababa de reparar en una dama que ocupaba un palco bajo y creyó reconocerla.

— Mire, señor Boillot — dijo con precipitación, ¿vé usted a aquella niña de aquel palco?

— Sí.

— ¿No la reconoce?

— No la reconozco — respondió Boillot aguzando la mirada.

— No es aquella pasajera de « El Guaraní »?

Boillot lanzó una risotada.

— ¡Amigo Vargas! La cosa se pone seria, dijo, y volviéndose a Marcos, que también intentaba reconocer a la dama, añadió:

— ¡Este joven Vargas se ha enamorado de Ernestina Soler!

— ¡Muy buen gusto! — exclamó Marcos.

Julián, algo turbado, murmuró:

— Son bromas del señor Boillot; se lo aseguro...

— La conozco; es una excelente chica — añadió Marcos.

— Desgraciadamente, aquella niña del palco no es Ernestina — agregó Boillot con sorna.

— Pero lo grave no está allí, señor Boillot —

observó Marcos. Lo grave está en que si el señor Vargas quiere la prenda tendrá que disputársela a Vicente Croce.

Boillot se puso serio.

— Croce... ¿Quién es Vicente Croce? — interrogó.

— ¿No le conocé? El hijo de aquel fuerte comerciante de la calle Pellegrini, pues...

Boillot pensó un momento. Luego dijo:

— Tengo idea... el nombre me suena...

— No recuerda?... El comerciante Croce fué el primero que aprovechó las ventajas del concordato comercial con una convocatoria en que tuvo que intervenir la justicia del crimen.

— Me parece recordar — balbuceó Boillot, agitando su diestra a la altura de la cabeza.

— Su proceso dió mucho que hablar a la prensa. Le defendió el doctor Sall.

— ¡Ah! ¡Si, si! — exclamó Boillot. Le conozco. ¿El hijo de Croce es el novio de Ernestina? Bueno... bueno...

— Tanto como novio no sé si lo será; lo que sé es que la festeja.

Julián que seguía con interés las palabras de Marcos y Boillot, recibió la noticia como un puñetazo en pleno pecho.

— La festeja — se dijo para sí. Pero se mantuvo sereno, indiferente, al parecer.

El telón se levantó de nuevo.

El proceso doloroso de don Zoilo, el viejo Zoilo, retomó su curso delante de los ojos de Julián. Su inteligencia activa y presta había adivinado desde el primer momento el fondo de la obra. Un viento de tragedia soplaba desde la pampa inmensa. El gaucho, el viejo gaucho de la iliada legendaria, el heredero directo de los conquistadores, cerraba el ciclo de su misión en tierra americana. Vencido, derrotado, hecho un guiñapo, la ola extraña le arrojaba como resaca, en la ribera de su cauce. No más costumbres sencillas, primitivas, como los cantares nativos; no más fé rudimentaria, no más la antigua creencia, sana y fecunda, que llevaba en el sagrario del alma, a través de montañas y de desiertos, como la tribu hebrea llevaba el tabernáculo sagrado; no más honor antiguo que tenía en cada conciencia un código y un juez; no más amor fuerte, amor robusto, amor santo cuyos besos eran himnos serenos a la vida infinita. La ola extranjera lo barre todo y deja en cambio un sedimento infecto de desvergüenza, de relajamiento, de deshonor, de deslealtad. Don Zoilo, abandonado, traicionado, despojado de la heredad paterna por el fraude y la avaricia sin freno, debía

sucumbir, fatal, irremisiblemente. Conmovido hasta las lágrimas, Julián estuvo a punto de gritarle:

— ¡Hazte fuerte! Empuña el facón y mata!

Pero se contenía a duras penas, pensando que aquel grito debía pronunciarse por un órgano monstruoso, desde lo alto de los Andes, sobre el país entero. Porque ¿qué otra cosa era don Zoilo que la personificación angustiada, dolorida, palpitante de la raza patriarcal y argentina, batiéndose en retirada ante el avance incontenible y arrollador de la ambición europea?

Cuando terminó la función se echaron a la calle con presteza. Mientras tropezaba con unos o pisoteaba a otros, Julián caminaba al lado de sus compañeros por las aceras atestadas de hombres y mujeres. El drama le tenía hondamente preocupado y le absorbía toda su atención.

Aquel don Zoilo colgado de la cumbrera del rancho le seguía con sus ojos saltones, congestionados por la asfixia. Su último lamento le zumbaba en los oídos, como si un aire extraño le trajese el eco de un «triste» que una mano invisible arrancase de una guitarra abandonada, bajo el alero ausente... Una conexión espiritual inesperada asoció sus pensamientos al solar de los Vargas. ¿Se mantendría indemne de la miasma extranjera? La estirpe de los Vargas, limpia, clara,

como un rayo luminoso tendido hasta él desde cerca de trescientos años atrás ¿se mantendría libre de riesgos y de contaminaciones? El testamento del capitán Borja Vargas de Luján que había leído y releído por centésima vez, mandaba en términos enérgicos que ninguno de sus descendientes se uniese en parentesco con persona cuya sangre no fuese «clara como la luz de la fe, calificada como el acero de Toledo» ¿Se mantendría sin mácula el mandato? ¿Ah, cuánto hubiera deseado que un milagro levantase hasta el cielo las cadenas de colinas que circuyen San Andrés!

De repente oyó que Boillot interrogaba a Marcos:

— ¿Trabaja siempre en «El Diario Moderno»?

— Tengo a mi cargo la sección teatral — respondió Marcos.

Julián terció con interés:

— De suerte que usted es periodista también?

— Hago de periodista — respondió Marcos. — Una manera de costearme los estudios... usted comprenderá...

En eso llegaron a un café, lleno de gente en aquella hora. Julián supo en seguida que era el café de los Inmortales. Después de sentarse en torno de una mesa, el joven Vargas reanudó el diálogo:

— ¿Es difícil la tarea del crítico — preguntó a Marcos.

— No; puede ser crítico todo aquel que sepa leer y escribir.

Boillot intervino:

— Conozco críticos que no saben ni lo uno ni lo otro.

— Nombre uno.

— Tullo Noel, aquel pedante que está sentado allí, detrás de unos quevedos que parecen parabras empotradas en su nariz.

Marcos rió de buena gana.

— No sea malo — dijo. — Cada uno hace lo que puede.

— Pero aquel hace lo que no puede hacer.

Marcos paseó su mirada por el café, y descubrió algunos escritores, poetas, novelistas, dramaturgos, varios de ellos, los más jóvenes, estudiantes universitarios. A pedido de Julián se los señaló.

— Aquel que está ahí, conversando con un calvo corpulento, es el doctor Moreno, el director de «El Siglo». El que está detrás es Nicanor Arriola, poeta que promete. ¿Ve usted aquel morocho melenudo que está sentado en el rincón?

— Le veo.

— Es Carlos Pena, novelista y dramaturgo.

Julián les miraba con interés y curiosidad. En su fuero interno admiraba a aquellos cerebros privilegiados, a aquellos verdaderos sacerdotes del Ideal.

Boillot se despidió pretextando una ocupación de urgencia. Marcos y Julián se dirigieron a la redacción de «El Diario Moderno».

Mientras caminaban, Julián se acordó de la conversación con la Mirabel sobre el estado civil de don Luciano. Movido de curiosidad interrogó a su compañero:

— ¿Hace mucho que conoce usted a Boillot?

— Cuatro años hace — respondió Marcos. — Le conocí en «El Diario Moderno», cuando yo era un «pinche» de la redacción. Justamente, fué en el tiempo en que el asunto de la convocatoria de Croce apasionaba a los lectores del periódico. Boillot iba con frecuencia a visitar al director, de quien es muy amigo.

— ¿Muy amigo?

— Intimos. Debo a él el primer ascenso en el diario.

— ¿Por su influencia con el director?...

— Exacto. Es tan grande el ascendiente que tiene sobre él que consiguió modificar casi todos los artículos relativos al proceso de Croce.

Bueno... se dice que él y el director tienen negocios en común... ¿sabe usted?...

— ¿Boillot es casado?... — preguntó Julián, atacando el punto interesante.

— Sí; así se dice. Sin embargo, él no habla nunca de su esposa. Hay algún misterio en esto...

— Buen hombre parece.

— Es un buen hombre.

Siguieron caminando en silencio. Julián observaba a hurtadillas a su compañero. Marcos Robledo tendría veinticuatro años, a lo sumo. Su palabra fácil y agradable le hacía simpático desde el primer momento. Se sentía cómodo a su lado.

La redacción estaba sola. Mientras Marcos escribió la crónica teatral, Julián se entretuvo leyendo diarios y revistas. Terminada la tarea se echaron a caminar por la Avenida de Mayo. Entraron al «París» y se sentaron en torno de una mesa.

— ¿Qué bebemos, señor Vargas?

Julián no supo qué podía beber.

— ¿Ha tomado whisky alguna vez?

— Nunca he tomado nada.

— Mozo, denos whisky.

Julián hubiera aceptado cualquier cosa; le horrigueaba en el cuerpo la expansión.

Hablaron largo y tendido. Julián contó detalles de su vida de colegial, agrandó y deformó ciertos acontecimientos hasta convertirlos en aventuras galantes, pero se detuvo de improviso al recordar el viaje a bordo de «El Guaraní».

Marcos que le escuchaba, con la copa en la mano, advirtió la turbación.

— ¡Grato recuerdo! — dijo, riendo con intención.

— ¡Oh, no! — exclamó Julián con rapidez. — No es eso; recordaba cómo se desmoronó mi concepción de Buenos Aires...

Y se extendió en la relación de aquella quimera levantada por su imaginación de adolescente.

Marcos rió de buena gana.

— ¿Por qué se ríe así? — le preguntó Julián con sensible desconcierto. — ¿Estoy disparatando, Marcos?

— No; perdón. Es que me he dado cuenta de que estoy en presencia de un...

— ... De un provinciano cándido — interrumpió Julián, sonriendo y mesándose la cabellera.

— No tal; de un soñador. ¿Cuánto quiere apostar a que es poeta?

— Alguna vez...

— ¡Bah! ¡No le dije! Le pegué en el clavo. ¡A la salud del aeda! — exclamó alzando su copa y sorbiéndola de un trago.

Julián bebió la suya y se quedó mirando a Marcos durante un breve instante. Sus ojos se animaron y una suave sonrisa discurrió por su rostro.

— No sé por qué ante usted puedo hablar con desenfado,— dijo — me parece que me encuentro en presencia de un amigo de la infancia, de un viejo y leal amigo.

— Acaso estemos destinados a ser algo más que amigos...

— Lo presiento. Los muchachos de provincia somos por naturaleza un poco reservados; pero, en cambio tenemos una cualidad de buenos amigos: somos sinceros. Nadie sabe hasta ahora que la causa que me ha decidido a venir a Buenos Aires es el deseo, el ansia de «ser algo» por «algo». ¿Me comprende?

— ¿Un escritor?

— Un escritor. No sé si me equivoco, pero yo creo que tengo algo nuevo que decir al mundo. No puede ser en vano esta inquietud honda y secreta que me mueve y me trabaja...

Alentado por la atención reconcentrada que le prestaba Marcos, quiso hablar de su obra proyectada. ¡Ah, la gran obra! ¿Cuál era la gran obra?

Su pensamiento, envuelto en brumas desde la mañana lejana del seminario conciliar de Loreto

no la había puntualizado aún; era todavía un eco en medio de la noche. Pero, circunceñido en aquel instante por la atención de Marcos, y las impresiones del teatro, y, fuera de ello, por una lógica exigencia del espíritu, le era menester precisarla con la mayor exactitud posible. De toda la enseñanza de Santo Tomás de Aquino, singularmente de la ciencia que le había transmitido el cerebro luminoso del padre Liberato, había sacado en limpio—partícula de oro de en medio de la ganga—que la vida toda entera se reduce a la lucha del bien contra el mal. El hombre, originariamente bueno, perfectísimo, divino casi, se hallaba en el error por obra del espíritu del mal. Adán se había hecho hereje. Es preciso rescatarle. Es preciso hacer que el deshonor, la desvergüenza, la deslealtad y la traición no maten a don Zoilo y le despojen de lo suyo.

— ¡ Es preciso que el bien cante victoria sobre el mal; es necesario que el error caiga hecho añicos ante la luz de la verdad! — clamó Julián en un raptó de entusiasmo.

Su filosofía era muy simple: reduciase al Deber. El Deber era para él el milagroso logaritmo de todos los teoremas, la fórmula feliz de toda ciencia. Por el Deber se expresa Dios; por el Deber Dios gobierna la Creación.

— No hay un acto de la vida — dijo — que no deba medirse por el Deber. La actitud más simple y ninia será buena si se ajusta al molde irreductible proyectado sobre el mundo por la divinidad. El error consiste en apartarse de él.

Trás una brevísima pausa, extremó el razonamiento:

-- ¿Qué si no el Deber ha hecho la historia de España? ¿Qué si no el Deber ha hecho su grandeza pasada? Don Quijote es España: ¡el alma del Deber!

No dudaba del éxito; el comienzo de la lucha era todo cuanto ansiaba; en esa hora, ahí, en medio del vértigo de luz que inundaba aquel salón lleno de hombres y mujeres, animado por mil voces y ruidos diferentes. No pensaba en los obstáculos que podían oponérsele; en todo caso la gloria consistía en saberlos allanar. Nada de miramientos! ¡Heriría en carne viva! ¡Fuera de él todo compromiso y toda timidez! ¡El sería el apóstol armado de su credo!

En un exceso de reacción espiritual llegó a creerse en plena lid, blandiendo como un hierro su principio absoluto.

— ¡Contra todos! — rugió. — Contra los mercaderes que trafican en el templo con la creencia convertida en miserable baratija; contra los tartu-

fos que maculan el civismo; contra los que quieren relajar nuestras costumbres con el aire mal sano del cosmopolitismo egoísta y brutal; contra todo lo que ataca a la salud y a la belleza de la estirpe; contra todo y contra todos ¡Julián Vargas!

Apuró su copa y guardó silencio, jadeante, fatigado por el esfuerzo y la pasión. Marcos le miraba de una manera extraña y sugestiva.

Fué una pausa larga. Emocionado por sus propias palabras, Julián sentía el goce infinito de una liberación. ¡Se había desahogado! Había dicho su secreto. ¡Era demasiado grande para él solo! ¡Hacía tanto tiempo que lo tenía oculto, guardado como un tesoro en lo íntimo de su alma! ¡Oh, momento único, milagroso aquél! No acertaba a explicarse por qué había elegido como confidente a Marcos Robledo y no a otro de los tantos que pasaron a su lado, pero estaba seguro de que le habría sido imposible no franquearle todas las puertas de su corazón para hacerle partícipe de su magno proyecto.

Marcos, que había quedado azorado con el discurso de Julián, dijo de pronto:

— Yo también sueño con un nuevo orden de cosas que traiga al mundo más justicia, más amor y más verdad. No sé si esto es quimera; pero yo espero un porvenir mejor para la raza. El pueblo,

el pueblo obrero, el que produce, sufre bajo el látigo de los piratas...

— ¡De los negreros!...

— ¡Pero algo mejor ha de venir!

— ¡Somos hermanos!... — exclamó Julián.

Marcos se levantó y le abrió los brazos:

— ¡Hermano!

Hubieran querido hablar más. Pero fueron más elocuentes sus ojos llenos de ternura, clareados de ideal.

— ¡Mozo, más whisky!

Siguieron conversando en un tono íntimo.

— Hace poco que he salido del lado de los míos — murmuró Julián — y recién ahora encuentro un alma amiga. ¡Qué horrible es la soledad, Marcos!

— Más tiempo que tú hace que recorro el mundo, solo, solo...

— ¿Y los parientes?

— No los tengo. Vivo solo. Me ha golpeado la vida; pero ahora la conozco, Julián. Mi bisturí le ha hallado la anatomía. La venceré.

— Y triunfarás.

— Lo espero.

Guardaron silencio.

— Marcos lo interrumpió:

— ¿No tienes novia?

— Nunca he pensado en ello. Algún devaneo... luego el olvido. ¿Y tú?

— No sé... Otro día hablaremos de esto. Ha cruzado un sueño por delante de mis ojos. Días pasados, en casa de la familia Gondra... otro día te contaré.

Y luego, como pensando, en alta voz:

— Si fuese un alma buena pondría sombra sobre mi cabeza... como un árbol a orillas de un camino desierto...

Eran las tres de la mañana cuando abandonaron el bar

A cada paso tropezaban con noctámbulos y trasnochadores. Un resplandor opaco, mortecino, trascendía de las puertas de bares y cabarets. De vez en cuando, ahogados, desmayados, como quejumbres lascivas, como largos maullidos de felinos en celo, se oían los acentos de los tangos, de las danzas del vientre y otras piezas canallas. De «La Armonía» salió una dama, envuelta en sedas, seguida de un anciano lechugino. Al treparse a un automóvil se levantó la falda con descuido, a la altura de la rodilla.

— ¡Valiente pantorrilla! — exclamó Marcos.

El anciano se molestó; pero la dama sonrió al joven por sobre el hombro.

Cuando llegaron a la casa de hospedaje de ma-

dame Sabela, Marcos se despidió con un abrazo y se marchó.

Julián le vió alejarse. En un instante le chistó:

— Oye, Marcos...

Marcos se volvió.

Julián iba a preguntarle si era cierto que Vicente Croce festejaba a Ernestina, pero se arrepintió.

— No... no es nada... perdona...

.. — Hasta mañana entonces.

— Buenas noches — respondió.—Y mientras subía con dificultad la escalera, dirigiéndose a su cuarto, se decía, con ternura:

— Es un amigo. No estoy solo. ¡Es un amigo!

Hacía un calor insoportable. Encendió la luz y arrastró una butaca hasta el balcón. Iba a sentarse en ella cuando reparó en un sobre lacrado, que estaba encima del velador. Lo rasgó con presteza.

— ¡Las escrituras de los Vargas! — exclamó.

Estuvo a punto de ir en busca de madame Sabela y de correr en pos de Marcos para enseñarles aquellos documentos suscriptos por el Rey, aquellos documentos que eran la ejecutoria del linaje de los Vargas; pero pudo contenerse.

Una carta de don Eusebio los acompañaba. La leyó con dificultad, tambaleándose, junto a la luz, con la mirada turbia, humedecida por la emoción, congestionada por el whisky. Don Eusebio le informaba de la salud de los suyos, le reiteraba sus consejos y concluía diciéndole que en él estaba depositada toda la esperanza de los Vargas.

Hizo una pausa para secarse el llanto. Luego

leyó una nota buena que, a juzgar por la letra, había sido escrita por su madre. La nota buena se concretaba a darle recuerdos de Matilde.

— ¡Matilde! — pensó, cayendo en la butaca. — Ya no es posible. Ya no puede ser. La gloria me reclama. Cuando llegue el momento de pensar en una novia el rango social decidirá.

Extendió las escrituras para leerlas. Tres siglos se desdoblaron sobre sus rodillas, entre sus manos temblorosas. Tres siglos parecieron despe- rezarse, gimiendo con dolor, de entre aquellos per- gaminos olientes a humedad de cosa vieja, polvo- rientos, apolillados, garabateados con unas firmas en abreviatura y unas rúbricas que parecían dibu- jos de casacas o arabescos de melón cribado. A duras penas comenzó la lectura:

— «Nos, el Rey...» — Y no pudo continuar. Como si aquella frase fuera un extraño sortilegio, un mágico conjuro, desfilaron, a la luz de su re- cuerdo, mil imágenes antiguas. Don Borja Vargas de Luján y el obispo aparecieron los primeros, ambos peleando, el uno con el indio bravío, el otro con la turba de bandidos. Y al último de todos, por- que era el primero en el cariño, se presentó aquel Vargas que se llevó el secreto de su amor con una oblea de sangre sobre el pecho.

— «¡Nos, el Rey!» Ah, la estirpe de los Var-

gas! — exclamó con profunda veneración, ahito de grandeza pasada, en un vértigo de orgullo.

De repente tuvo un acceso de ira.

— ¿Un Croce rivalizando con un Vargas de Luján? ¡Ah, nunca! — rugió apuñeteando la butaca. — ¡Un inmigrante al lado de un Vargas! ¡Nunca!

Esa posibilidad de su derrota le atormentó de pronto.

— ¿Y si ocurriese así? ¡Quién sabe!

Los dientes le crujieron en un hipo de cólera bravía y masculló un insulto:

— ¡Peor para ella! ¡Qué me importa! ¡Que se vaya con él! ¡Que se la lleve el gringo! Sí, que se la lleve y que no vuelva a molestarme más! — Dijo, y como si pugnara por desprenderse de algo, se tironeó los cabellos y se golpeó la frente.

— ¡Vete! ¡Vete, mujerzuela! Eres digna de un Croce. ¡Vete! ¡Te desprecio! ¡Te odio!

Luego se serenó. Puso empeño en abrir los ojos que pugnaban por cerrarse, pero todo fué inútil. Reclinó la cabeza sobre el respaldo y se fué durmiendo mientras una gota de llanto brillaba en sus mejillas y un murmullo postrero barbotaba de su boca:

— «Nos, el Rey...»

El estudio del doctor Benjamín Sall estaba situado en un primer piso en la calle Talcahuano a pocos pasos de la plaza Lavalle y del Palacio de Justicia.

En un pequeño vestíbulo esperaban tres o cuatro personas en el momento en que entraron Boillot y el joven Vargas. El portero les condujo sin dilación al gabinete reservado del letrado. El doctor Sall no se hizo esperar. Después de saludar cordialmente a don Luciano, estrechó la mano de Julián dándole muestras de alto aprecio.

— Han llegado las escrituras de Olain — dijo Boillot.

— Bien está. Vengan esos papeles — respondió el doctor.

Julián le alargó el sobre hinchado de pergaminos. Le dijo al mismo tiempo:

— Los he colocado en orden cronológico para facilitarle la lectura. — Y se sentó.

— Bien está — repuso Sall, mirándole a través de los lentes.

Don Luciano había cogido un diario y leía en voz baja.

— «Nos, el Rey» — leyó el doctor en alta voz, y extendiendo los documentos sobre el escritorio junto al cual se había sentado, prosiguió la lectura.

Los ojos de Julián, enrojecidos y abotagados por la mala noche, atisbaban los más mínimos gestos del letrado. Estaba bien seguro de que aquel hombre autopsiaba la historia de su estirpe. Pensando en ello avergonzábase de lo que había hecho aquella noche. Hubiera dado cualquier cosa por borrarla de su vida y se prometía no repetir nunca el acto innoble de emborracharse.

El doctor levantó la cabeza de en medio del legajo y, mientras limpiaba con un pañuelo los anteojos, preguntó a Julián:

— Su señor padre conserva alguna copia de estas escrituras?

— No, señor.

— ¿Es el original?

— El original.

— En los archivos de Córdoba ha de hallarse la matriz...

— No se ha encontrado. El «Registro de Mercedes» no menciona la de Olain.

— Bien está.

Siguió leyendo. Julián tornó a observarle.

El doctor Sall era un hombre alto, delgado, amarillento. Parecía bilioso. Su cabellera escasa y pobre cubría a duras penas una frente estrecha e inexpresiva. Sus ojos eran pequeños y vivaces. De entre ellos arrancaba una nariz pronunciadamente aguileña que se prolongaba hasta encima de una boca pequeña de labios descoloridos y enjutos. Su fisonomía era la de una ave de presa.

Julián sentía nacer una gran consideración hacia aquel hombre que revolvía sus documentos con tanta seguridad en la paz inalterable de aquel gabinete atestado de libros de derecho que, de seguro, conocía como la palma de su mano. Tenía un respeto religioso por todo cuanto olía a doctorado. ¡ Ah, si el llegara a ser doctor! Ser doctor era, a su juicio, — ¡ herencia de Córdoba y de España! — poseer el *summum* del saber. Le agregaba otra virtud: ser doctor era tanto como conocer y aplicar a las cosas de la vida, a las relaciones de los hombres, un concepto preciso de lo justo. No se explicaba como era posible que en una sociedad donde existían abogados pudiera haber pleitos y cuestiones cuando ellos podían apreciar de inmediato de qué parte estaba la justicia. Por lo demás la profesión era propicia a los grandes de-

bates en los que se podían lucir las dotes oratorias, y a las grandes piezas jurídicas en las que podía hacerse derroche de erudición, para que no le sedujera también por su exterioridad. ¡Ya verían cuando él fuese doctor! A momentos parecía difícil la carrera y sucedía también que se aterrorizaba y desesperaba de su capacidad; pero reaccionaba ante la idea de que tantos miopes del espíritu habían conseguido graduarse y llegar alto.

El doctor interrumpió nuevamente la lectura y le interrogó:

— ¿No hay más documentos?

— No, doctor.

Julián creyó oportuno añadir que la merced de que instruían las escrituras, había sido acordada por el Rey al capitán don Borja Vargas de Luján en premio a los servicios prestados a la Corona.

— ¿Cuántos descendientes del capitán quedan ahora?

— En línea recta, mi padre.

— ¿Cuántos hijos tiene don Eusebio?

— Uno solo: yo.

— De suerte que usted...?

— Soy el último Vargas.

— Bien está.

El doctor acomodó los documentos en el sobre

en que los llevó Julián y poniéndose de pié, dijo a éste:

— Voy a tener el gusto de ocuparle en mi estudio. Practicará a mi lado y al mismo tiempo tendrá una «ayuda de costas».

El joven le agradeció.

El doctor añadió:

— Cumpló así un deseo de don Luciano que me lo ha pedido en nombre de nuestra amistad.

.. — Gracias, doctor — dijo Boillot abandonando el diario.

— Acaso pueda ayudarle en algo más — continuó Sall. — Estoy propuesto para profesor de Ciencias políticas en la Universidad.

— Enhorabuena, doctor — dijo Julián.

— Que sea pronto — agregó Boillot. — Y, cambiando de tono, interrogó al doctor. — ¿Qué opina usted del asunto de Vargas?

— No es malo; se puede hacer mucho — respondió el letrado. — Lo que si será necesario un gasto grande. Usted comprende, es preciso mensurar, determinar las zonas detentadas y luego ir a Córdoba a reivindicar... en fin... Usted sabe lo que es esto...

Dirigiéndose al joven añadió:

— Déjeme estos documentos. Quiero estudiarlos con mayor detención. Para no perder tiempo

mandaré la iguala o convenio con su señor padre y le indicaré la forma en que ha de hacerme el poder habilitante.

Julián hizo un gesto de asentimiento.

— Por supuesto he de darle un recibo...

El joven protestó:

— ¡ No faltaba más ! ¡ Oh, no ! ...

— Usted, señor Boillot, tiene que regresar a Córdoba a hacer firmar los poderes. ¿ Cuándo irá ?
— dijo el doctor.

— Dentro de poco.

— Bien está.

Julián salió encantado con el doctor Sall. Vuelto a su habitación escribió una larga carta a don Eusebio. En ella le refirió el resultado de la negociación y al mismo tiempo alabó las atenciones que le dispensaba Boillot.

Iba a cerrar el sobre cuando notó que se había olvidado de poner un recuerdo para Matilde.

Resolvió omitirlo.

— Dirán que lo he olvidado por descuido — pensó.

Pero se arrepintió; sacó la carta del sobre y escribió una postdata para ella, murmurando:

— ¡ Pobrecita ! ...

La Universidad rebosaba de concurrencia aquella mañana del 28 de Abril, fecha fijada por las autoridades docentes para inaugurar los cursos.

El salón de actos iba llenándose de gentes: damas, médicos, abogados, estudiantes, escritores, periodistas. Desde el sitio, vecino a una ventana, en donde se habían situado Marcos y Julián, se dominaba una parte de la calle, atestada de coches y automóviles en aquel momento, las galerías del edificio y el salón entero. Un aire fresco entraba de vez en cuando y movía suavemente las cortinas y el dosel suspendido sobre unos estrados tapizados con púrpura granate.

Momento antes de comenzar el acto un joven rubio, imberbe, irreprochable en el vestir, contaminado hasta los huesos de perfumes, se aproximó a Marcos, forcejeando entre el gentío.

— ¿No has visto nada que me interese? — le preguntó poniéndole una mano sobre el hombro.

Marcos se dió vuelta.

— ¡Hola! ¿Cómo te va?

— Ando en busca de la «chica».

— ¿Está aquí?

— Me dijo que vendría...

— No la he visto — dijo Marcos paseando su mirada por el recinto.

Y agregó:

— No está; te lo aseguro.

— No ha de tardar. Anoche me aseguró que vendría.

— Siéntate y espera.

El joven se sentó al lado de Marcos.

— Ustedes no se conocen — preguntó éste.

— No tengo el gusto — respondió el recién llegado.

— Julián Vargas; Juan Antonio Soler.

Al oír a Marcos pronunciar el apellido de Soler, Julián se turbó de una manera extraña. Hizo un esfuerzo sobrehumano para aparentar serenidad y estrechó la mano que el joven le tendía. Una impresión de desagrado sucedió a su turbación. La mano de Soler era una mano laxa, fría, inactiva, de esas que parecen licuarse entre el calor del puño que quiere aprisionarlas. — ¡Mano de hipócrita! — pensó Julián.

Marcos impuso a Juan Antonio de que Julián

había conocido a doña Clara y á Ernestina, a bordo de «El Guaraní».

— Mamá y la nena están encantadas de la buena compañía — habló Juan Antonio, sin dar muestras de mayor entusiasmo. — Yo se lo agradezco infinitamente, señor Vargas.

Julián sonrió, encogiéndose de hombros.

— ¡Oh, señor!... — murmuró sin quitar la mirada de encima de aquel muchacho en quien, por un extraño presentimiento, creyó encontrar un alma hostil y enemiga.

Siguieron conversando de cosas diferentes. De pronto dijo Juan Antonio:

— ¿Cuándo nos visitarás, Marcos? En casa te esperan siempre.

— Son ustedes muy amables.

— ¿Irás el viernes a tomar el té?

— Con mucho gusto.

— Esperaremos al señor Vargas también.

— Muchas gracias — respondió Julián.

— No deje de ir. En casa le aprecian de veras. Dará un grato momento a mamá y a la nena.

— El gusto será mío — añadió Julián.

En los estrados acababa de sentarse el ministro de Instrucción, el Rector, los decanos, los académicos y los consejeros. El cuerpo de profesores se instaló en un hemicyclelo situado delante de los estrados.

— Va a comenzar el acto — dijo Juan Antonio mirando a todas partes en busca de su «chica».

En presencia de aquel cónclave de sabios, tiesos, graves, ceñudos casi todos, Julián sintió su pequeñez.

Soler tuvo la amabilidad de nombrárselos uno por uno, acompañando cada nombre de una breve biografía.

— Aquel rubio cuya cabeza parece un sol, de frente alta y abovedada y de pelo ensortijado, es el doctor Hebreo, médico de nota, político militante. El que le sigue es el doctor Danilo. Aquel moreno alto, flaco, narigudo, mirada de cuervo, es el doctor Goyena, un tape de voluntad de hierro: ¡queriendo dar en uno los seis años de la Facultad se cortó un dedo del pié izquierdo a fin de no tentarse por salir a parrandear!

Marcos estalló en una risotada.

Juan Antonio continuó:

Aquel hombre grueso, panzudo, de nariz aplastada y frente fugitiva, es el doctor Rivolta, el decano de la Facultad de Derecho. ¡Una notabilidad! Sus obras se consultan en Europa, eh? ¿Qué me dice? ¡Quince años empleó en averiguar si Kant conoció el amor! Suena para ministro de Instrucción. Desde ya se asegura que aventará todos los malditos planes en vigencia. ¡Es capaz de

inventar algo nuevo! El que está a su lado... ¿le distingue?...

— No veo bien; pero me parece...

— Aquel morocho con más aspecto de jugador que de universitario. Es el doctor Guezalez.

— ¡Guezalez! — exclamó Julián saltando de su asiento. — ¡Le conozco!

— Sí; Guezalez.

— ¡Pero cómo! ¡Es él! — balbuceó Julián estirándose un poco para verle.

— ¡Quién lo diría! ¡Ha llegado!

El corazón quiso saltársele del pecho.

— El de la izquierda — prosiguió Juan Antonio — es el doctor Greco.

— ¿Cuál?

— Aquel hombracho, alto, recio, barbudo, que parece un bisonte. ¡Qué biblioteca tiene! Es un loco por los libros. No acaba de aparecer una obra cuando ya la atrapado.

De repente, como movido por un resorte, Juan Antonio se levantó.

— Me voy — dijo mirando hacia la puerta. — Está la chica.

Tendió su mano helada a Marcos y a Julián y se marchó, diciendo:

— No dejen de ir. El viernes, eh?

— Hasta entonces.

— Adiós.

Un segundo después, Juan Antonic estaba sentado al lado de Celia Sánchez.

Julián deseaba con vehemencia oír la palabra de los maestros de la juventud. A medida que los examinaba los admiraba más. Eran los directores espirituales del país. Ellos lo sabían todo, lo prevenían todo. Manejaban el progreso intelectual como un juego de relojería. Julián los comparaba a los herreros: los veía tomar las jóvenes inteligencias sometidas a su férula, meterlas a la fragua hasta ponerlas rojas, incandescentes, depositárlas en el yunque y torcerlas y retorcerlas a martillazos, sangrando gotas de fuego, hasta darles la forma definitiva. La Casa toda entera le parecía una máquina monstruosa que tragaba muchachos por una puerta y por otra los lanzaba, transformados en sus crisoles, al torrente de la circulación. Aquellos maestros eran el porvenir mismo; lo amasaban en sus mentes llenas de saber y de virtudes. ¡Cómo no admirarlos! Con cuánta razón se hablaba en libros y en gacetas del esplendor astral de las universidades! ¡Alma mater!

Después del Rector, que pronunció pocas palabras, levantóse en la tarima, con un manojo de cuartillas en la mano el doctor Rivolta. Se colocó encima de la nariz unos anteojos de carey tan

grandes que cubrían los odres de sus ojos, dilatados como senos de múltipara, y leyó su discurso con un acento gutural, ahogado, como si fuera de ultratumba, tal vez con el propósito de dar más importancia a los conceptos y más solemnidad a las palabras.

Habló mucho. Dijo que la Casa abría sus puertas a la juventud del país invitándola a elaborar sin demora su grandeza. Bajo su techo debía desaparecer toda preocupación que no fuera la del culto del Estado. El Estado lo es todo: frente a él el hombre es un accidente, un engranaje de una máquina denominada Estado. Su órgano es la Ley. Por ella el monstruoso organismo realizaba el aforismo romanista: *sum cuique tribuere*, cuyo recuerdo parecía enternecer al orador. La ley es la razón escrita: no se puede admitir que se discuta la razón; luego, debe obedecerse como un imperativo. Nada existe fuera de ella; las situaciones más nimias de la vida están previstas en la ley. Para hacer más comprensible tan honda concepción, el orador recurrió a una metáfora pedestre:

— «Imaginaos un aparato registrador de esos que se emplean en las casas de comercio: con un manejo simple os indica el importe de las mercancías por numerosas que ellas sean. Ello os dará la imagen de la ley».

(Julián pensó que iba a agregar, a propósito del registro, que también marcaba el precio; con lo que la figura hubiese sido más exacta; pero advirtió que el decano llegaba solamente hasta donde interesaba a su demostración y concentró su atención en el discurso).

La ley es, pues, el molde de todo acto. Es legal, justo, jurídico, todo aquello que no sale de los límites impuestos por la ley al ciudadano; es ilegal, es injusto y antijurídico todo acto que la viola, voluntaria o involuntariamente. Existe todavía una situación más grave y condenable: el hombre, a veces, quiere borrar, revocar, arrojar a todo viento los códigos legales y las instituciones: es la anarquía, ¡es la ausencia de la razón! Doctrinas extraviadas quieren, en el siglo, derribar el Estado y dar al traste con la familia y la propiedad privada. — Os traeremos al aula estas cuestiones: — dijo — un instituto de altos estudios, como es este, no puede ni debe olvidar el análisis de todas las cuestiones de la vida sino a condición de condenarse a la esterilidad, como ha sucedido con universidades de más antigua data. Os pondremos delante del fenómeno, jóvenes alumnos, y veréis como las nubes se disipan y resplandece de nuevo el sol de la verdad. Lo comprobaréis vosotros mismos, libres de reatos y de imposiciones. Esta Casa

ha desterrado el dogma — concluyó — es una especie de pagoda del espíritu neutro de la ciencia que sólo exige de sus fieles que al trasponer sus umbrales se sacudan el polvo de las sandalias.

Terminó, entre aplausos, con una valerosa incitación al ejercicio del civismo, al respeto de las leyes y al culto de las virtudes ciudadanas.

Julián se tomó del brazo de Marcos y salieron. El discurso del orador romano en el seminario conciliar de Loreto le obsedió, mientras bajaban a la calle. ¿Qué diferencia había entre aquél y éste? El sujeto de la oración y nada mas. En aquél era Dios; en éste era el Estado. En lo demás eran iguales: iguales la apostura, el físico y el acento, hondo, hasta llegar al límite de lo gangoso, sentimental y patético de los oradores; iguales los conceptos que invocaban al impetrar los sufragios de los espíritus jóvenes para sus fines respectivos; iguales hasta el color de los estrados y de la decoración entera con la simple diferencia de que en el seminario había un Cristo y en la Universidad un retrato de Vélez Sársfield.

Preocupado por un cúmulo de ideas, Julián no advirtió que su amigo le había llevado a un punto estratégico de la escalinata y que desde él observaba con interés creciente a las jóvenes que abandonaban el salón.

Juan Antonio Soler pasó a su lado, acompañando a Celia Sánchez. Grave, serio, convencido del valor de su persona, saludó con una leve inclinación de cabeza, la galera en la mano a la altura del ombligo.

Julián se descubría cuando sorprendió una mirada que se cambiaban Celia y Marcos. Era, sin duda, un mensaje de amor el que relampagueó en los ojos de ellos.

— Salgamos pronto — murmuró Julián empujando a Marcos.

— Salgamos — repuso éste, sin dejar de mirar a la compañera del hierático Soler.

— ¡Qué hermoso día! — exclamó Julián mientras se dirigían a la puerta, apechugando entre el gentío.

Marcos no respondió. Pero cuando Celia trepóse a su automóvil y se alejó, volvió él sus ojos a Julián y le preguntó sonriendo:

— ¿Qué has visto?

— El amor.

— ¿Cómo es?

— Hermoso.

— Si ella fuese buena sería como un árbol de paz a la vera de un camino desierto — suspiró Marcos.

— Ni una palabra más, querido.

— ¿Estás enterado?

— Enterado.

— ¿Iremos el viernes a lo de Soler?

— Iremos.

Y apresuraron el paso, subiendo por la calle Corrientes,

El discurso del doctor Rivolta tornó a ocupar al joven Vargas.

— ¿Qué te ha parecido la oración? — preguntó a Marcos.

Este frunció el ceño y se encogió de hombros.

— ¡Hum! Como todas las de los abogados.

— No me explico.

— Mira: todos los años los cursos se inauguran con un discurso del decano de la Facultad de Derecho; en consecuencia, todos los años el discurso se reedita. Es el mismo siempre. El Estado, la ley... y otras añagazas por el estilo.

— ¿Añagaza la ley... ¿Eso piensas?

— Eso pienso. No concibo nada más absurdo y tonto que el afán de aprisionar la vida en el casillero de un código. ¡Juego de bobos!...

— La ley es la vida.

— La vida es enemiga de la ley. Salta por encima de los códigos como el torrente por encima de los diques. Estudiaran biología y sabrían lo que es la vida. ¡La vida!

Guardaron silencio.

Al llegar al escaparate de una librería, se detuvieron. Julián preguntó:

— ¿Quién es Nietzsche? El doctor Rivolta le mencionó en el discurso combatiéndole.

— Es un pensador alemán.

— Mencionó también a Marx y a Renán tratándole como a verdaderos herejes. Desearía conocerlos. Entremos.

Compró un buen número de obras de los autores recordados, así como de otros que tenía curiosidad en conocer porque los sabía condenados por el Index; dió al librero las señas de su casa, y prosiguieron el camino.

— ¿Qué has leído hasta aquí? — le preguntó Marcos?

Julián vaciló un segundo.

— ... Muchos libros he leído -- dijo -- Balmes, Donoso Cortés, novelas de Peréda y del padre Coloma.

— ¿Cual te gusta más?

Julián pensó un instante.

— Te seré franco -- respondió -- el libro que más me agrada es uno que no se lee mucho.

— ¿Cual?

— Don Quijote.

— ¡Oh! ...

— Lo leo; torno a leerlo, y cada vez lo quiero más.

En esto llegaron al estudio del doctor Sall y se despidieron.

— Hasta el viernes.

— Hasta el viernes, querido.

Tan pronto como terminó su trabajo, Julián corrió a su casa a curiosear los libros adquiridos. Siempre había sido su placer favorito el de hojear los libros que se disponía a leer. Haciendo esto, le temblaban las manos, como si los profanase.

Se estiró en un diván y cogió al acaso un ejemplar.

Era el de Nietzsche.

El trato diario con las gentes de gusto refinado — particularmente aquella madame Sabela, que cada día le revelaba algún nuevo secreto de su «savoir faire»—no tardó en comunicar al joven Vargas los hábitos de vida de la burguesía porteña. En vano quiso defender de las influencias del ambiente sus hábitos sencillos; en vano quiso reaccionar contra aquel mal que amenazaba restar fuerzas y energías a su recia personalidad provinciana. Buenos Aires obraba sobre él a la manera de esas suaves corrientes de las sierras que lamen y acarician cantando los guijarros del cauce hasta limarles las aristas: cautelosa, solapada, le transformaba, le amansaba, le pulía entre sus manos femeninas, versadas en la ciencia del amor, adormeciéndole con el encanto de su música melíflua. . . El lo advertía, y sin embargo incurría en la torpeza de dejarse llevar a la deriva del placer, postergando de un día para otro el esfuerzo salvador

que rompería de una vez aquella malla invisible que estrechaba su cerco en torno suyo. No obstante la repulsión instintiva del primer momento, continuó habitando el dormitorio de célibe de Boillot y no hizo nada por desalojar aquellos desnudos que poco a poco se le entraban por los ojos, haciéndole agradable la blandura de la línea, el encanto inefable de la forma, la alegría que parecía retozar, como la luz en una mañana de Noviembre, en las carnes jóvenes del cuadro de Montassier, la armonía del de Scalabert, la plenitud de un seno erecto como poma y el candor de aquel bebé que acariciaba riendo sus órganos nacientes. El lujo del comedor se le hizo imprescindible hasta el punto de que se sentía incómodo en una mesa sin vajillas de plata, sin cristales, sin flores y sin luz. Más aún, ni siquiera se privó de ciertas cosas que otrora consideró superfluas.

— Con tal de que no se me desintegre el espíritu... — pensó una de aquellas tardes, cerrando « El Anticristo » y disponiéndose a vestirse para asistir al té en casa de Soler.

En lo esencial, su espíritu no había variado. Su filosofía era demasiado simple para que se modificase de primera intención al solo choque de doctrinas tan falaces como las expuestas por el demente pensador alemán. Sus creencias religio-

sas le ponían a cubierto de posibles extravíos. Ellas eran como un reducto desde donde salía hacia los campos enemigos, e impulsado por una extraña inquietud y por un vivo deseo de conocerlo todo, los examinaba, y volvía a guarecerse en su fortaleza inexpugnable. Por lo demás, cuando sospechaba que algún amago de vacilación estaba a punto de acometerle, combatía el peligro acentuando las prácticas religiosas. Dominaba sus instintos con toda facilidad. A veces tenía sueños malos; en otras ocasiones le asediaban imágenes de un erotismo lúbrico y enfermizo; pero sabía sobreponerse a tiempo y con eficacia.

Así, pues — seguía pensando mientras se vestía — su refinamiento era puramente exterior. ¿Qué más ventajoso que adquirir un cierto aire mundano y una desenvoltura ágil y fina, sobre todo si ella le permitiría comportarse con lucidez ante las gentes?

Marcos llegó en su busca.

— Muy elegante, muy elegante — díjole al entrar a su habitación, toda revuelta en el afán de la toilette.

Luego treparon a un coche de remise y se marcharon.

En el trayecto, Julián preguntó a su compañero cómo se había decidido a festejar a una niña

que, según todo, parecía tener un serio compromiso con un amigo suyo.

— Yo mismo no lo sé — respondió Marcos. Solo sé que hay algo que me arrastra hacia ella de una manera avasallante.

Tras un momento de silencio, prosiguió:

— Psh! Por lo demás, no creo que Celia ame de verdad a Juan Antonio. Tengo mis razones para suponer lo contrario.

— Yo no me hubiera atrevido — dijo Julián.

— Claro está; porque ves las cosas de un modo muy distinto del mío. Yo solo creo en la vida. Si mi persona debe apoyarse y afirmarse, sana y fuerte, en el amor de esa mujer, debo conquistarla. Puesto que nos amamos, nos completamos. ¿A qué el sacrificio? Sería un crimen,

— ¿Un crimen?

— ¡Un crimen!

— Y tu amistad con Juan Antonio?

— Vale menos que la vida. Si ella va contra la vida no merece la pena de que se la respete.

— Y tu conciencia ¿no te dice nada?

— La acallo. Mi conciencia me dice que hago mal; pero yo digo que hago bien. Y yo tengo la razón. Una conciencia ¿qué es sino una serie de siglos de preocupaciones? ¿He de dejar que me gobiernen los prejuicios? Desde la selva primitiva

el hombre ha traído un exceso de lastre que no le deja vivir en libertad. En vez de arrojarlo al lado del camino, cada día alza más sobre sus hombros. La mentira, la avaricia, la ambición, el orgullo, el odio, la vanidad, la deslealtad, todas son cosas buenas para la salud; todo eso es humano, nuestro, genuinamente nuestro! La cuestión está en saber encauzar la corriente de suerte que riegue mejor ¿comprendes? Sin duda, lo importante es saber hacer positivos, vitales, todos esos valores que una moral antigua ha condenado.

— No te excuses con palabras, Marcos.

— Los hechos hablarán. No me juzgues mal, mientras tanto.

— Te juzgaría mal si no fueras sincero. Bien sé que lo eres. Lo único que lamento es que lo seas tanto más cuanto más son falaces tus doctrinas. La culpa no es tuya; la culpa es de tu carrera, Marcos.

Marcos sonrió, palmeando a su amigo.

El coche rodaba hacia Palermo por entre el bullicio ensordecedor de la calle Santa Fe. Personas y cosas parecían moverse en un hervor de confusa algarabía.

— Mira — dijo Marcos — todo eso que se mueve y se agita en torno nuestro, profesa mis doctrinas. Todos esos seres que se mueven, corren de

aquí para allá, de allá para acullá, gritan, cantan, blasfeman, imprecán, todos sin excepción, ejercitan la mentira, el odio, la vanidad, la traición y el orgullo.

— ¡Nunca! — exclamó Julián.

— Ésa es la realidad, sin embargo.

— ¡Proclamaís el «sed duros!» del filósofo loco.

— Te equivocas; no es eso lo que quiero decir, a lo menos en el sentido de egoísmo brutal que atribuyes a la expresión nietzscheana. No. Mi doctrina — si así quieres llamar a mi noción de la vida — consiste en utilizar como valor positivo todo aquello que te parece digno de desprecio. Consiste en hacer bueno lo que juzgamos malo. Porque lo que juzgamos malo no es malo, en realidad, sino que le calificamos así sólo porque nuestra ignorancia o nuestros preconceptos no saben hacerlo bueno.

— Lo cual conduce...

— ... A que en el mundo todo es bueno, Marcos. La vida es un erial: jardinero, hazla jardín.

Julián no se explicaba cómo Marcos podía pensar así. Lo juzgaba extraviado por la lectura de obras escritas con el único propósito de combatir la fe, o, lo que es igual, de hacer el mal por el mal mismo, y nada más. Le era imposible imaginar la vida sin un ordenamiento superior, sin un

principio abstracto que gobernase el mundo y los pueblos y la conducta de los hombres. ¡Oh, no; no era posible!

Habían dejado atrás el tumulto; pasaron por la Recoleta, recogida, callada, silenciosa, como un dolor muy hondo, y al trote tendido de los caballos entraron por la avenida Alvear.

Los Soler les recibieron con muestras de alto aprecio. Una rubia regordeta y mofletuda ejecutaba un vals cuando entraron a la sala. Algunas miradas se clavaron en Julián, con interés o curiosidad; el joven llegó a oír algunas frases entrecortadas que le aludían. Esto le turbó sobremedida; temeroso de ruborizarse hizo un esfuerzo desesperado por mejorar su aplomo y sólo se tranquilizó cuando creyó haberlo conseguido, después de las primeras presentaciones,

La rubia del piano se aproximó al grupo que les rodeaba y se colgó del cuello de Ernestina, acariciándola. Le fué presentada. Se llamaba Emilia Gondra. En intimidad la decían «Porota»

Trabó conversación con ella sobre mil temas diferentes. Ella hablaba hasta por los codos, gesticulada sin medida y con cualquier pretexto sonreía enseñando dos hileras perfectas de dientes blancos y menudos.

Era versada en muchas ciencias. Entre las ni-

ñas de la haute portañía estaba de moda la psicología y la sociología. Las novelas de Pierre Loti, que antes mataran tantas horas de tedio y aburrimiento, no se leían ya. Más sé apreciaba entonces la literatura de Felipe Trigo, introducida de contrabando a los hogares; las disecciones psíquicas de Bourget; el erotismo místico de Samain, y una balumba de escritores y poetas que torturaban sus cerebros para expresar dolores y desventuras que no habían sufrido nunca. Pero por encima de todo eso estaba la psicología y la sociología. Las jóvenes sabían tanto de pintura como de feminismo, de la lucha de sexos y de la igualdad civil y política del hombre y la mujer; interpretaban tanto a Grieg o a Bach como a Schopenhauer o a Bergson. Se hacían doctoras y concurrían a las conferencias de la Facultad de Filosofía y Letras, desafiando los aburrimientos.

Emilia Gondra desarrolló su ciencia ante los ojos de Julián que, en más de una cuestión, consideró flojo para afrontar el torneo. Pero de todos modos, la oía sin molestia.

Ernestina se encontraba en un rincón opuesto en compañía de un joven pelirrojo, de corota redonda como un queso de Holanda. Afectaba interesarse mucho con la conversación de su adlater, pero con todo disimulo, a hurtadillas, observaba a Julián y a la «Porota».

El joven pelirrojo, sin duda pagado de su elocuencia, arreciaba sobre las tardes de Florida, las reuniones del Hipódromo y la temporada del Colón próximo a abrir sus puertas. A virtud de una moda que la juventud de Buenos Aires había aceptado de buena gana considerándola de tan buen tono como aquella de la patilla patricia que dejaba los rostros semejantes a los de cocheros de casa rica, el joven pelirrojo había reemplazado la s por la z y aún la pronunciaba ásperamente.

— Zabe uzted? Dentro de poco ze inaugura la temporada del Colón.

— Grata noticia.

— ¡Zoberbio el elenco! ¡Ah zi! La Storchio, Titta Ruffo... tendremos la flor y nata del arte.

— ¿Qué ópera será la primera?

— Iriz. ¡Ah, Iriz! ¡Cómo me eucanta eza ópera! ¡Qué delicia, qué arte!

Y de ahí no salía; era todo su juicio crítico. Se ponía las manos sobre el estómago y repetía hasta el cansancio:

— ¡Qué delicia, qué arte! ¡Ah!

— ¿Le gusta a usted la música?

El joven rió; sin duda iba a responder con una gracia.

— Tanto como un banquete en el Blaz Mango.

Y estalló en una risotada. De pronto se puso serio y dijo:

— No, Ernestina, la música me guzta tanto como oír la voz de usted. Créamelo, ze lo aseguro.

— ¿Tiene encanto mi voz?

— ¿Cuántas veces quiere que se lo diga? Qui-ziera estar ziempre a zu lado oyéndola.

Pero Ernestina què debía estar preocupada con muchas otras cosas más importantes que la de prestarse a deleitar al joven pelirrojo, se levantó de pronto y dirigiéndose a la Gondra, díjola:

— ¡Al piano! ¿No ves que estamos sin música? ¡Pronto!

— Espera que tenemos en discusión un problema importante. Yo sostengo que la mujer tiene derecho al sufragio...

Pero Ernestina no la dejó concluir; la cogió del brazo y la condujo al piano.

El joven pelirrojo, que se había levantado en pos de la compañera, murmuró al oído de la Porota:

— Toque el vals de la Viuda Alegre, Emilia. ¿Quiere?

La mirada de Ernestina se había encontrado con la de Julián. Ella pareció turbarse; pero salió del paso diciendo:

— Señor Vargas, ¿no conoce usted al señor Croce?

Casi respondió que sí porque ya había adivi-

nado que Croce, el importante Croce, no podía ser otro que aquel moscardón que la había estado zumbando hacía unos segundos.

— No tengo el gusto.

Croce ya le había tendido su mano inflada como un guante de box. Cambiaron algunas palabras. Después Croce reconcentró su atención en el vals de la Viuda Alegre, y Julián trabó conversación con Ernestina.

— ¿Y? Cuénteme ahora como le trata Buenos Aires — dijo la joven.

— Muy bien; perfectamente bien.

— Por lo visto... — murmuró Ernestina, guiñando el ojo hacía la Gondra.

— Acepto, a condición de que usted también acepte lo que dicen las apariencias.

— ¡Oh! es muy diferente.

— Nada prueba lo contrario.

— ¿Nada? ¿Y los gestos, y la animación, y las miradas...?

— ¡Ah! Usted observaba.

— Tanto como eso, nó; pero estando tan cercanos es imposible no ver...

— En verdad, es imposible no ver... — murmuró Julián retorciendo el argumento. Luego añadió:

— ¿Recuerda usted la noche de «El Guaraní»?

— No la olvido nunca.

— No habrá olvidado tampoco que yo le dije que «algo» debía esperarla en Buenos Aires...?

— Lo recuerdo... como se recuerda toda injusticia.

Ernestina hablaba en voz baja.

— No me engañé.

— Sí da crédito a una apariencia.

— ¿Apariencia?

— Como lo oye.

— No puede ser.

— Y es... — murmuró ella hojeando con distracción una pieza de música.

Julián suspiró.

Ernestina le miró de hito en hito.

Casi me parece un sueño verle a usted en mi casa — dijo.

— Por qué? ¿No se lo prometí?

— Sí; pero, hablando con franqueza, no creí que cumplierse.

— Muchas gracias.

— Perdóneme en obsequio a mi sinceridad.

— ¡Parece ser sincera!... — exclamó riendo el joven.

— Insiste usted...? — Volvióse a Croce y le preguntó: — Diga, Croce, ¿no es verdad que usted

me hablaba hace un momento de que próximamente se inaugurará la temporada del Colón?

— Zi, zeñorita. De ezo hablaba.

— ¿Ha oído usted, señor Vargas? Hablábamos de música. Y, a propósito, asistirá usted a Iris? Julián no había pensado en ello.

— No lo sé; acaso — respondió.

— Nosotros iremos.

Por una puerta próxima entraron Celia, Marcos y Juan Antonio.

— ¿Ustedes aquí? — dijo Celia.

— ¿Dónde estuvisteis? — preguntó Ernestina.

— En el vestíbulo y en el jardín — repuso Juan Antonio.

La Gondra había abandonado el piano reemplazada por una joven alta, delgada, que había bailado toda la tarde con un pisaverde, y corrió hacia ellos. Croce se agregó después.

Al verlo llegar, Marcos le dijo:

— Juan Antonio nos ha leído unos versos escritos por usted. Están muy bien, señor Croce.

Por toda contestación Croce murmuró con pudor:

— ¡Oh, no valen nada!

— ¿Quiere recitarlos? — preguntóle Celia.

Croce se puso más rojo de lo que era, parecía

inflamado, y sonreía de una manera estúpida, como un muchachote huaso.

Ernestina miró a Julián preguntándole:

— ¿Le gustan los versos?

— Mucho.

— Y los hace -- añadió Marcos.

— ¡Ah! ¡ Es poeta! — exclamó la joven.

— Entonces estamos en presencia de dos poetas — murmuró Celia.

— A mi me encanta la poesía -- exclamó la Porota. — Me encanta tanto como la filosofía de Bergson y Williams James...

Con la intervención de la erudita, la charla se anarquizó. Coincidió con ello la llegada de tres matronas y de dos parejas de jóvenes fatigados por la danza. El grupo se disolvió.

Juan Antonio condujo al escritorio a Croce y a Julián para enseñarles algunos objetos raros recientemente adquiridos. Tenía la manía de las cosas antiguas y había conseguido reunir las suficientes para convertir en un museo el escritorio. Huesos fosilizados, hachas de piedra, terracotas, objetos de alfarería indígena, armas nacionales y exóticas, todo estaba colocado en orden, casi clasificado, sobre los muebles y en el suelo. Entre tantos objetos, el que llamó la atención del joven Vargas fué una lanza que cruzaba horizontalmente un muro. Era

de regulares dimensiones; gruesas virolas de plata la adornaban hasta cerca de la moharra, que era de acero, y el mango estaba lustroso y abrigantado por el uso.

— Es de mi padre — dijo Juan Antonio advirtiéndole la curiosidad de Julián.

— ¡ La lanza de Soler ! — exclamó Julián.

— Justamente. ¿ Conoce la expresión ?

— La conozco — respondió, acercando sus ojos a aquella moharra que le pareció tinta en sangre.

— ¿ Este retrato es del coronel ?

— Zi, del coronel — respondió Croce al mismo tiempo que gatilleaba un pesado trabuco, — Mire esto, señor Vargas; fué de un gaucho entrerriano.

Juan Antonio intervino:

— Sí — dijo — fué de un célebre bandido de Villaguay. Mi padre se la quitó en un duelo singular,

— Y lo mató — añadió Croce.

Julián se estremeció: era el mismo episodio de don Borja. Examinó el retrato del coronel. Boillot no lo había equivocado; era exactamente igual a como se lo pintó a bordo de « El Guaraní ».

— ¿ Y sus libros, señor Soler ?

— Son estos; aquí los tiene.

Julián los curioseó, advirtiéndole que casi todos tenían las hojas sin cortar.

Juan Antonio se empeñó en leerle algunos tro-

zos de los que eran sus favoritos, esto es, los que estaban de moda.

Julián aguantó. Croce bostezaba como un buzón mientras Soler leía; evidentemente aquello le aburría, le «opiaba», según su propia expresión. Cuando el lector cerró el volumen Croce había desaparecido.

Del escritorio subieron a la terraza. Mientras trepaban por una regia escalera de madera con incrustaciones de bronce, el joven Vargas se sentía satisfecho y feliz. Había conseguido la victoria. Su triunfo era completo. Ernestina se le había rendido. ¿Qué otra cosa que confesarse vencida, avasallada, eran aquellas miradas a hurtadillas que la joven le dirigiera, en el salón, cuando Croce la zumbaba a los oídos? ¿Qué otra cosa que una explosión de celos fué el acto de correr a separarle de la Gondra? ¿Y los suspiros que exhalaba recordando el viaje a bordo de «El Guaraní»? Y, sobre todo, sobre los mil detalles que hilvanaba sin dificultad para llegar a la certitud de su creencia, ¿no le había dicho de modo categórico, inequívoco, que su actitud con Croce no era más que una «apariencia»? ¡Pobre Croce! Con su excelente salud y la no menos excelente perspectiva de heredar los millones de su padre, el comerciante aquel del famoso concordato, no conseguiría

el corazón de Ernestina sino se le antojaba a Julián Vargas. ¡Y bien pudiera ser que no se le antojase! Pero no; bien vistas las cosas, lo que a él le halagaba era el triunfo de su vanidad, de su amor propio. Eso conseguido, el campo quedaba libre. ¡Qué poco esfuerzo le había costado el éxito! Bueno, a la verdad, aquel muchachote poco menos que imbécil, no era nadie para rivalizar con él.

De repente, al llegar a la terraza, una visión terrible le cortó el soliloquio y le llenó de espanto. En el jardín, junto a la Venus abrumada de rosas, Ernestina y Croce compartían un bombón; ella lo cortó con los dientes, dió una mitad a Croce y se tragó la otra. Julián palideció y estuvo a punto de desplomarse por el suelo. Al dolor siguió el despecho; una cólera sorda le inundó el corazón. Sintió desprecio hacia ella y odio hacia el pelirrojo. — ¡Tal para cual! — pensó. Pero ya sabrían quien era él; ya sabrían quién era Julián Vargas.

Al volver al salón se dió de manos a boca con la Gondra.

— ¿Quiere que prosigamos nuestra discusión sobre el sufragio femenino? — le dijo ella.

Ernestina llegó a ese tiempo y los interrumpió. Traía una cajita en la mano.

— Un bomboncito, Porota — murmuró tendiéndole la caja.

La Gondra cogió uno.

— Uno usted, Julián ... — dijo después con tono melindroso y fútilzón.

— No; gracias — respondió con sequedad Julián. Y volviéndose con presteza hacia la Gondra añadió: — Sostiene usted que el sufragio es un derecho de la mujer ¿verdad?

— Eso mismo.

— Veamos sus argumentos — continuó, echando a andar sin acordarse de Ernestina.

En toda la tarde se guardó de hablar con ella. Cada vez que Ernestina se le acercaba, la esquivaba con cualquier pretexto. Aparentaba una absoluta indiferencia hacia la joven; cada vez que creía ser mirado por ella, extremaba los agasajos con las demás. Sin embargo, no podía privarse de observarla con el rabillo de vez en cuando.

Cuando se despidieron, Ernestina se le aproximó, como procurando un aparte. El lo evitó con evidente intención.

Ella alcanzó a decirle, con un mohín lleno de dulzura, con una mirada sugestiva, como aquella que le dirigiera al desembarcar:

— ¿Irá al Colón?

— ¿Al Colón?

— Sí... a Iris.

— ¡ Ah ! — exclamó como si recordase. — No; no iré.

— ¿ No le interesa ?

— No me interesa:

No bien llegó a su casa se encerró en su habitación. En la soledad, le atenacearon el despecho, el odio, el rencor enconado de su vanidad herida, el ansia de venganza, de una venganza plena, contundente. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Con los puños crispados, demudado, temblando todo entero de rabia y de dolor, rugió:

— ¡ Sabrás quien soy ! ¡ Te humillarás como una esclava ! ¡ Como un esclava !

Se paseó de un extremo a otro de la habitación, proyectando venganzas.

Ninguna, ni aún la más terrible, le pareció severa y ejemplar. Era necesario que ella se humillase y le pidiese perdón. ¡ Y no estaba seguro de concedérselo !

Pero los planes que imaginaba tuvieron la virtud de apaciguarle poco a poco. Luego cayó en estado de lasitud. Llegó a creerse desgraciado y tuvo ganas de llorar de pena.

Sus manos temblorosas tropezaron con la carta de don Eusebio, que había quedado abandonada encima de la mesa. Entonces, con un súbito ade-

mán, buscó la nota buena y la besó, allí donde estaba escrito el nombre de Matilde, exclamando, mientras estrujaba furioso, apasionado, vehemente hasta el delirio, aquel papel.

— ¡ Matilde ! ¡ Matilde !

La audición había comenzado cuando Julián entró al Colón. Se sentó en el sitio que le indicó el acomodador, en la platea, y dirigió una ojeada a la sala, en aquel momento a media luz. En medio de un silencio religioso, el auditorio tenía los ojos fijos en el formidable Titta, que parecía ser un ídolo del público porteño.

Julián había oído hablar en términos que eran un elogio desmedido de la belleza de Iris; pero, bien fuese a causa de su escasa preparación musical, bien porque Titta Ruffo y la Storchio no quisieran prodigarse con un público a quien sabían rendido a discreción por la eficacia de su arte, bien porque su especial estado de ánimo no le permitiese sentir aquel juego de sonidos, o bien por todas estas causas juntas, Julián no sintió solicitada su atención por aquella ópera. Lejos de parecerle bella y armoniosa, le pareció un bullicio desordenado, en el que los sonidos de los diver-

esos instrumentos se entremezclaban de una manera caprichosa y arbitraria. El mismo Titta Ruffo le pareció un muñeco, de actitudes mecánicas, sin vida ni expresión, cuya garganta no era más sonora que la de cualquier otro cantante.

No queriendo forzarse a permanecer tieso, con la mirada fija en los actores, en prueba de atención reconcentrada, aprobando de vez en cuando con el gesto para dar a entender a los vecinos que el bochínche musical le deleitaba, como debían hacer tantos o casi todos los oyentes, dejó vagar su pensamiento al azar de impresiones fugitivas.

En aquella vasta sala, en torno suyo, suspendida del acento de un cantante, se encontraba la élite de Buenos Aires. Políticos de fuste, amos de los destinos del país, diplomatas, académicos, personajes linajudos de apellidos históricos, banqueros, comerciantes, rentistas, estancieros, todo lo que algunos califican de «representativo» se había congregado aquella noche en aquel sitio. Los palcos parecían estuches atestados de muñecas de mejillas coloreadas con cosméticos, de lunares ficticios, de ojeras elaboradas con pinceles, resplandecientes de diamantes, de piedras preciosas y de perlas. Matronas de bustos prominentes bostezaban a hurtadillas en tanto los maridos dormitaban, un poco detrás de ellas, enervados por la digestión

de sus hartazgos. ¿A qué había ido al teatro toda aquella buena gente? ¿A rendir culto a la belleza del arte? ¡Oh, no por cierto! Había ido a exhibir el Eldorado que se había echado encima. Una clase holgazana, debilitada y enviciada hasta la médula por una vida muelle, cómoda, asegurada, sin esfuerzos ni sobresaltos, verdadero parásito prendido en la energía creadora de la raza, había catalogado allí, en aquel inmenso palomar sin aire, envuelto en sedas, recamado de joyeles, toda su vanidad, su tedio, su hipocresía y su estulticia. Dignificado para el pájaro, el erario del pueblo había levantado aquel teatro tan costoso como feo. Julián no se explicaba cómo Buenos Aires se podía enorgullecer de poseer aquella mole ciclópea, sombría, chata, pesada, sin garbo ni elegancia, cuyos sillares parecen gravitar sobre el espíritu desde que se penetra por el agujero de aquella cueva enorme, digna de trogloditas, sin detalles, sin armonía, sin gracia, decorada con un color monótono y chillón. El alma se le atormentó al pensar que aquello era un fiel exponente de una civilización materialista y utilitaria, enfermada por una desesperante miseria espiritual.

— ¡Cuánto dolor no mitigaría el oro encerrado en esta catacumba! — se dijo para sí, contrariado por haberse decidido a acudir a la reunión.

¿Qué hacía allí él también? Vamos a ver. ¿A qué había ido? No supo responderse. Recordó que después de la cena se vistió, que llegó al teatro, que tomó su entrada y... y que entró. ¿Por qué? Desde el día del té, en lo de Soler, tenía el firme propósito de no asistir a Iris. Y sin embargo estaba allí. ¿Por qué?

Tuvo una idea. ¿Le habría traicionado el corazón? ¿Le habría guiado el deseo inadvertido de ver a *ella*? ¡Oh, no! Seguramente no. La quimera había desaparecido para siempre. En la noche de aquel viernes, cuando tornó a su estado de cordura, resolvió desterrar de su pensamiento el recuerdo de Ernestina. Y ya estaba proscrito; lo había conseguido. ¿Pruebas? Una tarde la encontró en Florida; ella quiso saludarle; pero él tuvo la entereza de simular no verla y le dió la espalda. Además su resolución, tomada serenamente, en completo dominio de su juicio, era irrevocable. No era tan lerdo que no se diese cabal cuenta de su situación frente a Ernestina. Desconocido, sin más patrimonio cierto que sus esperanzas, metido en aquel mundo casi por obra de la casualidad, desorientado todavía por la incertidumbre de su posición ¿qué podía ofrecer a aquella mujer nacida y criada en la abundancia y el lujo? Era, en realidad, una torpeza aspirar a una finalidad ulterior. Lo jui-

cioso era, pues, olvidar a aquella frívola y poner manos a la obra constructiva de su personalidad.

¿Por qué había ido entonces? No lo sabía. Y puesto que aquel barullo no era de su agrado decidió marcharse. Ya iba a levantarse de su butaca cuando irrumpió en la sala el «Himno al Sol». Sobrecogido, trémulo, permaneció en su sitio. ¡Qué inmensa revelación fué para él aquella onda sonora! ¡Con qué fervor la oyó! La sala, el auditorio, los actores, todo desapareció, como por obra de un encanto, de delante de sus ojos. El mismo se esfumó, arrebatado por el vértigo, como átomo de polvo en un rayo luminoso. Sólo quedó la excelsa, la divina armonía de aquella música de gloria. — ¡Así! ¡Así! ¡Más alto! — se decía con los ojos desorbitados, absorto en la contemplación de la suprema hermosura, de la belleza eterna. El había soñado con una música cósmica, imposible, que levantara hasta Dios, reunidos y concertados en un haz que resonase en la comba de los cielos y llenara los espacios a través de las edades, las angustias, los dolores, los ensueños, los afanes, de la honda, de la eterna tragedia de la raza. Sus órganos no eran los violines, los violoncelos, los timbales, los címbalos... eran todas las cosas juntas de la tierra; eran los llanos fatigados por las faenas del arado; eran los mares y los ríos rebelán-

dose ante el peso de los barcos con que el Hombre les domeña; eran los montes levantando sus puños al empuje, sangrando oro por sus venas desgarradas a golpe de piqueta; eran las selvas heridas por los hachas; eran las urbes estrujadas, atenaceadas por el Esfuerzo milenar, siempre el mismo, siempre terco, obstinado, atormentado, doloroso... ¡Oh, pira inextinguible del Ideal que alimentaron las brazadas de esperanzas de miles y miles de generaciones pretéritas y ausentes cuyas voces lejanas parecían alzarse todavía de las tumbas; que seguía consumiendo sueños y más sueños echados sobre ella por el mundo de los vivos con el ansia de alargar la luz de sus pupilas vueltas siempre hacia un Oriente cuya alba no llegaba; que ardería por los siglos de los siglos, reavivado por millones y millones de quimeras que ahora eran vagidos en el fondo de las cunas! ¡Oh, escala prodigiosa de Jacob por donde ascendería hasta los cielos el alma de la tierra! ¡Oh, Sol! ¡Oh, Sol! ¡De rodillas, con los brazos abiertos, el Hombre se avasalla, en lo alto de las cimas, en la profundidad de los abismos, en la furia del viento, en el seno de las aguas, en los llanos luminosos, en las entrañas de las urbes! ¡Sol! ¡Sol!

— ¡Así! ¡Así! Más alto aún! — clamaba, de pié, pálido, desencajado. Sus ojos, humedecidos de emo-

ción, nada veían que no fuesen las imágenes del sueño, y la garganta reseca le impedía respirar. El himno terminó; pero su cuerpo permaneció un momento vibrando todo entero como el follaje trémante de una selva.

Cuando tornó a la realidad, advirtió que le observaban, sonrriendo algunos, otros con muestras de curiosidad. Conturbado por tan estúpida actitud, no supo dónde descansar la vista: en todas partes hallaba rostros burlones, o extrañados. De repente sus ojos tropezaron con una mirada que le era conocida. ¡Ernestina! Estaba allí, en un palco. Se creyó perdido. Una atracción extraña, superior a su voluntad, le impelió a mirarla. Ella no le sacaba de encima sus dos ojos de mirar hondo, sereno, sugestivo. Ningún lenguaje, ningún idioma podría ser más elocuente que la luz de aquellos ojos. Ya no dudó. Le amaba. ¡Ella le amaba! Sus planes y sus resoluciones rodaron por el suelo, como castillos de naipes. Se rindió. Estaba vencido.

No había terminado la audición cuando ya esperaba en la puerta de salida. La vió hermosa, más hermosa que nunca, envuelta en sedas.

Respondió su saludo con suprema devoción y la siguió mirando hasta que subió al carruaje. El látigo del auriga restalló en las galerías y el co-

che se alejó. Vió el último relámpago de los ojos amados. Ya no quiso cohibirse por más tiempo y exclamó, ebrio de triunfo, radiante de pasión:

¡ Ernestina, te amo! ¡ Te amo!

¿Qué hacer?

Un ansia de placer le dominó. Se sentía feliz y satisfecho. — ¡Amar! ¡Qué dulce es el amor! — pensaba mientras caminaba por las calles bulliciosas, más alegres que nunca. Todo parecía compartir la plenitud de su felicidad. Las gentes que iban y venían de una a otra parte, el aire que soplaba desde el río, la noche clareada por las constelaciones, las luces de las calles, la música y las voces de los bares, todo reía y cantaba para él aquella noche. — ¡Amor! ¡Qué dulce es el amor!

¿Qué hacer? En la puerta del Royal Pigal una mujerzuela le tiró de la ropa. Se metió en el ascensor y se dirigió al cabaret. Pasó al lado de algunos jóvenes a quienes había conocido en el té de lo Soler y fué a sentarse en un rincón. Una mundana se le sentó en sus faldas. Tenía un pronunciado perfume de carne, de lociones y de polvo de arroz.

— ¿Cómo te llamas? — le preguntó.

— Gabí — respondió ella.

Siguieron conversando. Un mozo les escanció champagne. De repente todas las miradas se dirigieron a la puerta.

— ¡El yanqui! ¡El yanqui! — gritó Gabí y abandonando al joven corrió a echarse en brazos de un hombracho rubio y lampiño que acababa de entrar.

Una salva de aplausos saludó la presencia de aquel hombre que, por lo visto, no debía ser un desconocido del público.

— ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

El reeién llegado se descubrió saludando a uno y a otro lado. Luego, como si alzara una plumilla, cogió a Gabí en sus brazos y la sentó sobre una mesa.

— ¡Champagne! ¡Champagne à tout le monde! ¡Mi paga! — gritó, en su media lengua, desparramando sonoras esterlinas encima de la mesa.

La orquesta ejecutaba una partitura de opereta; pero el yanqui ordenó que ejecutara un tango, y fué obedecido. Un elegante saltó al tablado, prendido de una rubia y bailó el tango. La pareja era maestra; se torcía y se retorció como culebra, daba saltos acompasados e imprevistos, se aquietaba, retrocedía en insinuación de fuga, se adelan-

taba y se volvía haciendo giros lascivos con el vientre hasta caer en fingida fatiga.

El yanqui alzó a Gabí y quiso bailar.

Aquello fué el delirio; fué una batahola desenfrenada y bárbara; fué el momento de los bajos y groseros instintos de la bestia. Una algarabía ensordecedora, loca, desbordada, llenó todo el recinto. Los hombres se abrazaron a las mujeres y echaron a danzar mientras la orquesta, impertérrita, indiferente, gritaba, gemía, maullaba como una gata en celo.

Julián tuvo asco; aquello era nauseabundo. Se levantó para marcharse pero le detuvo un joven que se había sentado cerca de él. Creyó reconocerlo. ¿Dónde le había visto? ¡Ah! en la Facultad. Era Julio Serna, estudiante de derecho.

— Quédese un momento más — díjole Serna.

— Esto es insoportable... — murmuró Julián sentándose.

— Para pasar el rato... ¡Qué rico tipo el yanqui, eh? Es un excéntrico.

— ¿Le conoce?

— Estuvo anoche. Nos divirtió toda la noche.

¡Qué rico tipo!

Serna reía de buena gana. Luego añadió:

— El paga todo, eh? Conviene que lo sepa. Bueno que tampoco se le va a cobrar. Aproveche-

mos. — Llenó las copas, apuró la suya e invitó a Julián a que imitara su ejemplo.

— ¡Qué diablos, esto va de arriba! Salud!

— ¡Salud!

— Usted estudia ¿no es verdad?

Julián hizo un signo afirmativo.

— Le he visto en la Facultad — añadió.

— Recuerdo haberle visto yo también a usted — respondió Julián. — ¿También estudia?

— ¡Oh, sí! Llevo cuarto años. ¡Psh! Pero no me apuro, sabe? Es muy linda esta vida de estudiante. ¡Ojalá no concluyera nunca! Beba, compañero.

Julián alzó su copa y la sorbió.

— Ché, usted es medio tragón, eh? — observó Serna tambaleándose en su silla.

Aquella frase fué para Julián como una bofetada. Tuvo vergüenza. Otra vez quiso levantarse.

— Me marcho — dijo. — Yo no soy un bebedor.

— Es broma, ché. Venga, hombre, venga.

Julián advirtió con estupor que, no lejos de él, dos profesores de la Universidad apuraban copas y más copas de champagne. ¿Se engañaba? ¿Estaba en plena pesadilla? No; era la realidad.

Serna lanzó un carcajada.

— ¡Son hombres como nosotros! ¡Psh! ¿Qué tiene de particular?

— ¡Qué ejemplo para la juventud! — rugió Julián.

-- ¡Siéntate, hombre! — exclamó Serna tirándole de la ropa. -- ¡Psh! Esta noche duermen y mañana van a dictar clase. Aquí, en Buenos Aires, todos tienen libertad de acción ¿sabés? ¡Qué diablos! El profesor por un lado y el alumno por otro. ¡Si yo te contara las hazañas del decano o las de Guezalez! ¡No vayas a creer que son santos ni mucho menos! — Rió de una manera estúpida, nerviosa, y prosiguió:

— Mirá: aquí está casi toda la muchachada del Colón.

— ¡Del Colón!...

— ¿Y no ves que están casi todos vestidos de etiqueta?... ¡Míralos!

Julián los observó. Efectivamente, era cierto.

— ¡Claro, así se recompensan tres horas de sacrificio simulando gusto o pericia musical! — murmuró.

— ¡Naturalmente! ¡Psh! Después del teatro ¿qué se hace en este maldito Buenos Aires? No queda más que el tapete, el cabaret o el lupanar. ¡Hay que divertirse amigo! ¡Viva mister Yanqui!

— ¡Viva! — respondieron todos.

— Eran las tres de la mañana. El escándalo

estaba en su apogeo. El yanqui excéntrico hacía payasadas y la muchedumbre se las festejaba con regocijo.

Hubo un momento en que él y su compañera se perdieron. ¿A dónde había ido aquel genio del humor y de la gracia? La concurrencia le reclamó con insistencia, con gritos estentóreos:

— ¡El yanqui! ¡Que vuelvá el mister! ¡El yanqui!

Peñó el hombre no reaparecía. Lo consideraban ausente, cuando se abrió una puerta interior y entró del brazo de Gabí precedido de un cortejo de hombres y mujeres. El yanqui vestía de etiqueta rigurosa e irreprochable. Julián no pudo menos de admirarle. ¡Era un elegante! ¿Y Gabí? Era de verse el trousseau que la cubría toda entera. ¡Qué finos y sutiles encajes! Parecía alada. Una corona de rosas pálidas ceñía su cabeza.

Cuando llegaron al centro del salón una lluvia de pétalos cayó desde el plafond. Claro estaba que todo había sido preparado con anticipación. La orquesta acometió una zamba. Cien copas burbujeantes, áureas, se levantaron en el acto en medio de un eco atronador:

— ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! ¡Por las nupcias del yanqui! ¡Hurra!

— Serna habló a Julián a media voz:

— Se han casado de veras, eh? ¡ Parece mentira casarse en plena orgía! ¡ Qué rico tipo!

— De veras?

— De veras, ché?

Julián no sabía dónde estaba. Un dolor atroz le barreñaba las sienes. Pero poco a poco fué serenándose.

Inopinadamente, sin quererlo, el recuerdo de las fiestas pretéritas de Grecia sopló sobre su espíritu como una brisa suave y refrescante. Aquellas nupcias en plena bacanal eran un reto, un desafío a la solemnidad litúrgica del ceremonial cristiano, de la misma manera que en aquella lejana civilización debió ser un reto y un desafío a la muerte el brindis levantado a la salud de un esqueleto con un vaso rebosante de Lesbos o de Samos. En medio de la bruma áspera y pesada de sus prejuicios religiosos, tan áspera y pesada como la humazón que colmaba aquel recinto, la corona de rosas, la lluvia de pétalos y el gesto del excéntrico desposándose con una mundana en una atmósfera de cieno, fué un rayo luminoso que condujo su mente, a través de tantos siglos de miseria y de martirio cristiano, a la mañana de luz inextinguible de la Grecia pasada. No importa que hubiera madurado entre el lodo de una orgía: su espíritu acababa de abrirse todo entero a la comprensión

de la belleza pagana. ¡Ahora sí que amaba de verdad aquellos libros, leídos antes por la vanidad de conocerlos, que le hablaban de la gracia serena de la línea, de la suave armonía del color, del encanto supremo de una estrofa! ¡Ahora sí que ansiaba postrarse de rodillas, arrastrarse con fervor, debajo de la bóveda de un templo de amplias naves sostenidas por airosas columnatas, para rendir, para ofrendar a Dios, al Dios bello, delicado, armonioso de sus creencias, toda su alma, toda fe, toda amor, toda esperanza! ¡Ahora sí que amaba todas las cosas del cielo y de la tierra! ¡Canta vida! ¡Sé un himno! ¡Vida! ¡Vida!

Se alejaba la pareja y el cortejo cuando el eco de una marcha nupcial le tornó a la realidad.

— ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! — estalló la muchedumbre.

Julián fué víctima de un vértigo. Los acordes de la marcha encendieron sus recuerdos, apagados por el alcohol, al mismo tiempo que dos ojos le miraban desde el fondo de un palco, larga, insistentemente, envolviéndole en su fuego brillante, luminoso como una alba de ventura suprema... Reclinó la cabeza entre sus manos, apretó las pestañas como queriendo aprisionar entre ellas la imagen adorada y murmuró entre dientes:

— ¡Ernestina, te amo! ¡Te amo!

El amor correspondido abrió el espíritu de Julián hacia todos los rumbos, como una margarita florecida bajo la luz del sol. Al mismo tiempo que sentía sobre su frente la caricia inefable de la gracia ateniense, un viento cálido, venido desde el remoto páramo judaico, le envolvía toda el alma, como un fuego dulce y suave de purificación. La ciencia de los libros perdía su aridez al clarearla la lámpara votiva de su fe. La varita del amor había hallado en el fondo de su ser, a través de su corteza áspera y ruda, una fuente inagotable de bondad en la que iban a abrevarse, dulcificándose, aquietándose, como las olas irritadas bajo la mano de Jesús, todas las rebeliones, los rencores, los odios y las blasfemias que ululaban en la noche sombría del tugurio. Adquirió una serena tolerancia para todos los defectos, para todos los errores, para todas las doctrinas por falsas, por herejes que ellas fueran. Una vez, en un rapto

incontenible abrazó a Marcos y le besó, para abrazar y besar en él a todos los errores.

— Sed buenos todos — dijo. — Sed como el sol: alumbra lo mismo la mansión del Crespo que la vivienda del pobre; sed como las flores: abren sus capullos entre tazones de oro como en los tiestos de la ventana humilde; sed como la brisa: hincha las velas del navío pirata como las del esquife en que navega el amor.

Cuãtro meses habían transcurrido desde la noche de Iris. Avido de saber, de ilustración y de fuerza espiritual, el joven Vargas bregaba con ahinco construyendo la torre de su personalidad. Devoraba los tratados de derecho con ansias de saltar por sobre los años de la carrera, como si fueran obstáculos franqueables; cumplía sin desmayo su tarea en el estudio del doctor Sall y aún se daba tiempo para escribir cuentos y poesías que publicaba en diarios y revistas.

Sus ideas acerca de la misión de los maestros universitarios se habían desvanecido. No eran, como lo creyera antaño, los amigos de la juventud: no estaban cerca de ella con el consejo sano y oportuno, ni velaban de otro modo por su salud moral. El profesar por un lado y el alumno por otro. Julio Serna le había dicho una verdad. La juventud estaba en manos

de comerciantes a quienes no les interesaba más su porvenir que sus negocios propios. Aquellos profesores no eran otra cosa que simples mercenarios rentados a razón de cincuenta pesos la hora: preparaban sus lecciones, medidas, calculadas para cincuenta minutos de duración, entraban a las aulas, las decían con mayor o menor habilidad expositiva, sin poner en ellas más de sí que lo que pone un comediante en el papel que desempeña, y se marchaban tan presto como sonaba en las galerías el timbre del bedel. Eran seres misteriosos que no descendían ni por curiosidad hasta el espíritu de los estudiantes. Ninguno se preocupaba de auscultar, de conocer íntimamente el alma, plena de esperanzas, de ambiciones de gloria, de ideales levantados, de aquella juventud; ninguno se atrevía — no era capaz acaso — de soplar en aquel órgano, tan rico en vibraciones que pudiera llenar con sus sonidos la Eternidad entera. Llegaban cerca de ellos, les arrojaban el mendrugo de su ciencia como se arroja la piltrafa a la jaula de las fieras, y se marchaban seguros, orgullosos de haber puesto un sillar más en el destino de la patria. Mientras tanto el entusiasmo de aquella muchachada, falto de aire, de luz y de calor, sin estímulos ni alientos, olvidado, relegado, abandonado a su propia iniciativa, se atrofiaba y

se agostaba día a día hasta trocarse en un afán desesperado de aprobar cursos y más cursos para salir cuanto antes de aquel atolladero. Y así iba aconteciendo que todos aquellos que no habían sabido hacerse maestros de si mismos — ¡cuán escasos eran éstos! — rodaban a la sima del fracaso o se asian, como un náufrago a su tabla, al título de doctor, sonoro y hueco como cascabel, que en la vida habría de servirles como sirvió a Alcibiades la cola de su perro.

¡Y había de saberse qué alimento espiritual era el que daban, medido, pesado, recortado, como cajas de conservas, aquellos cocineros de la ciencia! Era una mezcla confusa, abigarrada de Balmes, de Darwin, de Bergson, de Spencer, de Boutroux condimentada con Ulpiano y con Cujacio. Un profesor discurría gravemente sobre el fenómeno social en la doctrina comtiana, al mismo tiempo que otro afirmaba que el fenómeno no existe. Un catedrático enseñaba economía según Aquiles Loria, y otro catedrático enseñaba que la civilización entera es el fruto del régimen de la propiedad privada... Era aquel un laberinto sin hilo conductor; una babel en la que se encontraban, confundándose y embarullándose, todas las doctrinas y las teorías.

Un rencor hosco y sordo comenzó a germinar

en el alma de aquella juventud. Rivolta, que tenía la mirada avizora del carcelero, lo advirtió. Pero, lejos de dar satisfacción a aquella actitud que, en el fondo, respondía a un sentimiento primario de lo justo, hizo aprobar decretos y medidas de rigor por el Consejo, adocenado por el interés común, y complaciente con el amo. La Facultad se rusificaba día a día. El despotismo llegó hasta a prohibir a los estudiantes que emitiesen juicios sobre la marcha de la Casa. En pos de esto una ordenanza peregrina mandó que todo alumno se muniese de un billete de entrada en la puerta de las aulas, como si se tratara de un cine o de un tranvía. Julián, que no obstante estar acostumbrado a la férrea disciplina de Santo Tomás de Aquino, comenzó a participar de la rabia que se iba amontonando en el espíritu de todos, dió en pensar que todo aquello tenía por objeto un inútil vilipendio. Serna se lo confirmó en cierta ocasión:

— No te metas — le aconsejó. — El decano dice que está acostumbrado a quebrantar orgullos y que será implacable con los revoltosos. No hay peor tirano que el hijo del esclavo cuando llega al poder. Aquel Rivolta que descendía en línea recta de una menospreciada estirpe de pauperes campesinos, parecía complacerse en vengar en la juventud argentina todas las humillaciones sufridas por sus antepasados.

Por aquel tiempo llegó a la Casa un profesor español y dictó un curso de metodología. Era un hombre alto, delgado, de una elegancia sencilla y sin afectaciones. Ya peinaba canas y su barba era blanca y cuidadosamente recortada, pero su mirada estaba animada siempre por un sereno resplandor de juventud. Su estada fué breve; más los resultados de su enseñanza fueron inmensos. Don Rafael Altamira — don Rafael se le decía de ordinario — era un espíritu hecho de fuerte sabiduría y de bondad infinita. Amigo leal y probado de los estudiantes y de los obreros, cuya suerte le interesaba de un modo que a Julián causó extrañeza porque no comprendía que un sabio se preocupase tanto de aquellas gentes, tenía el arte supremo de ir al fondo de las almas; descendía a ellas y las iluminaba con la claridad de su ciencia y las retemplaba con el fuego de su amor. Era un verdadero maestro, un verdadero mentor de espíritus.

Su presencia en el establecimiento concluyó de convencer a los estudiantes de que el cuerpo docente no respondía a sus necesidades espirituales. ¡Qué enorme diferencia había entre aquellos mercenarios y el maestro español! Mientras aquellos abandonaban a los muchachos a su propia suerte, este vivía entre ellos y les cuidaba y les aconsejaba.

jaba, y, atisbando la aparición de todo giro del espíritu los estimulaba de todas maneras, con la solicitud de un padre.

— Escribe usted cosas exquisitas ! — dijo un día a Julián, abrazándole, a propósito de una novela corta escrita por este.

Julián comprendió enseguida que su trabajo no era exquisito; pero agradeció al maestro con el fondo de su alma porque vió claro que aquel elogio quería decir el estímulo:

— Trabaje. Ponga voluntad, amiguito.

Y esto solo ya era un premio para él.

Pudo evitar el estallido de la cólera que le provocaba el yermo de alma de sus profesores. Una finalidad soñada le obligaba ser prudente: el cariño de Ernestina. Por ella y para ella trabajaba con tanto ahinco. Consideraba las distintas actividades en que se había comprometido, las reunía, les extraería la esencia, como el artista griego con la belleza de las vírgenes atenienses, y de ellas veía surgir, única, luminosa, la imagen adorada ¡ Ernestina !

Pero no pudo menos de observar, en una de las tantas ocasiones en que se detenía a examinarse, sondeando el abismo de su yo, que, a medida que se acentuaba aquel rigor disciplinario, una secreta rebeldía que se despertaba en el fondo

de su espíritu, adquiriría un inesperado vigor y robustez. La idea de que, por encima de su ser, otros seres semejantes le dictaban e imponían con imperio determinadas normas de conducta, le chocó sobremanera. Los latigazos irritaban su espíritu de contradicción y entonces las obras de los filósofos rebeldes se abrían, como flores, en sus manos, en repentina germinación de insurgencias. Tolstoy, Ibsen, Stirner, Bokounine, y muchos otros, fueron objeto de sostenidas lecturas. Los hizo sus amigos, más amigos mientras les sabía más indómitos y bravíos, y mientras más lejos de aquella Casa se sentía. En ocasiones disputaba largamente con el libro que había leído; no aceptaba sin contralor sus opiniones; o bien las rechazaba como nocivas y falsas, encastillándose en el firme reducto de su teología y torturando su imagin en procura de razones. Más, en todos los casos, cedía siempre, mucho o poco, abrumado por los sermones del patriarca de Yásnaia-Poliana, por la rudeza vigorosa del dramaturgo noruego, por la dialéctica inflexible, a veces bárbara, del conde revolucionario y del alemán misántropo y sombrío. En el afán, cada vez más febril y enfermizo, de oír aquellas voces que al principio le habían solicitado, como las visiones diabólicas a Antonio en el desierto, iba perdiendo a la vera

del camino, determinados conceptos, nociones y prácticas a las que antes concediera importancia capital: las leyendas bíblicas, las creencias en los santos y en las vírgenes, el alcance de los dogmas, la virginidad de María, el milagro, la revelación... ¡hasta la existencia misma de Jesús fué objeto de la duda, de la duda sacrílega y terrible! ¡Qué angustia inenarrable sufrió entonces! ¡Qué tormento inquisitorio fué para él la certidumbre de que se disgregaba paulatinamente a influencia de aquel trabajo que le lamía y le acariciaba destruyéndole, como hace el agua marina con el acantilado!

En otro orden de cosas observó que la idea de autoridad estaba carcomida y amenazaba ruinas.

Tanto y tanto insistió Rivolta sobre el concepto del Estado omnipotente y onínimodo, que no tardó en repugnarle y en sentir hacia aquel monstruo el odio que ya sentía hacia su vocero y defensor. Tal vez, bien vistas las cosas, Rivolta no aumentaba el rigor del régimen ni se ocupaba demasiado del despotismo político, pero a Julián se le antojaba que era así, movido sin duda por la evolución de su mente y la correlativa afirmación de su persona. Para probarles su desprecio dió en molestar a los profesores poniéndoles en descubierto su ignorancia. Así, por ejemplo, cierta vez

que uno de ellos, el doctor Greco, disertaba sobre el fundamento del derecho penal, sosteniendo que reposaba en la libertad moral admitida como un axioma, él le replicó, con las palabras radicales de Bakounine, que el libre albedrío era una patraña tan grosera como irracional. Desarrolló su tesis vigorizándola a su modo con las disquisiciones de la escuela positivista, y no pudo concluir porque el maestro le mandó que se callara y aún le aconsejó que en lo sucesivo se abstuviese de invocar opiniones tan absurdas como las de aquel pensador ruso que le era desconocido, y a quien no conocería tampoco, para no perder el tiempo y la cabeza.

Finalizaba Agosto.

Rodeado de libros y papeles encontrábase Julián, una tarde, en su aposento. Acaba de escribir las últimas escenas de un drama que pensaba estrenar en el Apolo y ahora se ocupaba en planear un poema en el que había depositado fundadas esperanzas; lo había concebido en la audición del « Himno al Sol ».

Llovía. Caía el agua, colérica, implacable, sobre los edificios, cuyas líneas principales se perfilaban, en medio de la bruma, como siluetas a la luz imprecisa de las albas. El agua castigaba los muros, golpeando en los cristales como un redoble de

tambores lejanos, saltaba por encima de las molduras, resbalaba por los vanos, se metía por los resquicios y salía borbotando por las bocas de los caños. Un aire helado corría por las calles aullando en las redes de alambres y de cables. Todo parecía aletargado bajo la música del confuso rumorear del viento y de la lluvia.

La sombra iba envolviendo las cosas de la estancia. Fatigado por el esfuerzo, enervado por aquella onda serena de tristeza que caía sobre los objetos y llegaba hasta el fondo de su alma, Julián cerró los ojos y abandonando la pluma entre las cuartillas, reclinó la cabeza en el respaldo del asiento. Meditó. Meditó sobre todo sin insistir en nada. Quiso hacer un examen de su vida; detenerse a la vera de la senda para mirar el trecho recorrido: de Olain al seminario, del seminario a Santo Tomás, de Santo Tomás a Buenos Aires; luego las personas y las cosas, las esperanzas y las vacilaciones... Su recuerdo mariposeó sobre múltiples detalles, ausentes o cercanos: sobre el terruño distante, diáfano y apacible, como el alma de sus moradores, sencillo y fuerte como un cantar nativo; sobre el gesto y la palabra, siempre grave del padre Liberato que sonaba todavía allá en el fondo de su espíritu, entre un acorde de campanas lejanas; sobre Córdoba, cuyas cúpulas

evocadas a través del tiempo, se le aparecían como mil brazos tendidos hacia el cielo en una imploración desesperada; sobre los libros, cuyas páginas de signos apretujados, semejaban ejércitos de hormigas sobre un terrón de azúcar; sobre la ciencia de Rivolta, aquel hombre extraordinario, de odres alongados bajo los ojos como senos de múltipara, que había empleado años sobre años combinando de mil modos diversos los artículos de un código como las piezas de esos juegos de paciencia inventados por los chinos en un empeño de siglos y más siglos; sobre Sall, cuya mirada acerada y penetrante hubiera podido traspasar como un pinchazo aquella mole de expedientes y papeuchos judiciales, lustrosos por la mugre muchos de ellos; sobre Boillot, a quien veía clavando hitos y más hitos en las quebradas y en las faldas de la Punilla, afanado en medir por metros y centímetros el derecho conquistado con un hachazo por el capitán don Borja Vargas de Luján; sobre los metingues y las asambleas de obreros a los cuales había asistido para conocer de cerca aquella ola que rugía y blasfemaba, contenida, aprisionada, como el oleaje del mar por una cinta de arena, por una ley denominada de orden público... De repente una imagen clareó toda la noche de su espíritu, tal como ilumina los sotos y los valles la

hostia de la luna al asomar sobre el filo de las sierras. ¡Era ella! ¡Estaba allí!

Una sed infinita de quietud hogareña atormentóte. ¡Cuándo terminaría la carrera para poder hacerla suya! ¡Cómo ansiaba tenerla en su casita! La veía a su lado ocupada en los quehaceres del hogar, corriendo de aquí para allá con una u otra cosa. Luego aproximaba una silla a la mesa sobre la cual él escribía o estudiaba un libro o un legajo, y moviendo aquellos dedos afinados y graciosos tejía la hilazón de su madeja de lana con la misma habilidad con que él tejía sobre las cuartillas la hilazón de la madeja de sus sueños. ¡Tejer! ¡Esta es la vida hasta que rueda el carretel desnudo por el suelo! Bajo aquel día mustio y gris ella estaba al lado suyo, y viéndole dormido, cansado por la brega, se levantó en puntillas y le puso sus manecitas encima de los ojos. Paladeaba la escena en que la dijo la palabra de amor. Fue una tarde, en casa de la Sánchez, junto al piano de un saloncito malva, iluminado apenas por un tibio sol de otoño.—¿Sí?—Y le respondió un suspiro: — Sí...—Ténue, como la brisa, larga y queda, la respuesta le colmó de alegría. Acertó a decirle — ¡Gracias! ¡Mía!—Tuya!—respondió ella reclinando la cabeza sobre su pecho. El se quedó mirándola, ebrio de pasión. De pronto — ¡tan ridículo estuvo que

hubiera querido borrar con lágrimas el recuerdo del detalle! — la enrostró aquella actitud de compartir una golosina con Croce, en el jardín de su casa. Ella se echó a reir; luego aparentando gravedad le dijo: — ¡Tonto! ¡Y se ha creído!... — Perdón... Celos de enamorados. — Y se declaró vencido, feliz de haber sido vencido y avasallado por el amor.

Era de noche cuando despertó.

Alguien golpeó en la puerta. Laura venía a avisarle que la cena estaba lista. La fámula se marchó y Julián volvió a advertir que la presencia de aquella mujer, cada vez más emperifollada y compungida, llenaba de perfumes el aposento.

Madame Sabela tenía una novedad para él. Según una carta de su amigo Boillot, que acababa de recibir, el negocio prometía más de lo calculado cuando se concertó. La mensura practicada había demostrado que además de Olain, la Punilla entera pertenecía a los Vargas y pronto se pondría manos a la obra de su reivindicación.

Julián concluyó de comer, metióse al bolsillo el libreto de su drama y se dirigió a la redacción de «El Diario Moderno» en busca de Marcos.

Le encontró en compañía de Carlos Aleman que había ido a gestionar un «bombito» para un libro de versos que acababa de publicar y al que, para

salir de lo vulgar había intitulado «Los rumores del silencio». Carlos Aleman era hijo de judíos y, por una feliz combinación, adunaba a su número de poeta el sentido práctico de su raza a quien sólo deleita la estrofa sonora de los treinta dineros. Prueba elocuente de su ductilidad espiritual era la de que, según confesó a Marcos, pensaba publicar una novela para uso de doncellas con esta advertencia en la carátula: «para hombres solamente». Descontaba el éxito financiero de la empresa. Superaría, de seguro, a otro tratado que publicó, para *épater* al burgués, al solo objeto de corregir a Alberdi y a Sarmiento sobre los orígenes de la tiranía demostrando que los groseros dicharachos del gaucho Rosas eran todo «una filosofía». Por lo demás, una leyenda semejante a la que él emplearía había permitido a un herrero de la literatura, íntimo amigo suyo, vender ocho ediciones de un relato novelesco en el que contaba, con lujo de detalles, las infamias y las porquerías de los papas. El excelente suceso de otro badulaque que publicó un libro «La Argentina que yo ví», era otro incentivo para su designio.

Aleman era crítico de reputación; y, aún cuando para Julián la obra del crítico se asemejaba a la de las babosas que recorren ensuciando los muros que otros construyen, sentía tolerancia hacia aquel

buen muchacho a quien sus relaciones reconocían talento y habilidad de «vivo». «Los rumores del silencio...» ¿qué podía haber detrás de aquel título? Movido de curiosidad tomó en sus manos el ejemplar que el crítico había dedicado a Marcos y lo hojeó al azar. Iba a leer una de las composiciones cuando el autor le quitó el libro en un arranque de entusiasmo:

— Deme acá; voy a leerle una poesía a la que considero verdadero hallazgo — dijo. — Usted dirá su juicio, señor Vargas, puesto que también entiende de estas cosas.

Julián quiso protestar, pero el autor no le dió tiempo a hablar, acometiendo la lectura de un soneto en el que cantaba a la tormenta.

— ¿Que tal? — interrogó al concluir.

Julián y Marcos aprobaron asegurando que la composición «estaba a la altura de la fama del poeta».

•
Pero Aleman no pareció satisfacerse con aquel elogio y solicitó la opinión de sus oyentes sobre algunos detalles del poema:

— ¿Qué les parecen las metáforas? A mi las que más me gustan son aquellas en que llamo a las nubes «racimos de agua» y «diques aéreos». Lugones las llamó, en uno de sus versos, «brigadieres del viento», si no recuerdo mal; pero indu-

dablemente su metáfora es antipoética porque a menos de convertirse en ministro de la guerra, él no puede inventar un escalafón arbitrario y caprichoso. «Brigadieres del viento» ¿por qué no cabos, capitanes o comandantes? Más artístico es, sin duda, llamarles «racimos de agua», del líquido vital que nos envían cuando las precipita la corriente eléctrica de los «viñedos del cielo». ¿No les parece?

— Claro es — respondió Marcos.

Julián no dijo nada. De hablar hubiera sido para pedir a los «viñedos del cielo» que tuvieran la ocurrencia de descargar un rayo, aunque más no fuese que de «racimos de agua», sobre la cabeza de aquel buen judío.

La puerta se abrió con lentitud y dió paso a un joven blanco, pálido, que parecía un Pierrot enharinado.

— Muy buenas — dijo con desgano, con una voz de andrógino, abriendo una boca que le cercenaba el rostro de oreja a oreja y descubriendo una dentadura grande y amarillenta que parecía un teclado. Era Pepe Cabal.

Al verle entrar Carlos Alemán prosiguió con más furor que nunca.

— Lugones ha dedicado un libro entero a cantar a la luna. ¿Se puede pedir macaña igual?

Cabal, que se había acomodado en un sofá y echaba gruesas bocanadas de humo de un habano, intervino con un dejo de desdén:

— Lugones... Lugones ¿y quién es Lugones? Desde «La Montaña del Oro» aletea desesperadamente y no da más... no vuela el pajarraco... ¡Ganga! ¡Bluff!

— Bueno, estamos de acuerdo en eso; no hay caso de contradicción. Lo que quiero decir es que Lugones, que ha escrito un libro entero disparando sobre la luna...

— ¡Bluff! ¡Bluff!— interrumpió Cabal soplando el humo de su cigarro.

— Bueno; en un libro entero, ese bluff, como le dice Cabal, no tiene una metáfora mejor que esta de mi libro en la que llamo a Selene «aviadora del cenit». Eh? ¿Qué les parece? Aquí está — añadió — y aproximando a una bujía el volumen comenzó a leer.

No hubo terminado la lectura cuando Cabal ya le había asegurado, por encima del hombro, y de una manera categórica y sin réplica:

— No te van a comprender.

— ¿Te parece?...

— ¡Sin duda! Esta maldita cosmópolis de los trigos y las lanas no entiende una jota de estas cosas. Pregunta de los bussines y te contestarán; ha-

bla de arte, de arte refinado, y no te entenderán.
 ¡Bluff! ¡Todo es bluff! — Dióse una palmada sobre la pierna, hizo un gesto de desprecio y chupeteó el cigarro.

Marcos insinuó con timidez:

— Sin embargo, en el país se estudia con amor y con provecho, a los antiguos y a los nuevos. Todavía con maestros de la juventud Mitre...

— ¡Cascadas del Niágara y del Tequemdama!...
 ¡Bluff!

— Sarmiento...

— ¡Un loco de atar!

— Rivadavia...

— ¡Un iluso!

Marcos levantó el tono de su voz:

— ¿Niega también la labor de un Bunge?...

— ¡Con la Revolución de Chulampo!... ¡Já! ¡já!

— De un Magnasco...

— Magnasco... bueno...

— ... De un Rojas?...

— ¡Ah, no; ese es un eximio poeta «nacionalista»! ¡Ya ha exhumado mucha mugre de los aduares gauchos! Déjele! Ya hiede!

— ... ¿De un González?...

— ¡Oh, el Lamartine indígena trasnochado en las quebradas riojanas!

— ... ¿De un Ingenieros?...

— ¡Loco lindo!

— ... ¿De Almafuerde?...

— ¡El oficializado!

— ¿Entonces?

— ¡Entonces todo es bluff! — vociferó Cabal, temblando de ira, y añadió con rapidez, parándose delante de su interlocutor: — ¡Todo es bluff! Créamelo; yo sé por qué se lo digo. ¿Sabe de donde yengo? Del banquete a Blasco Ibáñez. Allí he podido cerciorarme de que ni los españoles pasan de ser un bluff: bluff es Valle Inclán, que edita una misma obra con diez títulos distintos; bluff es Pío Baroja, que ya no pasa de las cien páginas; bluff es Unamuno, que cree embobar al mundo con sus paradojas y juegos de palabras; bluff es Benavente, que espiga, según se dice, en los sembrados ajenos. ¡Bluff! ¡Bluff, amigo! ¡Hasta los franceses mismos son un bluff!

Carlos Aleman aprobaba con la cabeza; Marcos se decidió a dejarle hablar sin objetarle ni contradecirle. Julián, que no había intervenido en la discusión para no enardecerse inútilmente, miraba con estupor a aquel Pierrot gesticulante, que gritaba como un ebrio:

— ¡Bluff! ¡Bluff es el mismo Blasco Ibáñez, que ha tomado a la Argentina como mercado de su literatura que es toda una degeneración graciosa del naturalismo zoliano!

Pero Vargas no pudo contenerse y encarándose con Cabal, díjole con asco y con desprecio:

— ¡Bluff! ¡Bluff! ¡Parece un fuelle!

Estrujó el drama en el bolsillo como con ansias de reducirlo a polvo, cogió el paraguas, se encasquetó el sombrero y se marchó, exclamando, sin mirar a nadie:

— Buenas noches.

Caminaban al paso de las cabalgaduras, bordeando los lagos de Palermo, Celia al lado de Marcos y Ernestina con Julián.

Era una mañana diáfana y serena de fines de Septiembre. Un sol templado y suave se tamizaba por el ramaje de los árboles apenas revestidos por las yemas reventonas, se columpiaba centelleando en el follaje y descendía mariposeando sobre la hierba que ya asomaba a ras de tierra. Chirriaban los insectos en el césped de las canchas de deportes mojado por el relente de la noche. A la distancia, en distintas direcciones, bosquecillos de durazneros florecidos coloreaban el paisaje matinal.

Julián y Ernestina, que se habían quedado un poco atrás, conversaban con animación.

Habían pasado los lagos, y oblicuando a la derecha se internaron en el bosque por sendas caprichosas y tortuosas. Los pájaros, espantados,

volaban de sus nidos tropezando con los gajos perlados de rocío.

— Dentro de poco rendiré en la Facultad y no habré terminado de rendir cuando ya estaré preparando los años sucesivos — murmuró Julián.

Ernestina le miró en silencio.

El añadió:

— Si tu supieras cómo te amo, Ernestina! No abro un libro sin pensar en tí; no escribo una línea sin que tu nombre se dibuje en los puntos de mi pluma; no tengo un pensamiento que no esté lleno de tu ser; no hay nada en mí que no esté saturado de tu amor!

— ¡Julián! — balbuceó ella. — Yo también sueño contigo y ardo en deseos de que seamos pronto el uno del otro para no separarnos más, nunca más. Cuando te retiras de mi lado, lo mismo que de noche, en el silencio del sueño, siento que algo me falta, algo que amo tanto como la vida; y sufro, sufro, Julián, como no puedes imaginarte.

— He de triunfar muy pronto para cumplir mi sueño.

— ¿Lo crees?

— Lo aseguro.

— ¡Cuánto te adoro, feo! A tu lado, dueña absoluta de tu amor, la pobreza, la miseria misma me sería indiferente.

El la tomó una mano entre las suyas, le quitó el guante y se la besó.

Ella prosiguió:

— Mira, cuando tengamos una casita yo misma la arreglaré ¿oyes? Yo acomodaré tu gabinete de trabajo y lo adornaré con flores, muchas flores — ¡cómo me gustan las flores! — Claro es que las habrá también en el comedor, en la sala, en el dormitorio, tanto que al volver de la calle, todo el hogar te haga la ilusión de un jardín...

Hablaba y accionaba como una colegiala; tan presto se ruborizaba como empalidecía. Sus ojos centelleaban de pasión como en un ansia infinita de maternidad. Reía, y cada vez que reía, dos hileras de dientes, blancos, primorosos, eran, en la frescura de su boca, como una estrofa de epitafio.

— A tí te mimaré como a un niño ¿oyes? He de hacerte dormir entre mis brazos como un niño de mi alma!

De repente se puso grave, como si una nube hubiese obscurecido el cielo de su dicha.

— ¡Ah! Me he olvidado de contarte una cosa, Julián.

— ¿Qué es?

— Algo que no te agradará...

— Quiero saberlo.

— Si me aseguras que no te disgustarás...

— Empiezo a tener celos, Ernestina.

— En lo negro pareces un Oteló.

— Cuéntame eso.

— ¿No te disgustarás?

— Te lo aseguro.

— Bien está. Tu sabes que mi familia no conoce hasta donde han ido nuestras relaciones ¿verdad?

— Verdad.

— Pues bien, como ignora que he tenido el mal gusto de enamorarme como una tonta de un negro tan feo, tan horrible, creen que ha llegado el momento de que me decida por tu amigo Croce.

— ¿Eso es todo?

— Ayer fué a casa el padre de Vicente y tuvo una larga conferencia con mamita.

Julián se ensombreció.

— ¿Te preocupa la visita? — preguntóle ella.

— Se va a poner a prueba tu cariño, Ernestina.

— ¿Dudas de mí?

— No dudo — respondió, más preocupado que nunca.

— Julián ¿pero no ves que te amo sobre todas las cosas de este mundo para olvidarte?

El la miró, con ademán resuelto.

— ¿Y si quisieran obligarte a que te cases con Croce?

— ¿Quién?

— Los tuyos.

— No les obedecería. ¡Tuya o de nadie!

— ¡Mía!*

— ¡Tuya!

Los caballos se habían aproximado hasta juntarse. Ernestina abandonó su cabeza sobre el pecho de Julián, sollozando:

— ¡Tuya! ¡Tuya!

— ¡Mía para siempre!

— No me abandonarás nunca ¿verdad, mi feo?

— ¡Nunca!

— ¿Y me defenderás?...

— Con la última gota de mi sangre.

— ¡Tuya!

Los sentidos vencieron su voluntad. Al aspirar el perfume capitoso de la joven, Julián fué presa de un vértigo indecible. Sus labios se posaron en los labios de Ernestina y un beso, alado, incorpóreo, inmaterial, resonó en el silencio del bosquejo...

Estaban en la costa. Resplandecía el sol sobre las ondas terrosas y revueltas del Plata como sobre las escamas de un enorme cetáceo.

Celia y Marcos, que se habían adelantado, les esperaban en la ribera, de pié, con las cabalgadu-

ras de la brida. Descendieron ellos también y ataron los caballos de las ramas de un sauce.

— Hace media hora que les estamos esperando — dijo Marcos.

— Han perdido ustedes la noción del tiempo — observó Celia.

— ... Nos entretuvimos con un nido — arguyó Ernestina, abrazando a Celia.

— ¿ Un nido ? — interrogóla Marcos.

— Si; un nido.

— Buen signo — observó él, riendo de buena gana.

— Y ustedes ¿ qué han hecho ? — preguntó, a su vez, Julián a Celia y a Marcos.

Celia corrió hacia un plátano que había al borde de una charca, y mostrándole unas iniciales recién grabadas dijo:

— Esto; mire.

— ¡ Las iniciales ! — exclamó Ernestina. — Grabemos las nuestras también, Julián. ¡ Presto !

— Excelente idea — dijo el joven desdoblado el cortaplumas y acometiendo la obra.

Pero, de pronto, Marcos observó:

— Las iniciales deben estar separadas.

— Porque si las entrelazan no va agradar a Croce — añadió Celia afectando gravedad.

Ernestina vaciló un instante.

Cuando fijó su vista en el tronco del plátano el monograma estaba ya concluído.

— ¡Ya está! — murmuró Julián.

— Bueno ¡que perdone Croce! — exclamó Ernestina, radiante de alegría.

Celia y Marcos batieron palmas.

— Ahora regresemos, que ya es tarde — dijo Celia.

El sol empezaba a calentar la tierra cuando emprendieron el regreso, por el camino que les había conducido a aquel sitio.

Ernestina miró por última vez las iniciales que quedaban en la corteza herida de aquel árbol y murmuró al oído de Julián:

— Siento tristeza al dejarlas.

— Volveremos a verlas.

— Aprende el caminito.

— Ya lo conozco bien.

— Yo no lo olvidaré.

— Todas las primaveras vendremos a ver nuestro monograma.

— No retoñarán los árboles sin que vengamos.

— Que Dios cuide nuestro árbol.

— A la vuelta de un año hallaremos nuestros nombres.

— Más unidos que nunca.

— Más unidos que nunca!

Y guardaron silencio, un silencio lleno de imágenes y de quimeras, un silencio como el de aquella fronda glorificada por las germinaciones...

Un instante después pasaban a galope tendido por debajo del puente del Hipódromo.

XV

— Necesito hablar contigo. Cenaremos juntos — había dicho Marcos a Julián de una manera extraña al apearse, aquella mañana.

— No faltaré.

A las ocho en punto, Julián esperaba a la puerta del «Sportman», impaciente por conocer qué era lo que tenía preocupado a Marcos. Este no tardó en comparecer.

Estaba agitado, nervioso. Entre plato y plato, impuso a Julián de lo acaecido. Sus amores con Celia se habían descubierto. La madre de la niña estaba al cabo de todo y pronto lo sabría también Juan Antonio y su familia.

— Sospecho que Celia es quien te ha informado... — dijo Marcos.

— Sí; ella me lo ha contado esta mañana. Ella ha organizado la cabalgata para tener una oportunidad de decírmelo.

— ¿Qué piensas hacer?

— No sé. ¿Qué te parece?

— ¿No crees que sería conveniente hablar con claridad, frente a frente... ir a conversar con los padres de Celia y decirles sin ambages lo que hay y tratar de regularizar las relaciones...?

— ¡Ni pensarlo! ¡Oh, no! Anoche se lo han dicho a ella.

— ¿Qué la han dicho?

— Que no me aceptarán de ninguna manera. Ella ha llorado, ha suplicado de rodillas que la dejen seguir los impulsos de su corazón, que no la hagan desgraciada...

— ¿Y?

— ¡Y nada! No ceden. Son unos tercios. La han amenazado con meterla a un convento si persiste. La quieren obligar a que se case con Juan Antonio.

Hubo una breve pausa. Marcos prosiguió:

— Ya comprenderás que todo se debe al maldito interés.

— ¡El interés!

— ¡Eso!

— Y ella ¿qué dice?

— ¡Qué ha de decir! Está dispuesta a todo. Me seguirá cueste lo que cueste. Está decidida.

— ¡Te quiere!

— Me quiere. Y yo sin ella no seré nada. ¡Nada, Julián!

Apuró su copa y bajando el tono de su voz hasta hacerla misteriosa, murmuró:

— Eres mi amigo.

— Tu amigo.

— Puedo contar contigo en caso necesario...?

— No lo dudes.

— Gracias. Entonces estoy dispuesto.

— ¿Qué vas a hacer?

— ¡Lo que debo hacer!

— Habla.

— ¡La vida es de los fuertes! ¡La robaré!

— ¡Robarla!

— ¡La robaré! — afirmó rotundamente Marcos, apretando los dientes, con los puños crispados. — Puesto que lo quieren ¡la robaré!

— Piénsalo bien.

— Está resuelto.

— Y después?

— Después ¡lo que venga! No me arredra ni la muerte!

Era un gesto decidido, semejante al de aquel Vargas que murió con el secreto de su amor. Julián se irguió y sacando el pecho, le tendió su diestra exclamando:

— ¡Eso es ser hombre! Julián Vargas te acompaña!

Sus manos se encontraron sellando una vez

más el pacto del afecto. Una voz íntima venida desde el fondo de un pasado distante, habló en el alma de Julián, henchida de orgullo y de altivez — «¡ Eres un Vargas !»

Los días subsiguientes fueron para Julián de una brega sin descanso. Marcos, que había terminado sus estudios y que se disponía a establecer su consultorio, hizo de modo que él le reemplazara en la redacción de «El Diario Moderno», lo que era para Julián tanto como realizar un sueño largo tiempo acariciado. La fiebre con que acometió las tareas del diarismo sólo era comparable al empeño con que estudiaba textos y más textos de derecho. Abandonó el estudio del doctor Sall haciendo que ocupase su empleo un estudiante pobre, Víctor Ferro; pero visitaba al letrado de vez en cuando para imponerse de la marcha del asunto de la merced de Olain.

Una de aquellas tardes, justamente después de haber rendido con todo éxito dos años de derecho, se dirigió al estudio. Una alegría inmensa llenaba toda su alma. Mientras caminaba por la calle Talcahuano deteniéndose, acá y allá, en los esca-

parates, se reprochaba la ligereza con que había juzgado a sus maestros de la Universidad. No eran tan malos cuando habían sabido hacer justicia a su preparación, premiándole con las más altas notas. Sí; eran buenos hasta en las intenciones; la Casa bien podía ser una fuerza viva de la democracia argentina; bien podía ser el hogar espiritual del pueblo, de acuerdo al pensamiento de Altamira.

Una sola cosa le causaba desazón al recordar el aula. En la Facultad había muchos estudiantes socialistas que rendían sus exámenes, como él, en presencia de tribunales compuestos por hombres de todas las ideas y aún de todas las sectas. Algunos de esos examinadores no otorgaban el pase sino a aquellos alumnos que participaban de sus opiniones; y Julián había visto que algunos socialistas, rindiendo en mesas donde predominaban los profesores católicos, aceptaban hasta la infalibilidad del papa con tal de conseguir la promoción. ¿Cuándo eran hombres, cuando eran sinceros aquellos futuros diputados, senadores y ministros del pueblo? Colocados en la arena de la vida ¿no se alucinarían en la utilidad colocada delante de sus ojos, más allá de las horcas caudinas? Desgraciadamente hay pocos hombres — si los hay — cuya conducta sea clara como el diamante y como el diamante dura y luminosa.

El doctor Sall estaba en su gabinete cuando entró. Parecía contrariado.

— Las cosas no marchan del todo bien, amigo Vargas — dijo después de estrechar la mano de Julián.

— Algún contratiempo...?

— Y muy grave. Parece ser que don Eusebio no es el único heredero universal de sus antecesores...

— ¡El único es!

— No tal.

— ¡Cómo!

— Han salido otros que, a lo que parece, tienen tanto derecho como su señor padre sobre la merced de Olain.

— Sucesores postizos!

— Tienen sus papeles.

— ¡Falsos!

— Eso solo el juez puede decirlo.

Julián quedó aterrado.

— ¡Otros sucesores de don Borja...! — murmuró: — No puede ser.

De pronto, como iluminado por una idea salvadora, exclamó:

— Entiendo que el derecho de mi padre no peligrará por ello.

— Necesariamente peligrará.

— ¿Doscientos ochenta años de posesión no le ponen a resguardo de cualquiera acechanza?

El doctor Sall sonrió y repuso:

— Doscientos ochenta siglos no le servirán de nada si el adversario prueba su derecho sobre la cosa indivisa. La prescripción sólo se consigue mediante una posesión absoluta, *animo domini*. Usted lo sabe... Bien está.

— ¿Qué actitud adoptará, doctor?

— Defender a don Eusebio hasta el último cartucho. ¿Usted cree que, después de haber gastado el montón de miles de pesos que va costando a Boillot este negocio, se lo debe abandonar de dos tirones? ¡Oh, no!...

— Pienso lo mismo.

— De todos se perderá mucho dinero, mucho dinero... ¡Un mal negocio! Y lo peor de todo es que hasta yo tengo parte en él. ¡Maldito momento aquél en que se me ocurrió participar! En fin... Bien está.

— Pero me parece sueño que nos quieran despojar de la merced. Tantos y tantos años de vivir, de trabajar en ella, labrando la tierra, apacentando ganado... ¡oh! no sé cómo puede ser esto...

— Menos puedo explicármelo yo que he fiado en la palabra de don Eusebio y en su buena fe.

Julián se irguió:

— No; no dude usted de la palabra de mi padre.

— ¡No!

— No dude usted. Por ella juego mi cabeza. Un Vargas no miente nunca! ¡Jamás!

— ¡Oh, no dudo, Vargas!

— Julián prosiguió en tono levantado:

— Algún intruso, algún pariente de pega, que quiere hallar ganancias en la aventura de interrumpir este negocio. ¡Eso sí puede ser! ¡Mentir mi padre! ¿No ha leído usted los documentos de la merced?

Victor Ferro entró a ese tiempo al gabinete con un legajo de papeles. Miró a Julián de una manera extraña y aún le hizo algunas señas que el joven, excitado, anonadado, como estaba, no advirtió.

Cuando Julián abandonó el estudio, Ferro corrió tras él y fué a hablarle, pero se contuvo porque oyó la voz de Sall que le llamaba. Alcanzó a decirle, sin embargo:

— Ahora iré a su casa. Espéreme.

Julián no se detuvo ni reparó tampoco en la actitud inusitada de Ferro. Echó a andar en dirección a la Avenida de Mayo, abatido, sin alientos. La noticia que le había dado Sall le había desconcertado. Para él era indudable que lo de

aquellos sucesores de don Borja envolvía una aventura cuyo móvil calculaba. Magnificó el contra-tiempo hasta darle las proporciones de un desastre, de una desgracia irreparable. Le parecía un sueño que los Vargas, que durante tantos años habían pasado, a justo título, por los únicos herederos de don Borja y por los únicos dueños de la merced de Olain, se vieran de repente enredados en un pleito tan injusto, tan falto de motivos, tan perverso y criminal. Ellos que habían sido siempre buenos, que habían hecho el bien a manos llenas, que no habían provocado ni un odio ni un rencor, se veían atacados de improviso en sus bienes y en su honor.

La idea de que él era el llamado a defender a sus mayores del peligro acabó de anonadarle. ¿Cómo obrar? ¿Qué hacer con el fin de preservarles? Una enseñanza ascética que preparaba las almas para el cielo únicamente, le tenía acostumbrado hasta entonces a orillar la vida sin entrar a conocerla, y a fuerza de rehuirla se había convencido de que nunca le atacaría mal alguno ni se vería envuelto en acechanzas peligrosas. A causa de ello no conocía el mundo ni sabía preservarse de sus trances, ni sabía vencer sus dificultades. Las grandes desventuras eran obras de novelistas, según él. Pero, ahora, puesto de impro-

viso en presencia de la realidad, comprendió que la vida es un combate en el que caen más presto los que carecen de armas, y los que teniéndolas no saben esgrimir las.

Por el momento resolvió fiar toda la defensa en su letrado. Sall adquirió de golpe un valor providencial; de él dependía todo; el honor y el patrimonio de los Vargas quedaba a la custodia de su ciencia; era el único que sabía lo que debía hacerse. Amplios poderes, libertad de acción, todo se lo daría para su más completo y eficaz desempeño. La providencia no había de desamparar a los buenos de corazón.

— ¡Dios nos ayudará! — pensó.

La esperanza en la divinidad alivió su pesadumbre. Su mirar se hizo más fijo; más firme fué su paso.

No se detuvo a reflexionar por qué invocaba la protección divina. De haberlo hecho, acaso no habría demorado en comprender que Dios, su Dios, no era, en esencia, más que la personificación de la justicia. No es posible que el mundo marche solo sin algo que lo rija, sin algo que proteja y ampare al desvalido, al débil y al perfecto creyente ante el ataque del perverso, del injusto y del réprobo. La existencia del bien y del mal supone

un juez que imponga su moral a los humanos. Ese juez era Dios en el espíritu de Vargas.

— ¡Dios nos ayudará!

No había entrado a su habitación cuando le anunciaron la presencia de Ferro. ¿Qué podía querer de él aquel muchacho? Pensó despedirle pretextando una jaqueca; pero desistió. Le hizo entrar.

Ferro estaba azorado; apenas si podía hablar.

— Señor Vargas — dijo — yo le estoy tanto más reconocido cuanto que usted me hizo dar el empleo en el estudio sin que nada, absolutamente nada le ligase a mi.

— Pero eso a qué viene, Ferro?

— Déjeme hablar. Estimo a usted como no estimo a nadie en este mundo. Usted supo ayudarme a tiempo...

— Bueno...

— Pero yo no puedo seguir en el estudio.

— Por qué?

— Porque está lleno de ladrones...

— De ladrones?...

Julián se echó a reír.

Ferro pareció vacilar, pero ante la risa de incredulidad de Vargas, exclamó rotundamente:

— ¡De ladrones! A ustedes, a los Vargas, los han robado!

— ¿Qué? — gritó Julián.

— ¡Robados! ¡Robados!

— Usted está loco, Ferro!

— Les han robado la merced de Olain!

— ¡No! ¡Basta, amigo! No le puedo permitir que se exprese así del doctor Sall.

— ¿No me cree?

— No; ni desco seguirle oyendo. Usted está mal, Ferro.

Ferro se puso más nervioso que nunca. Temblaba como un azogueado. Trás breve pausa, afirmó, juntando todas sus fuerzas para demostrar serenidad.

— Aunque le disguste, le he de hablar. El doctor Sall, Boillot y madame Sabela han robado a ustedes la merced de Olain. ¡Lo juro por mi honor! Valiéndose de los poderes firmados por don Eusebio, han puesto la propiedad entera a nombre de madame Sabela. A nombre de don Eusebio no ha quedado una pulgada de tierra! ¡Lo juro!

— No; no puede ser. Usted está mal de la cabeza.

— ¿Duda?

— No le creo. Hemos concluído.

Ferro pensó un instante.

Luego preguntó:

— ¿Conoce usted a Boillot?

— Sin duda.

— ¿Me negará usted que es un caften?

— ¡Qué dice?

— ¿Conoce usted a madame Sabela Mirabel?

— Claro que sí: estoy en su casa?

— Es la querida del doctor Sall. ¡Una aventurera!

— ¡Usted está loco, señor Ferro! — exclamó Julián encolerizado. — ¡Ni una palabra más!

Ferro asió su sombrero, le saludó atentamente y se marchó.

Anohecía.

Una multitud de ideas y de presentimientos agitaba la mente de Julián, mientras se paseaba de un extremo a otro de su habitación. Olvidó el halago de su éxito universitario y se concretó por entero a la dificultad de la negociación. Tenía fiebre y le ardía la cabeza. Le faltaba la serenidad de juicio. Pensó en correr en busca de Marcos para pedirle ayuda, pero como hacía días que no se veían, ignoraba en donde le encontraría. Cayó en una butaca y allí se debatió en mil proyectos que formaba y deshacía con igual facilidad.

Entre las sombras del atardecer, el cristo del padre Liberato brillaba de una manera extraña en el respaldo de la cama. Julián lo miró absorto. ¡Luz del cielo! ¡Inspiración divina! Corrió hacia él y lo besó con profunda veneración, clamando:

— ¡Dios nos ayudará!

La noticia del rapto de Celia Sánchez cayó como una bomba en los círculos sociales de Buenos Aires.

No se hablaba de otra cosa. En la monotonía desesperante de aquella sociedad invadida por el tedio, el escándalo, mayúsculo como era, obró como la piedra arrojada en un remanso. Las intrigas domésticas habituales, los pleitos de divorcio que se tramitaban en los juzgados, de los nombres de cuyos protagonistas los grandes diarios solo daban las iniciales cuando la gente del gran mundo los conocía de manera minuciosa, las obras de caridad, las fiestas de beneficencia, todo quedó olvidado por un tiempo, o relegado a un plano secundario. El comentario todo entero fué dedicado al rapto de Celia Sánchez: se le consideró de todos modos, en el pró y en el contra. Para unos era un crimen, para otros una inmoralidad, para otros una simple incorrección, para otros una

audacia, y aún había jóvenes casaderas que, dejando de lado todo juicio sobre la acción, ocuparían de buena gana el lugar de la raptada...

Julián lo supo por el propio Marcos en la noche subsiguiente a la del suceso, pues fué a buscarle a la redacción de « El Diario Moderno », para referírsele.

— Consumatum est — le dijo al verle.

— ¿Cumpliste tu designio?

— Puesto que lo quisieron.

— ¿Estás tranquilo?

— Más convencido que nunca de la justicia que me asiste.

— ¿Y ahora?

— Ahora es necesario poner pecho a las consecuencias.

— ¿Las hay?

— Las hay.

— Juan Antonio...

— Juan Antonio me ha enviado sus padrinos. Él cree estar seguro de su superioridad en el lance porque, como lo sabes, es un eximio espadachín y tirador de box, de lo mejor que tiene el Círculo de Armas.

— Lo sé bien.

— Pero con todo, yo no he de rehuirle. ¡Qué diablos! Coraje no me falta.

— ¿Y tus padrinos?

— A eso voy. Debo designarlos.

— ¡Soy uno de ellos!

— No; no puede ser. Es necesario que me excuses. No puedes serlo.

— ¿Por qué?

— Porque no puedo ni debo destruir tu felicidad. Días pasados, pensando que esto iba a suceder pensé en tí, pero ahora he recapacitado y estoy convencido de que no debes ser.

— ¿Por qué no debo ser? Tengo derecho...

— ¿Y tus relaciones con Ernestina? ¿Crees que no se interrumpirían apadrinándome en un duelo con su hermano? Piénsalo bien.

Julián meditó un segundo.

Marcos aprovechó la coyuntura para suplicarle:

— No, Julián, no insistas en intervenir en este incidente. Sé que tienes derecho a mezclarte en mis asuntos, pero te ruego que me libres de esto que sería para mí un cargo de conciencia. Celia se apenaría.

El recuerdo de Ernestina le asaltó. La idea de perderla le amargó; pero supo sobreponerse exclamando con fiera resolución:

— ¡Soy tu amigo, y no te dejaré!

— ¡Pero Julián!...

— Julián Vargas te acompaña

— No piensas

— No necesito pensar nada. ¿Cual es el otro padrino?

— Carlos Pena.

— Manos a la obra.

Concluida la tarea periodística salieron de la redacción y se dirigieron al Club del Progreso en busca de Carlos Pena.

Las tramitaciones del lance fueron laboriosas, más laboriosas de lo que parecía requerirlo un asunto tan sencillo, a lo menos en apariencia. Los padrinos de Juan Antonio objetaron un término de la carta-poder de Pena y alegaron con vehemencia que, de acuerdo al código del honor, que uno de ellos, abogado, se jactaba de conocer mejor que el código civil, planteaba una cuestión previa y accesoria. Los padrinos de Marcos retiraron el término para abreviar el trámite. Resuelta esta cuestión se cayó en otra: la elección de armas. Esto dió mucho que hacer a aquellas gentes; pero al fin, todo quedó arreglado.

El duelo se verificó al día siguiente, en una quinta de Banfield. Un militar, el coronel Arellano, lo dirigió. Hombre experto en esta materia, el coronel examinó el terreno, se impuso del estado de los contendores, lo revisó todo, y dió comienzo a aquella pelea de honor con la serenidad

con que podía haber dirigido una riña de gallos. Era su especialidad y a ella se dedicaba para matar los ocios de la paz. Los duelistas resultaron ilesos; el honor quedó lavado con aquel gesto heroico; y suscriptas que fueron unas actas largas y minuciosas, como sumario judicial, todos se alejaron del sitio de la contienda.

El único que salió herido de aquel lance fué Julián.

Dió por perdido para siempre el cariño de Ernestina. Siete días habían transcurrido sin verla y sin tener noticias suyas. La joven había dejado de frecuentar los sitios donde solían verse de vez en cuando; él la buscó inútilmente en el teatro, en los conciertos, en las conferencias de la Facultad de Filosofía y Letras, en el templo. La idea de que estuviese enferma le angustió.

Cogió un diario y devoró la crónica social. ¡Nada! No había nada. Iba a tirar el cotidiano cuando un sueltito de la misma sección reclamó fácilmente su atención. Leyólo. ¡Cómo! Lanzó un grito y de un salto se puso de pie. — ¡Cómo! ¡Se han marchado! — tartamudeó, mientras sus ojos llenábanse de lágrimas apenas contenidas y el corazón pugnaba por saltársele del pecho. — ¡Se han marchado!

Volvió a leer. No podía equivocarse; aquello no era un sueño; era una amarga realidad. Los Soler habían anticipado el viaje a su estancia de Entre Ríos.

-- ¿Por qué? ¿Por qué se han ido? — balbuceó Julián, atormentado, estrujando el periódico hasta hacerlo mil pedazos.

Tuvo una necesidad imperiosa de ver con sus ojos la casa de Soler. Trepóse a un automóvil y dió al chauffer las señas de la misma.

No se había detenido el vehículo cuando ya había confirmado la noticia. La casa estaba sola. ¡Oh, la fiera hostilidad de los hogares vacíos! Las celosías cerradas semejaban párpados plegados para un sueño muy largo, párpados de ojos que se obstinan en no ver.

— ¿Por qué? ¿Por qué se han ido? — preguntábase Julián, cada vez más desesperado.

Subióse al zócalo de la verja y atisbó. El parque se llenaba de flores; una inquietud de fiesta había en el jardín. Bajo la luz lunar la Venus mutilada sonreía bajo una enorme cargazón de rosas.

Una idea cruzó por la mente de Julián: iría a ver al caballero de Soler, que vivía en la parte posterior de la finca, al final del bosquecillo de eucaliptus.

— Bien pudiera ser que tuviese algún encargo de ella.

Pero no; un sentimiento de delicadeza le detuvo.

Subió nuevamente al automóvil pensando con amargura :

— ¡ Todo se ha perdido ! ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío, ayúdame !

Dió al conductor las señas de su casa. No dejaría de aparecer « El Diario Moderno » porque él no trabajase aquella noche. ¡ Y si así fuera, nada importaría ! Llegó, corrió a su cuarto y se tiró en la cama.

Examinó, magnificando, el trance en que se hallaba. ¿ Por qué se había ido ? ¿ La habían obligado a aceptar a aquél imbécil de Vicente Croce ? No podía ser. La seguridad que ella le diera en el paseo de Palermo excluía tal hipótesis. ¿ Se había entretenido engañándole hasta entonces con refinada perfidia ? Tampoco podía ser. Las pruebas de amor que le había dado no eran propias de una frívola coqueta. Entonces ¿ qué era ? ¡ El olvido ! ¡ La aceptación de aquel cretino adinerado ! ¡ Ah los matrimonios por interés ! Unió circunstancia a circunstancia, presunción a presunción y concluyó por convencerse de lo último.

El orgullo lastimado, el odio, el rencor, el amor

menospreciado, se revolvieron en su espíritu y le mordieron las entrañas como jauría de lèbroles azuzados. ¡ Ah, si pudiera arrancarse del pecho la imagen de aquella hembra! ¡ Ah, si pudiera cegar con las uñas la luz de aquellos ojos que le miraban larga, insistentemente, desde el fondo de un palco! Donde quiera que mirara estaba ella. Quería llorar, tenía ansias de llorar y no podía. Se cubría el rostro con las sábanas, se retorció, gemía, blasfemaba, se apuñeteaba el pecho, y todo era en vano; una voz íntima le decía:—«¡ La amas! Mientras más crees odiarla, más la amas! »

De repente, un golpe en la puerta hizo que se levantara de un salto de la cama.

— No recibo.

— Soy yo; madame Sabela.

— ¿ Y qué desea, señora?

— Ouvrez un minuto, señog Vaggas.

Julián abrió de mala gana.

— Este señog — dijo la Mirabel, indicando a un joven que estaba al lado de la puerta — ha insistid tanto en hablag a usted que ha hech un vegdadgo escandal. Excúseme, señog Vaggas.

— Bien pudo elegir otra hora, usted señor — rezongó Julián, dirigiéndose al joven en quien reconoció a Víctor Ferro.

— Yo le he dich est — añadió madame Sabela retirándose.

— ¿Qué desea usted, señor Ferro? — interrogó Julián al visitante, una vez que este hubo entrado a su habitación.

Víctor Ferro empezó por disculparse:

— He venido a esta hora porque no dispongo de otra. Trabajo todo el día, de noche doy lecciones en una universidad obrera, . . . usted comprende, señor Vargas.

— Estoy un poco enfermo. Le suplico que sea breve.

— Quiero serlo. Desde luego vengo a renovar la escena de días pasados.

— ¡No le permito! Ni una palabra más sobre esto.

Ferro alzó el tono.

— Me va a oír. Tengo derecho. Días pasados usted dudó de mi palabra.

— Usted decía insensateces.

— ¡Las voy a repetir! Le niego derecho a usted para dudar de mi palabra.

— ¡Basta! Hemos concluído, señor.

— Todavía no.

— Ahora mismo.

— Tengo derecho a que me oiga antes de juzgarme. Mi pobreza no diferencia mi honor del suyo. ¡Quiero que me oiga y no me ofenda!

— ¡Sea! Hable.

— Dije a usted que Boillot, Sall y esta meretriz han robado a su padre la merced de Olain, ¿verdad?

— Verdad.

— Aquí están las pruebas — dijo, y sacando del bolsillo un legajo de papeles se lo entregó a Julián. — Y añadió:

— Son copias fehacientes; tienen al pie la firma del escribano público. Lea eso.

Julián dudó un segundo.

Luego leyó. ¡No lo hiciera! Un grito de espanto retumbó en la habitación.

— ¡Ah! ¡Robados!

Ferro no decía palabra.

— ¡Los Vargas robados! ¡Las escrituras de la merced de Olain perdidas! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Se restregó los ojos para cerciorarse de que no era víctima de una pesadilla y tornó a leer.

— ¡Dios mío! ¡Nos han robado esos bandidos! ¡Nos han robado! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Ferro dijo con gravedad:

— Ferro no miente nunca. Buenas noches.

— No, Ferro; así no. Sin perdonarme no se vaya — le suplicó Julian deteniéndole en la puerta.

Por toda respuesta Ferro le tendió su diestra.

— ¡Cómo! — exclamó Julián al estrechársela, — Su mano está encallecida... ¿No trabaja en el estudio de Sall?

— No, señor; ahora soy herrero — respondió el joven sonriendo.

Julián le abrazó con efusión.

Cuando quedó solo midió la magnitud de su desgracia. ¡Estaba perdido! Perdido!

De pronto tuvo un arrebato de cólera terrible.

— ¡Les mataré! — rugió, apuñeteando la mesa.

Más, repentinamente se sintió iluminado por una idea salvadora. Tenía conocimiento de que el padre Liberato ejercía una influencia decisiva sobre el gobernador de Córdoba, tanto que se afirmaba que él era en realidad el verdadero gobernador. Nada más simple que pedirle su consejo y su apoyo.

— Dios no nos olvidará — pensó. — Lo que haga el padre Liberato será la obra de la justicia divina.

Vaciló un segundo. Hacía mucho tiempo que no escribía al padre Liberato. ¿No estaría resentido con él? Pero rechazó en seguida el temor.

Cuando terminó la carta se sintió aliviado exclamó con alegría:

Siete meses transcurrieron desde la noche en que Julián tuvo conocimiento del robo de las tierras de Olain.

No bien hubo recobrado la serenidad y el raciocinio, después de aquellos dolorosos embates, tan crueles como inesperados, resolvió abandonar la vida de sibaritismo y de oropel que había llevado hasta entonces, para dedicarse única y exclusivamente al designio que le condujera a Buenos Aires. Ya era hora de pensar en el porvenir; bastante tiempo y muchas energías había malgastado en los círculos mundanos, siguiendo la corriente que seguía una juventud empobrecida por el vicio, el tedio, la estulticia y la tristeza de un vivir sin ideales ni pasiones.

Su resolución fué tanto más sensata y necesaria cuanto que, habiendo roto toda relación con la cáfila de ladrones que otrora habilitara su bolsillo, careció del dinero suficiente para subvenir a una

existencia brillante y onerosa. Don Eusebio, reducido a la pobreza, arrinconado en un exiguo pedazo de Olain que conservaba todavía a virtud de la enérgica defensa de un abogado cordobés, no podía ayudarle en modo alguno porque carecía de recursos.

Instalóse en una humilde habitación que alquiló en la calle Bartolomé Mitre, a media cuadra de la calle San Martín, y dedicóse con ahinco, robando horas al sueño, a sus textos de derecho y al empleo de « El Diario Moderno », con cuyos emolumentos costeara su existencia. Tenía ansias de concluir sus estudios universitarios para acudir en ayuda de los suyos; tal vez llegara a tiempo de salvar el patrimonio, o parte de él; pero, aún cuando así no fuese, al menos podía asegurarles una vida cómoda y decente. No se acordaba ya de madame Sabela, ni de Sall, ni de Boillot, aquellos pillos a quienes hubiera hecho sentir el peso de su puño a no haber sido mujer la una y a no haberse ocultado los demás: pero había jurado que algún día, tarde o temprano, le rendirían cuenta de su infamia. En el primer momento de arrebató fué en busca del letrado, en repetidas ocasiones, pero no le encontró. Boillot había desaparecido. Las cartas que Julián recibió de San Andrés, al propio tiempo que confirmaban la noticia del des-

pojo, le hicieron saber que ni en aquel lugar, ni en Córdoba, era posible conocer su paradero. Luego el tiempo serenó sus asperezas y apaciguó su cólera bravía, y solo pensó en obrar con prudencia y eficacia para reparar el daño.

Pensando en ello corría de la Facultad a su casa y de su casa a la redacción; esgrimía su pluma haciendo artículos y sueltos en un afán desesperado de llenar cuartillas y cuartillas, o bien hundía su mirada en la prosa árida y seca de los libros de jurisprudencia. Pero a veces sucedía que en la mitad de un suelto, o durante la lectura, abandonaba la lapicera, o hacía a un lado el texto, y, entornando los ojos, parecía adormecerse en medio de una extraña pesadumbre... Luego un suspiro le tornaba a la labor. Había pasado por encima de su frente la sombra de Ernestina.

En vano quiso convencerse, una y cien veces, con una serie de razonamientos, más o menos sutiles, de que debía olvidar a aquella mujer. Aparte de que era una locura comprometerse en aventuras amorosas, provocando a designio sinsabores y desencantos dolorosos, era evidente, era indudable que Ernestina había preferido el oro de Croce a su cariño. Estaba convencido de ello sin saber porqué. Se sabía despreciado, escarnecido en lo más íntimo por aquella muñeca que sacudía su

aburrimiento «conquistando» corazones y suscitando esperanzas para darse después el placer de pisotearlos sin miramiento alguno. En el fondo no era más que una perversa refinada que gozaba, como felino, con el martirio de sus víctimas. Todo eso era verdad; pero, a pesar de todo acabó por convencerse de que el corazón no entiende de dialécticas ni de argumentaciones, y comprendió, ateneado de dolor, que, a medida que el tiempo transcurría sin tener noticias de ella, más grande y desesperada era la angustia de su alma. Sobre todo de noche, en esas noches largas y heladas del invierno de Buenos Aires, en la honda soledad de su aposento, la imagen de Ernestina le torturaba con crueldad inusitada. La veía en todas partes, en el halo vaporoso de la lámpara, en las molduras del plafond, en el dibujo de los muros, en la llama violácea del calentador que encendía de ordinario para desentumecerse las manos o para hervir el agua de su mate, su nombre se formaba con las letras de las páginas que leía: estaba en todas partes, en su suspiro, en su respiración, en su sangre; en todo su cuerpo estaba el divino veneno de su imagen! A momentos pronunciaba su nombre en alta voz, y se creía acompañado, menos solo, como el miedoso que para darse coraje grita o canta en la soledad de los caminos. De haber estado en su

presencia se hubiera arrastrado a sus plantas, como un perro, suplicándole con lágrimas en los ojos, que no le abandonara, que le amase por piedad... ¡Oh, solo él sabía la tragedia íntima que le desgarraba el alma en aquellas noches largas y presas de infinita soledad!...

Marcos iba a veces a visitarle, en los momentos que le dejaban libres sus ocupaciones del consultorio y la atención de sus pacientes. Se había casado con Celia, uno o dos días después del duelo con Juan Antonio; y era feliz, lo mismo que su esposa, en medio de la dificultad con que comenzaba su profesión. Había alquilado una casita en la tercera cuadra de la calle Tacuarí, y Celia la arreglaba con gusto y sencillez. En ocasiones, con relativa frecuencia, Julián les hacía compañía, casi siempre de noche. Comía con ellos y se marchaba después a la redacción.

Nunca se hablaba de Ernestina en presencia de Julián. Pero una de esas noches, durante la sobremesa, mientras Marcos hojeaba una revista y apuraba, sorbo tras sorbo, su taza de café, un diálogo mantenido entre Celia y Julián trajo el recuerdo de la ausente. Celia le preguntó con un tono de reproche cariñoso, porqué no iba todas las noches a comer con ellos, y el joven respondió, con una sonrisa imperceptible:

— No lo hago porque ustedes son demasiado felices.

— No le entiendo, Julián — dijo ella.

El aclaró su pensamiento.

— Cada vez que traspongo los umbrales de su casa se me llena el alma de algo así como una tristeza dulce... de algo inexplicable... Gozo de saberlos dichosos, respiro esta felicidad de que ustedes llenan este hogar y, al mismo tiempo, sufro en presencia de la dicha ajena. No le extrañe, esto es humano.

— Comprendo, comprendo — murmuró Celia.

Hubo un momento de silencio. Ella se ocupó en acomodar las flores de un búcaro, inclinando la cabeza debajo de la araña suspendida sobre el centro de la mesa. Su cuello torneado, luminoso, como columna de alabastro, se perdía en la madeja sedosa de su cabellera brillantada por la luz. Julián, que la miraba, pensaba con envidia en los mil besos que Marcos debía haber depositado, en las intimidades que imaginaba, sobre aquella nuca deliciosa...

Él tornó a hablar:

— ¡No sabe usted cuánto me martiriza su recuerdo! Hablemos de ella, Celia; necesito hablar.

— De Ernestina?...

— De Ernestina, sí. Necesito hablar de ella; ya

hace mucho tiempo que ustedes no la nombran, acaso con el propósito de no apenarme.

— Justamente.

— Y sin embargo, siento un alivio cada vez que yo la nombro. ¡Quisiera cansarme de pensar en ella y de nombrarla!

— ¡Qué será de ella! — murmuró Celia meneando la cabeza. — ¡Pobre Ernestina!

— ¿La compadece usted?

— Porque la conozco, Julián. Ella es muy buena.

— Tiene en mí la prueba, si la necesita.

— Supiera usted cuanto le amó y no hablara así.

— «¡Cuánto le amó!» Dice bien... «¡cuánto le amó!»

— Cuánto le ama acaso. Porque Ernestina no es de esas mujeres caprichosas y veleidosas, como usted la supone...

— Como la juzgo, Celia.

— Con toda injusticia, sin duda.

— Y entonces ¿a qué obedece su actitud con mi persona? Quien es firme en el querer...

— Recuerde usted todas las incidencias, dolorosas para todos nosotros, del duelo y tantas otras circunstancias concomitantes.

— Cierto es todo eso.

— Entonces, convenga en que su actitud está justificada. ¿Cuál otra puede ser sino la que ha adoptado?

— Nunca. Si aquellas circunstancias pudieron ser motivos racionales para que yo no pudiese entrar más a casa de Soler — y sin duda lo son — no han debido determinarla a ella a olvidar sus juramentos.

— Y usted puede afirmar que ella le ha olvidado?

— ¡Oh, Celia ¿cómo tendría que ser de candoroso para no afirmar que sí?

— ¡Demasiado pesimista! Espere, conserve una esperanza y no desmaye, Julián. ¡Quién sabe si Ernestina no le ama ahora más que nunca!

— Eso puede ser respecto del oro de Croce, pero no de mí.

Volvieron a guardar silencio. Después la conversación giró sobre temas diferentes.

Cuando salió de la casa de Marcos y echó a andar por la calle Tacuarí, dirigiéndose a «El Diario Moderno», una preocupación, que no databa de entonces, sino que se le aparecía de tiempo en tiempo, trabajaba la mente de Julián. Marcos, rompiendo sin miramientos con la conducta consagrada por toda una colectividad, causando escándalo, suscitando odios y rencores, ha-

bía levantado con sus puños los horcones de su hogar, y era feliz y resguardaba su dicha con tesón, ¿por qué él, Julián Vargas, no podía hacer lo mismo con idéntico fin? ¿Qué se oponía? ¿Qué se lo impedía?

A fuerza de meditar sobre ello dió en sospechar que la causa eficaz de su impotencia radicaba en mucho en la moral ascética, inflexible, que le habían inculcado en el seminario de Loreto y en Santo Tomás. Marcos se lo había dicho en más de una discusión, atormentándole con su crudo biologismo: — «Es preciso que te rebeles de una vez contra la fórmula venenosa del deber por el deber mismo; es preciso que aprendas a navegar en las corrientes de la vida, sin rehuirlas, sin temerlas, sin empeñarte tampoco en hacerlas ir por el cauce indicado en una fórmula abstracta, elaborada en la quietud* de un gabinete por cerebros enfermos. La vida es un erial que no se torna jardín con exorcismos ni con palabras vanas: es preciso vencerla a azadonazos ».

Sin duda su moral le impedía realizar cualquier acto clasificado como malo; se lo impedía aherrrojando su albedrío, aprisionándolo entre lazos invisibles. Eso era claro para él, lo veía, lo palpaba en cada una de las manifestaciones de su espíritu. A veces se proponía destrozarse aquella

garra que le apretaba la garganta, destruir aquellos hierros que tenían encarcelada su voluntad, romper toda cadena y todo compromiso para imitar el gesto de su amigo, para conquistar la felicidad a puñetazos. Corría entonces a los libros de los pensadores rebeldes, los leía y los releía con un afán febril de atiborrarse de ideas y de pensamientos contundentes, y, sin rectificarlos, sin análisis ninguno, los arrojaba contra la sombra del Estado que se le aparecía en aquella Universidad disciplinada, rusificada, y contra el monstruo del deber cristiano que le había inoculado una moral de esclavos. ¡ Con qué afán les arrojaba las ideas destructoras! Se comparaba a un perseguido que cogiese las piedras del arroyo y las tirase todas encima de su perseguidor. Al principio lo hizo por espíritu de oposición, fué un simple alarde faufarrón de su hombría naciente; pero, con el tiempo, el contacto con los libros de aquellos rebeldes, irreductibles, indómitos, como los apóstoles cristianos, bizarros como el Vargas que murió con un gesto de desprecio en el cadalso, fué aceptando de veras sus ideas, cada vez con más pasión a medida que las tiranías circunstantes gravitaban, en mil formas diferentes, sobre su persona. Pero algo había que le obligaba a postergar el rompimiento proyectado: algo le retenía en medio de la lucha

intima que se desenvolvía en su ser moral: Dios. Todo se había rectificado o transformado en él; pero la idea de Dios estaba intacta en el fondo de su alma. Los vientos de la vida no habían penetrado al recóndito santuario en que le rendía culto fervoroso. Había leído mucho, toda la copiosa literatura escrita por los enemigos de la divinidad: Buchner, el grosero materialista, el terrible Bakouine, los exégetas alemanes, las sutiles investigaciones de Francia, inclusive las del hereje padre Sabatier que ha hecho, sin advertirlo, la génesis psicológica de Dios; todo le era conocido, todo había pasado, como una ráfaga cargada de humazón, por las ventanas de su espíritu sin alterar en nada aquella creencia transmitida en la sangre por tantas generaciones de Vargas.

— No, no es posible que no exista un « más allá! » — dijo hablando consigo mismo, mientras caminaba por la calle, arrebosándose en su sobretodo para defenderse de un airecillo helado que tajaba las carnes. — Alguien preside el ritmo de los mundos; alguien llena con su presencia e ilumina con su luz el curso de los astros...

En la puerta de la redacción divisó a una persona que creyó conocer. Era Julio Serna.

— Hace una hora que te espero — díjole Serna adelantándose hacia Julián y tendiéndole la mano.

-- ¿Que me esperas?

— Eso mismo. ¿Te extraña?

— Sin duda, puesto que no me visitas nunca.

— No por eso te olvido. La prueba está en que ahora quiero decirte algo que te interesa sobre manera.

Julián tuvo un sobresalto. ¿Le hablaría de Ernestina?

— Desde ya te lo agradezco. ¿De qué se trata?

— Ya te lo diré. Primero entremos a aquel bar y pidamos alguna cosa para beber.

— Dispongo de muy poco tiempo... me he retrasado...

— Entremos en la redacción entonces... no hemos de helarnos en la puerta...

— Entremos.

No se había acabado de acomodar en una silla el visitante, cuando preguntó a Julián:

— ¿Te gustaría ocupar un puesto en la Facultad?

El interpelado vaciló.

— ¿Un puesto... dices... ?

— Un puesto — confirmó Serna, clavándole una mirada de soslayo. — Un puesto de bedel, por ejemplo.

— No sé qué decirte...

— Bueno, pues, podrás ser bedel si quieres

serlo. Rivolta ha descubierto que el que ahora desempeña esa función no es apto y se dedica a azuzar a los estudiantes descontentos ¿sabes?

— ¿Y?

— Y piensa exonerarlo.

— ¿Cómo ha llegado a saber eso el doctor Rivolta?

— No hace al caso; pero te lo diré: lo sabe por mí.

— ¡Por tí!

— Como te lo digo.

— ¡Has cometido una traición!

— Eres un tonto siempre. Si el bedel no salta de su puesto ¿podría ofrecértelo ahora en nombre del decano?

— ¿Y me lo ofreces?

— Te lo ofrezco, pero te impongo una condición.

— ¿Una condición?

— Sí.

— ¿Cuál?

Serna bajó el tono de su voz hasta velarla y musitó:

— Hace tiempo que «El Diario Moderno» ha emprendido una campaña contra la Universidad.

— Es cierto.

— Rivolta está en conocimiento de que el au-

tor de los sueltos es un estudiante de derecho.

— Que se llama Julián Vargas.

— Justamente.

— No necesito preguntarte cómo lo ha sabido.

— Es inoficioso.

— La policía del señor Rivolta no ha querido saber que esos sueltos son de la redacción antes que de un estudiante.

— Lo cual prueba que va a la fuente misma ¿comprendes?

— Estoy comprendiendo.

Serna encendió el cigarrillo que se le había apagado en el curso de la conversación, y prosiguió, afectando cierta indiferencia:

— ¿Conoces a Guezález?

— Le conozco.

— ¿Qué idea tienes de él?

— Lo creo un hombre probo y honesto.

— ¿Católico, apostólico romano?

— Sin duda.

— Acaba de obtener la cátedra para la que había sido propuesto el doctor Benjamín Sall. ¿Sabes cómo ha obtenido la ganga?

— No lo sé.

— ¡Ha entregado su mujer.— Dijo y lanzó una estrepitosa carcajada. Pero, advirtiendo que no ha-

bía causado risa a Julián el relato de aquella abyección, le preguntó:

— ¿No te dá risa? Es gracioso, hombre. Una cátedra a cambio de la esposa... es gracioso. Luego el católico se confiesa, con la cabeza coronada de cuernos a falta de espinas, y...

Julián le interrumpió.

— ¿Qué relación tiene esta historia con mi persona?

— Quiero decirte que todos hacen lo mismo, hombre.

— Según eso yo debo guardar silencio, no escribir una línea más contra esa mazmorra a la que se llama Facultad...?

— Si aceptas el puesto.

— ¿Que sería el precio de mi silencio?

— El premio; no el precio.

— ¡Hemos concluído! — exclamó montando en cólera. Y señalando la puerta al visitante terminó:

— Por esa puerta se va a la calle.

— ¿No aceptas?

— ¡Y te expulso!

— ¡Peor para tí! No eres nadie para luchar con Rivolta. Ya veremos a dónde va a parar tu orgullo.

— ¡Fuera de aquí, canalla!

Lívido de rabia, temblando todo entero, como

cordaje en vibración, cogió la pluma, y escribió, balbuceando con firmeza:

—¿Un Rivolta contra un Vargas? ¡Nos veremos! ¡Si el es hombre yo también soy hombre!

Una mañana de mediados de Junio, Julián recibió la visita inesperada del coronel Soler.

— Supongo que mi apellido no le es desconocido — dijo el coronel al entrar al aposento.

— No, señor — respondió Julián, invitándole a sentarse.

— La misión que me trae a su casa es un poco delicada, señor Vargas.

— Ignoro cual sea.

— Se la voy a decir en dos palabras. No soy hombre de hablar mucho. Usted tiene relaciones amorosas con mi hija Ernestina.

— No, señor.

— No lo niegue; hágame usted el favor de no contradecirme.

— Sea.

— Mi hija está para casarse con el señor Croce, a quien usted conoce.

— Es verdad:

El coronel pareció esforzarse; vaciló un segundo; luego crispó los puños y como si venciera una dificultad o' un escrúpulo muy grande, añadió:

— Sólo un padre puede dar este paso. Señor Vargas, si usted quiere la felicidad de Ernestina, haga un sacrificio: renuncie definitivamente a su cariño.

— ¡Que renuncie a su cariño?

— Eso es. Hablemos claro, toda la coacción que hemos ejercitado sobre ella ha sido inútil. Bien se vé que es hija de un Soler cuando por nada se intimida. Sigue pensando en usted.

— ¡En mí!

— ¡No le olvidará nunca por desgracia! — exclamó Soler con un gesto de impaciencia.

Illuminado por un rayo de alegría Julián pensó:
— ¡Me ama todavía!

Volviéndose con presteza al coronel, le preguntó con tono enérgico:

— ¿Y usted cree que renunciando al cariño de Ernestina, ella será feliz?

— Sin duda — repuso el coronel. — Porque en tal caso se casará con Croce.

— ¿Asegura usted que Croce la hará feliz toda vez que ella no le quiere?

— Lo será.

— ¡Falso!

— ¡ Lo será ! ¿ Hará usted el sacrificio ?

— ¡ Nunca ! Aún cuando ella me olvidara no dejaría de amarla.

El coronel se irguió ; sus ojos centelleaban.

— ¡ Tendrá que renunciar a ella por las buenas o por las malas !

— ¿ Quién dice tal ?

— El coronel Soler.

— ¿ A Julián Vargas ?

— ¡ A todo el mundo !

— Julián Vargas es más que todo el mundo.

— Prohibo a usted que hable con Ernestina. Ella ha de buscar la oportunidad de verle. ¡ Guay de usted si la habla !

— ¡ Donde la encuentre ! Quedo a su disposición en el terreno que le plazca.

— ¡ Pobre de usted !

— Usted está acostumbrado á intimidar ; yo estoy acostumbrado a no dejarme intimidar.

El coronel pareció abatirse de repente ante la enérgica actitud del joven Vargas. Se calmó y dijo con un acento de súplica :

— Señor... mire usted la situación de un padre... ¿ A dónde no se rebaja un padre por la felicidad de su hija ? ¿ En nombre de qué puedo rogarle, oigaló bien, rogarle que acceda a mi pedido ? ¡ Por su madre, señor !

Julián no respondió.

Soler insistió con más ahinco:

— Acceda, señor Vargas. Puedo asegurarle que ella misma se lo agradecerá de todo corazón.

— ¡Ella! — balbuceó Julián con angustia.

— Sí, ella.

— ¿Usted cree?

— Si creo.

— Si así fuese... entonces... entonces...

— Entonces... ¿no hará nada usted?

— ... Nada... — suspiró el joven. Pero reaccionó de pronto. — Usted no la atemorizará, eh?

— Ella misma le dará la prueba.

— ¡Así me diera la muerte! — gimió Julián abismado en su dolor, escondiendo la cabeza entre sus brazos.

Un rato después alzó la mirada. El coronel había desaparecido. Se levantó con rapidez y corrió en busca de Marcos para contarle el extraño suceso. Un presentimiento triste le embargaba; tal vez iba a perderla definitivamente. Ernestina era débil y acabaría por ceder. Pero un pensamiento halagador alimentaba su esperanza. Presionada, aterrorizada, quién sabe de qué modo, Ernestina había resistido hasta entonces defendiendo su amor a todo trance. No podía dudarle. Era el propio coronel quien acababa de decírselo.

— Me ama todavía — se decía. — Me ama ahora más que nunca.

Una rubia alta, paliducha, salía del consultorio de Marcos y se trepaba a un coche en el preciso momento en que Julián llegó en busca de su amigo.

— Tengo que darte una noticia! — exclamó Marcos al verle. Y, señalando a la rubia que se alejaba, añadió: — Ella me lo acaba de decir.

— ¿De qué se trata?

— Han vuelto los Soler. Esa rubia es una enferma que ha regresado de la Asunción en el mismo vapor que ellos.

Julián, estupefacto, le miró.

— ¡La rubia de la Marcha Nupcial! — murmuró.

— ¿Cómo lo sabes?

— La conozco.

— En efecto, su manía es la Marcha Nupcial, de Mendelsshon. ¡Pobrecita! ¡No vivirá mucho!

Julián refirió a Marcos la escena con el coronel Soler.

— ¿Qué te parece que debo hacer? — le preguntó después.

— No ceder ni un ápice.

— No ceder ¿verdad? Eso he pensado.

— La victoria es tuya. Aprovéchala.

— ¿Y si consiguen doblegar a Ernestina?

— Si la ayudas, eso no será. ¿No ves que ella está dispuesta a sacrificarse por tí? ¿Pero no lo ves? Te ama.

— Cierto — dijo Julián, abrazándole en un raptó de júbilo. — Cierto es. Me ama ahora más que nunca. ¡Ernestina!

Dois días después recibió una esquelita de Ernestina en la que ésta le decía que, « puesta en el trance de seguir los impulsos de su corazón » era menester olvidar sus relaciones. Julián leyó aquella misiva con la mayor indiferencia, la arrugó entre su mano y la arrojó al canasto.

Estaba invitado a asistir a una comida en honor de Carlos Pena, celebrando el éxito de su última novela. Se vistió con toda calma y se marchó.

Veinte literatos rodeaban la mesa cuando Julián entró. Abrazó a Pena, a quien estimaba de veras, saludó a los demás y fué a ocupar el sitio que le habían destinado a la vera de Tullo Noël. En el curso del ágape se suscitaron cuestiones artísticas que tuvieron la virtud de apasionar a los comensales. Unos sostenían la teoría del arte por el arte; otros clamaban por la necesidad de socializar el arte; otros creían que las corrientes estéti-

cas estaban en plena bancarrota; otros eran diletantantis.

— ¡L'art c'est l'azur — gritaba uno esgrimiendo el tenedor.

— ¡El arte es Verlaine! — afirmaba otro de nariz colorada, como pimiento, por el uso del alcohol.

— Fuera de la crítica no hay arte — aseguró Noël. La crítica es a los géneros literarios lo que la Filosofía es a las ciencias particulares. Ella extrae las partículas de oro de en medio de las gangas. Que lo digan sino Sainte-Beuve, Taine...

— Y todos los egresados de la Facultad de Filosofía y Letras — añadió un joven dramaturgo. — Usted, por ejemplo, ha egresado de esa Facultad y solo es apto para crítico.

— Lo cual honra a ese instituto — añadió Pena sonriendo con intención.

El dramaturgo prosiguió:

— Ese instituto no rinde más provecho al país que proveerlo de hipercríticos.

— Bienvenidos — replicó Noël.

— ¿A qué objeto? Con solo conocer las teorías de Aristóteles sobre las tres unidades y otras parruchas por el estilo, se iguala el conocimiento que se adquiere en esa Facultad. ¿A qué engordar profesores con un presupuesto tan alto?

El gordo verlainiano intervino en la discusión después de relamerse unas gotas de vino que se le habían quedado en el bigote:

— Los críticos son indispensables en un pueblo como Buenos Aires donde se produce tanto.— dijo —¿Aparece un libro de poesías ... «Los rumores del silencio» ... por ejemplo? Si la crítica no habla de ese libro está perdido; el público no se interesa por él. Y ¡cosa rara! mientras más desfavorable sea la crítica más se vende... el diario o la revista que la publica... Si no fuera por no herir a alguno de los presentes, yo diría que aquí, en Buenos Aires, el pueblo de los trigos y de las lanas, como dice Cabal, existe una revista que se sostiene gracias a los juicios desfavorables.

— Claro está — observóle Pená — como que todos los círculos intelectuales de Buenos Aires están llenos de envidiosos.

— ¡Y de impotentes! — gritó desde el extremo de la mesa un cordobés. — Buenos Aires solo da críticos. Sino fuera por los provincianos, la Atenas del Plata cerraría sus imprentas o las dedicaría a imprimir avisos de remate.

Julián advirtió que la discusión tomaba un giro inconveniente y dijo riendo:

— En suma, señores, podemos decir que la crí-

tica es un doctor de Tirteafuera que dice el *absit* a Sancho.

Más bien no lo hubiera dicho. Tullo Noël agitó sus brazos en el aire y, mientras una oleada de sangre ponía un tono rojo en sus mejillas aceituadas de ordinario, según él a causa de una enfermedad en el hipocondrio izquierdo, según otros a causa de la bilis que no se le concluía a fuerza de escupirla al margen de los libros ajenos, exclamó en tono de farsa, señalando a Julián:

— Hé aquí un hombre que se desayuna con el Quijote! ; Desde hace tres siglos no se ha escrito nada mejor para él! — Y estalló en una carcajada histérica y nerviosa.

Luego siguió hablando del Quijote.

— No existe un libro más falso que ese. Su estilo es ramplón, hinchado, ampuloso. ¿Quién, en la realidad, habla como aquel caballero de los Espejos que describe la mañana? ; Nadie! ; ¿Quién sale a trotar mundos para desfacer entuertos? ; Nadie! Ese Don Quijote es un tipo falso; está mal concebido y peor realizado. En todo el universo no se encuentra un personaje que se le parezca. Dicen que el héroe principal es todo un símbolo: ; no necesitamos símbolos! ; queremos realidades, realidades! Esa escena con los molinos de viento, esa lucha con el moro encantado, ; son macanas, hom-

bre! ¡Son cosas que no pueden ocurrir en la vida real! El libro entero es una mala, muy mala novela por entregas. ¡Un folletón!...

Y guardó silencio. Estaba fatigado. Un círculo violáceo debajo de los ojos denunciaba la cólera secreta, el odio sordo, la envidia biliosa que debía horadarle noche y día las entrañas. Sus labios estaban secos y temblorosos. Bebió un vaso de agua y se calmó.

Después del ofertorio se alabó la obra de Pena. Alguien dijo que era la novela del año. Pero, apenas quiso generalizarse la conversación sobre este punto, cuando ya Noël la había desviado con habilidad.

—Lugones está escribiendo un libro, ¿saben ustedes? — dijo.

— Un libro de Lugones?

— ¡Ah, Lugones!...

— Lugones...

Este nombre era una especie de zona neutral en la beligerancia de todas las envidias; era algo así como una isla de paz y de silencio. Se tranzaba con él por una rara coincidencia en la alabanza. No era que todos aceptasen al escritor; muchos lo discutían en voz baja y otros, los menos, llegaban hasta pensar que no pocas de sus obras eran simples necesidades; pero ninguno se atrevía a decirlo por

que se le temía. Julián tenía observado que en todos los cenáculos, cada vez que alguien se sentía incomodado por el elogio que se tributaba a otro, torcía la conversación con esta tangente al uso de todos:

— Lugones va a publicar un libro,

¿Lugones? Ah! bueno...

Dos horas después la reunión se disolvió. Julián se encontró solo en medio de la calle. Una tristeza infinita le acometió.

— Mientras más recorro el mundo más vacío lo encuentro — murmuró.

Acababa de estar en compañía de la flor y nata de la intelectualidad. ¡Qué impresión de soledad le había comunicado! ¡Qué hondo desaliento había hallado en aquella juventud venida de todos los ámbitos de la república, acaso como él con el ansia secreta de brillar en Buenos Aires!

Fiel espejo de un estado de postración irremediable, de mezquindad exigua, era la producción literaria que se derramaba en diarios, en libros y en revistas. La poesía íntima estaba de moda. Había llegado de París junto con las sedas, los guipures, la media de etamine, los polvos de arroz y las esencias de Coty. Como todas esas cosas, trascendía a secretos de boudoir y, a veces, de alcoba. Fría, elegante, remilgada, la poesía se había

puesto coloretos, se pintaba lunares, se vestía con un ropaje de clown hecho de frases obscuras, rebuscadas y estrambóticas, y se paseaba por Florida con corsé y cabellera postiza. Los poetas no nacían poetas: aprendían a serlo con recetas de academia. Tan presto traducían a los franceses, como se aferraban a imitar el onanismo literario de Samain. Lo último que se insinuaba era el «sencilismo», esto es, el empeño de parecer tonto. No ponían alma en sus producciones; las hacían con arte, como el repostero hace ojaldres o tocínillos del cielo. Torturaban, chaguaban la inteligencia buscando gongorismos absurdos para hacer flores de papel. En ocasiones, casi siempre, se reunían en pandillas que llamaban cenáculos y allí se emborrachaban con licores, con haschich, con opio, con morfina, con éter y con otras mil porquerías que elaboraban para ellos los laboratorios, en procura de sensaciones nuevas, de sueños paradisíacos. ¡Era un suicidio colectivo! El noventa por ciento de la juventud tenía la voluntad podrida, aguzanada por el vicio, la molicie y las prácticas criminales importadas de París.

No había signo de reacción en medio de aquella bruma de locura y de estupidez que hacía bohemios de Montmartre de enriquecidos con depósitos en todos los bancos y de personas cómoda-

mente apegadas a los presupuestos; y que hacía que las mujeres mismas dejaran los quehaceres domésticos para tornarse poetisas.

Los escritores de talento — y los había — despreciaban el teatro, que es el medio más directo de ir al alma del pueblo. En consecuencia, el teatro estaba en manos de saineteros y de revisteros sin escrúpulos. La revista era la forma más favorecida. Ella había matado toda la escasa producción honesta. Los revisteros se llenaban de plata y Florencio Sánchez se moría de hambre. Otros males más entraban al teatro: las cupletistas y las bailarinas. Los escritores de verdad que hubieran podido concluir con la pañota indigesta y grosera, con que se atosigaba al «gran público», huían y se refugiaban en el pasado, quien en la India de Buda, quien en la Grecia de Solón y de Pericles, quien en la Persia antigua, quien en la España de Felipe II, quien en las civilizaciones incásicas... Era un afán enfermizo de exhumar el pasado, de poner patas arriba todos los cementerios del mundo, de enfilar cadáveres y más cadáveres como si un viento de demencia les hiciera empeñarse en tornarles a la vida, en un horror espantoso al porvenir. Pensando en ellos subían a la memoria las palabras de Hammon: «El artista y el pensador que quieren hacer servir las formas del pasado, sea en arte, sea

en política, sea en economía, es un vencido de antemano. Retorna a los muertos porque es un muerto que se mueve en un mundo viviente».

Sintió en el alma un frío más agudo que el que le castigaba la cara mientras caminaba en dirección a su domicilio.

— ¿Es que el presente carece de interés? ¿Es que esta-América que dá trigo y lana al mundo entero no tiene un tema actual para sus intelectuales? Ella, que llena los estómagos de Europa, ¿no tiene alma para sus hijos? ¿No son dignos de la estrofa sus amaneceres y sus crepúsculos? ¿Su sol no es un poema? Y sus talleres, y sus fábricas y sus colonias, y sus pampas ¿no suplican con ansias el ensueño y el ideal? Europa ha llenado con su nombre veinte siglos de la historia, pero todos los siglos que llegan pertenecen a la gloria de América!

Los ojos se le humedecieron de emoción. Crispó los puños como si se aprestase a una lucha tremenda, decisiva y, bien alta la cabeza, se dijo para sí con suprema decisión: — ¡Es necesario! Hay que orear este arte con viento de la pampa; hay que quemarlo con sol americano; hay que cortar sus llagas con el filo del arado; ¡Os hace falta vitalidad de hierro y perfumes de sudor, cenáculos de llorones abito de hartazgos! ¡Ya os daré

qué limar con vuestros dientes, raza de Cabal, de Alemán y de Noël! ¡Os daré a morder algo que no conocéis: la Vida!...

Al doblar una esquina, ya próximo a su casa, se dió de manos a boca con Victor Ferro.

— Buenas noches, señor Vargas.

— ¡Amigo Ferro!

— ¡Buen encuentro! Usted es el hombre que me va a ayudar en el empeño en que estoy metido — dijo Ferro estrechando la mano que Julián le había tendido.

Julián advirtió que tenía la diestra encallecida y no pudo ocultarle su sorpresa:

— ¡Cómo! — dijo — tiene usted una mano de... trabajo.

— Naturalmente — respondió Ferro riendo, — Como que soy herrero en los talleres de Wilson and C.^o

— Ah! sí; recuerdo que la última vez que lo ví, me dijo usted que ya no estaba con Sall.

— No me rozo con ladrones, amigo. Ahora soy herrero, un buen herrero.

— ¡Y los estudios?

— Quedaron para mejores tiempos. ¡Son muy caros los estudios! A veces cuestan la dignidad y la altivez.

— A la verdad.

Echaron a caminar hacia el Puerto y siguieron conversando. Julián no sabía explicarse por qué se hallaba alegre al lado de aquel joven.

— ¿Qué empeño es el que le preocupa?

— Estamos organizando una universidad obrera. Su propósito es, como puede suponerlo, instruir al pueblo por medio de conversaciones, de conferencias, de cursos y de lecturas al alcance de todos.

— Excelente idea.

— Por supuesto que su realización exige celo y desinterés. Los cursos serán gratuitos.

— ¿Quiénes le ayudarán?

— Todos los que tengan deseos. De usted espero una cooperación decidida.

— Cuento con ella.

— Gracias. Hará una obra patriótica. Fíjese usted que en las fábricas y en los talleres numerosos obreros desean, ansían aprender alguna cosa, emplear sus ocios en estudiar algo que les ilumine la inteligencia. Han esperado hasta hoy que las universidades del Estado les llamen y les abran sus puertas, pero eso no ocurrirá. Los intelectuales del país entero sólo se acuerdan del pueblo en épocas de elecciones. Pasado ese momento le olvidan y le escarnecen. Y es una injusticia, señor Vargas; el pueblo tiene alma; crea, trabaja,

produce, pero también tiene sueños, quimeras y una sed infinita de ideal.

— ¡Y todos le olvidan! Es cierto.

Mientras Ferro seguía hablando cada vez con más entusiasmo de la obra proyectada, por el espíritu de Julián pasaban una tras otras imágenes en las que antes no había reparado. Veía las multitudes en mentingues de protestas, ora desfilando silenciosas, ora tumultuosamente con los puños levantados, con el gesto amenazante. Después hallaba en los talleres y en las fábricas, cárceles sin barrotes en las que aquellos héroes elaboraban valores para asegurar la existencia de todos los parásitos, incluso aquellos que en las esferas del gobierno se decían sus legítimos representantes. Una piedad infinita colmaba su alma, ansiosa de justicia, pensando en la labor que le estaba reservada en aquella obra redentora. ¡Bajaría a la vida! Y la vida, la vida sana, fuerte, robusta, que no había podido encontrar ni en los salones, ni en las aulas, ni en los círculos en que los rebaños del arte hacían reputaciones y gloriolas, vendría a él como una bendición, como un lampo de luz desde el alma del pueblo. Un mundo nuevo, de más vastos horizontes, se le abría de repente. Su poema, aquel poema que pulía y rectificaba cada día en su cerebro, temblando a veces al pensar

que su palabra no lo expresaría nunca ¿ no era, tal como lo había concebido, un canto cósmico al porvenir del pueblo? ¿ Para quién, pues, sino para él debía ser todo el amor que le llenaba el alma? Hermano en el dolor ¿ para quién sino para él debía ser toda la ternura de que se sentía pleno y de que no pudieron despojarle los sucesivos desencantos de la vida?

Después de una hora larga de vagar con Víctor Ferro, por el Paseo de Julio, azotados por la ráfaga invernal, se separaron.

En el umbral de su casa se detuvo y murmuró:

— Ya tengo a quien amar. ¡ El pueblo! He ahí mi nueva prometida. ¡ El pueblo!

La luz de la mañana se aguzaba por el resquecio del balcón cuando Julián se despertó. Desde la calle llegaba hasta él un confuso rumorear de voces y de ruidos.

En lo primero en que pensó fué en el billete de Ernestina. Se levantó, lo extrajo del canasto y se tumbó de nuevo. Quería releerlo despacio, serenamente, como quien desea paladear una golosina deleitosa.

— ¡Todo se acabó! — suspiró luego con suprema resignación.

No quiso suponer que al escribirle aquellas líneas Ernestina hubiese obrado amenazada por los suyos. No; eso era inadmisibile. Aún cuando ella misma viniera a decirle que había obedecido a la presión, aún cuando ella misma se lo jurase, de rodillas, por lo más sagrado de este mundo, no se lo creería. Admitir excusas era restar eficacia a la tortura ¡y él necesitaba torturarse! A la ma-

nera de aquellos rudos montoneros que curaban sus heridas con la aplicación de un hierro enrojecido, él había de curar su dolor con el martirio. El sufrimiento era para él una fuente de placer. Gozaba con sus penas. Solazábase a momentos magnificando su desgracia o presintiendo nuevas desventuras. ¡Así vinieran todas juntas de una vez para oponerles el escudo de su pecho! Mientras más recio fuera el contratiempo más valiente le hallaría, que así mientras más rudos son los golpes del martillo más alto canta el acero sobre el yunque. No se detenía a averiguar de dónde provenía su coraje; tal vez de la gimnasia de la vida que había retemplado su voluntad; tal vez de los antecedentes ascéticos de la raza; del estoicismo inflexible de los Vargas, que, no pudiendo castigarse con la disciplina y el cilicio, se sometía a la tortura espiritual.

Ardió en deseo de vengarse de aquella hembra veleidosa con una venganza tan terrible que alcanzara a toda su familia. No acertaba a imaginar cómo sería, pero la quería fina, sutil, casi incorpórea, como una daga invisible que le penetrase al corazón, que se quebrase en él y que la hiciera sufrir hasta la hora de su muerte. Estirado sobre el lecho en desorden, sumido en un marasmo de indolencia inusitada, su imaginación calenturienta

discurría en su proyecto con un refinamiento florentino. Urdió una historia. La escena acontecía en el Colón, en una noche exactamente igual a aquella inolvidable de la audición de Iris. De repente, al terminarse el Himno al Sol, un incendio voraz, devastador estallaba en plena sala. Las llamas iluminaron el recinto; luego se hizo una obscuridad espantosa, llena de una humarada acre y espesa. Intremezclados con los lamentos, los gemidos, los llantos y las imprecaciones de las gentes, debatiéndose en un batallar dantesco con la muerte, se oía el fragoroso derrumbe de los muros y el crugir de las maderas mordidas por el fuego. Julián, de pié, en medio de la terrible confusión, no perdió la serenidad. La llamarada de un fusible clareó el palco de Soler. Fué recto a él, tomó en sus brazos a Ernestina, agónica, asfixiada, con las ropas ardiendo, cruzó un pasillo colmado de cadáveres, saltó desde el último tramo de una escalera en ruinas, dió con la salida después de una lucha desesperada y atravesó, el pecho erguido, alta la mirada, por entre la muchedumbre que llenaba la plaza. La multitud al verle se estremeció como una selva conmovida por el viento.

— ¡Es un héroe! — murmuró con suprema admiración.

Y de inmediato, una voz sin sonidos, una voz

que parecía venir desde trescientos años atrás, desde la tumba de don Borja, acaso desde la España de los tiempos heroicos, respondió a la multitud:

— ¡ Es un Vargas !

Los padres de Ernestina estaban derrotados; pero él no quiso aprovechar de su victoria. La renunció con un ademán solemne de su brazo. Y se alejó del siniestro con paso firme, seguro de haber envenenado varias vidas, gozando íntimamente su terrible venganza ¡ con qué fruición y con qué perfidia de inquisidor o de demente !

Consultó su reloj. Eran las ocho. Y se levantó exclamando:

— ¡ Aún soy un niño !

Una noche, la víspera de los exámenes finales en la Facultad de Derecho, Julián se fué a comer con Marcos y su esposa.

Celia había salido de compras al atardecer y demoraba. Julián y Marcos se sentaron a esperarla en el consultorio. Charlaban sobre cosas diferentes. De modo inesperado la conversación recayó sobre Boillot.

— ¿No has vuelto a verle? — preguntóle Marcos.

— No. No sé si está vivo o muerto.

— Vive. Pero no está en el país; está en el Brasil.

— En el Brasil?...

— Sí. Días pasados fuí llamado por un abogado para que atendiera a su esposa. Mientras esperaba en el gabinete de trabajo del letrado, se me ocurrió hojear uno de los tantos expedientes que estaban encima de la mesa. De repente tro-

pecé con uno caratulado así: « Josefa P. de Boillot contra Luciano Boillot — Divorcio y separación de bienes ».

— ¿ Eso viste ?

— Espera. Cuando apareció el letrado no pude resistir a la tentación de pedirle que me explicase aquello. Y me lo dijo todo. Boillot se había casado con la hija de un banquero, y desde el día de sus nupcias le dió una vida tan insoportable que ella se fugó del hogar conyugal y se asiló en la casa de su padre. Cuando esto ocurrió ya le había dilapidado toda su fortuna. No se detuvo ahí. Parece ser que amenazó al banquero con un escándalo mayúsculo sino arreglaba aquel asunto mediante una gruesa suma de dinero. Pero, al mismo tiempo que esto sucedía, Boillot era acusado por un negocio turbio en el que aparecían complicados el doctor Sall, uno o dos políticos de campanillas y el director de « El Diario Moderno ».

— ¡ El Director !

— El Director; no te asombres. El abogado tomó con tanto ahinco la defensa de la señora de Boillot, que no tardó en conseguir una orden de prisión en contra de su esposo. No pudo ejecutarla porque éste se ha fugado al Brasil.

— ¡ Canalla ! — ¡ Siempre ha de escapar a la justicia de los hombres ! — exclamó Julián crispando los puños.

— Todo se castiga en la tierra, Marcos. Todo aquello que es contrario a la salud y a la vida, en la vida se castiga, tarde o temprano.

— Sin embargo, el mundo está lleno de bandidos coronados. No hay un pillo que no sea reverenciado y colmado de dignidades y de honores. ¡Dan ganas de imitarles, hombre! ¿De qué sirven la virtud y la honradez sino de estorbos? — concluyó con un gesto de impaciencia.

Pero Marcos le puso una mano sobre el hombro y le dijo con tono sosegado:

— Existe una justicia. Boillot ha sido castigado como lo serán mañana Sall y la Mirabel.

— ¿Castigado?

— Está en la miseria!

Celia apareció en la puerta.

— ¡Qué oportuna su visita, Julián! — exclamó estrechándole la mano.

— ¿Por qué, Celia?

Celia se quitó el sombrero y el abrigo y le respondió con precipitación:

— Acabo de estar con Ernestina.

— ¡Con Ernesfina! — exclamó Julián.

— ¡Cómo! — dijo Marcos. — ¿Ella te habló?

— Sí; perdóname el atropellamiento con que habló. Julián es hombre y no se morirá por una noticia dada así, de golpe, como un escopetazo.

— ¡Vaya! — dijo Julián.

-- Nos encontramos en Gath y Chavez. ¡Pobrecita! Está delgada, casi desconocida. ¡Los sufrimientos, Julián! Me vió, vaciló un segundo y corrió hacia mí con los brazos abiertos -- ¡Celia! — exclamó. Y nos abrazamos. Ni sombra de rencor. Me preguntó cómo me iba, si era feliz con Marcos.--Y, después de responderle, le pregunté, a mi vez, por sus asuntos. Se puso pálida. Sufre horriblemente.

— ¿Te habló de Julián? — le preguntó Marcos.

— Sí; no ha dejado de amarle ni un instante. Oigalo bien, Julian: le ama.

Julián sonrió con excepticismo.

Celia hesitó un momento. Luego miró a todas partes y dijo con misterio:

— No es indiscreción, Julián, ayer tarde ha ido a su casa a buscarle.

— ¡A mí!

— Sí.

-- ¡A buscarme?

— Sí.

— ¡Ella! ¡Ernestina!...

— Sí, sí. Ha ido a su casa porque desea hablarle... No le ha hallado...

Julián no salía de su sorpresa. Inquieto, tembloroso, miraba a Celia y a Marcos, con los ojos desorbitados.

— ¡Ernestina en casa!...

— Sí — reiteró Celia — Sí. Ese billete que le ha escrito días pasados... le ha escrito ella ¿verdad?...

— Verdad.

— Ese billete ha sido escrito por ella misma, pero obligada por el coronel. Créalo. Es la pura verdad, Julián.

Julián seguía desconcertado, atontado por aquella noticia inesperada.

— ¡Dios mío! — murmuraba. — ¿Qué hacer? ¿Qué pensar de todo esto? Si yo pudiese ir a su casa... hablaría con sus padres... les expondría la situación, les convencería... No sé que hacer.

— ¡También ese imbécil de Croce es un porfiado a prueba de desaires! — exclamó Celia. — Exije que se fije fecha para el casamiento, quiere casarse ahora mismo para emprender viaje a Europa.

— ¿A Europa? — interrogó Marcos.

— Sí; a Europa. No sé como un hombre puede casarse con una mujer que no le quiere.

— Oye, Julián — dijo de pronto Marcos — ¿por qué no haces como hice yo?

Julián le miró con espanto.

— A veces lo he pensado.... pero no puedo ¿qué quieres que te diga? ¡No puedo!

Bajó la cabeza con desaliento. Tras una pausa prolongada murmuró:

— Mejor es que renuncie. Acaso esta actitud de Ernestina no sea más que la última escena de una farsa. En el mejor de los casos, esto es, si me quiere de verdad, mi porvenir es tan incierto que corro el riesgo de no hacerla dichosa. Y para no hacerla feliz mejor es que renuncie.

Suspiró con honda pesadumbre y terminó:

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Los exámenes habían comenzado.

Los patios y los pasillos de la Facultad estaban llenos de estudiantes, prestos a comparecer a la presencia del tribunal examinador. Algunos hesitaban; no estaban bien «preparados» y sospechaban que era mejor postergar la prueba hasta los exámenes de Marzo. Otros, que no estaban en mejores condiciones pero que eran más audaces, se presentaban con desenvoltura y desparpajo y con frecuencia tenían suerte y «la pegaban», como decían ellos, bien fuese porque les tocaba la única bolilla que habían leído, bien porque el disparatar más o menos pintoresco moviese a compasión a los profesores.

Julián dirigió una mirada a aquellos muchachos en plena juventud y le pareció que un aburrimiento y una tristeza infinitos sombreaban sus miradas. Estaban allí como en una prisión. Aquellos tribunales que eran como unos cancerberos que

guardasen las puertas de la vida, de la salud y de la alegría, no dejaban salir a nadie sin observarle el pasaporte. Casi todos los estudiantes habían comenzado a estudiar sus materias un mes antes de que se instalaran las mesas examinadoras. En el trance definitivo torturaban el ingenio en la búsqueda de algún recurso que les permitiese obtener la promoción sin mayor esfuerzo. Adulaban a los profesores. No eran pocos los que constituían comités «universitarios» para ayudar con su «capital político» y moral las ambiciones de aquellos que se dedicaban a la política, que eran casi todos. Inventaban procedimientos tramposos para engañar simulando preparación. Hasta sobornaban a los empleados administrativos para alterar las clasificaciones obtenidas.

Julián, que hasta entonces había visto aquello como la cosa más natural del mundo, recapacitó dolorosamente. Era aquella la juventud que en un porvenir próximo invadiría las cámaras, los parlamentos, los tribunales, las universidades, los palacios de gobierno. ¿Qué haría entonces? Indudablemente desparramar las artes adquiridas bajo la influencia de una pedagogía oficial practicada por mercenarios. Ya era esta una cosa observada en la realidad. Tanto la educación del Estado, como la educación religiosa, estaban lejos, pero muy

lejos de la vida; eran contrarias a la vida. Por ello era que lo que en el choque con la vida tenían que hacer los hijos de la educación estadual era violar las leyes positivas, y que lo que tenían que hacer los hijos de la educación religiosa era violar los cánones.

Una voz que le era conocida le cortó el soliloquio. Se dió vuelta. Juan Antonio Soler estaba a su lado y le hablaba como antes, como en las mejores épocas de su amistad.

— ¡Tanto tiempo sin verle! — murmuró Juan Antonio, estrechándole la mano,

— Así es. ¿Qué es de su vida?

— Aquí me vé. Acabo de presentar la tesis.

— Le deseo un éxito brillante.

— Gracias. Ya sabrá que me caso?

— ¡Que se casa!

— Eso mismo. Tan luego como rinda la tesis.

— ¿Con quién? ¿Se puede saber?

— Con Emilia Gondra.

— ¡Con la señorita Gondra! Una excelente niña.

— Gracias. Siempre amable usted.

— Hago justicia.

— De seguro, le extrañará todo esto; pero la vida es así. Corre el hombre en busca de la felicidad, se engaña con una ilusión cualquiera y la

sigue y se afana en alcanzarla, y es solo cuando la ilusión se desvanece, cuando la pierde, que se da cuenta de que no era esa la que le convenía. Así ha sucedido conmigo. Sólo después que Celia se perdió pude advertir que la mujer que me convenía era la Gondra.

Hubo un momento de silencio, Juan Antonio prosiguió en medio de una risotada:

— ¡Las locuras de la juventud, amigo Vargas! Aquí, para los dos, yo nunca estuve enamorado de Celia Sánchez; se lo juro. Creía amarla, pero en realidad, no era así. Me hubiera casado con ella sin saber por qué... por seguir la corriente... por espíritu de imitación, por no ser menos que otros que se casan por idénticos motivos. ¡He ahí toda la verdad! ¡Y aquel duelo! ¿Quiere usted una farsa más ridícula? En el primer momento, cuando recibí la noticia de la burrada de Marcos, me enfadé porque, claro está, su acción no era la de un caballero; pero, después — ¡se lo juro por mi honor! — me batí solamente porque no dijeran que era un flojo. Fui al Jockey Club, y los amigos me dijeron: «debes reparar tu honor». Fui al Círculo de Armas, y los amigos me repitieron: «debes reparar tu honor». Y resolví batirme, esforzándome por hacer creer a todo el mundo y por convencerme yo mismo de que estaba indignado

por la acción de Marcos. ¡He ahí la realidad! —
concluyó, riendo de buena gana.

— Realmente, es usted un excelente amigo.

— ¡Fué una muchachada, ché! ¡Se lo aseguro!

— De modo que usted no guarda rencor a Marcos?

— ¡Qué he de guardarle, hombre! Dígale que le quiero como antes. ¡Psh! ¡No faltaba más!

— Se va a poner contento!

— ¡Perder un amigo como Marcos por unas faldas! ¡No hombre! Las faldas sobran en Buenos Aires.

Siguieron conversando de otras cosas. Juan Antonio refirió a Julián que desde el día del duelo con Marcos había adquirido una notoriedad inesperada en Buenos Aires. No hay mal que por bien no venga, gracias a aquella «farsa ridícula» Juan Antonio Soler era conocido y respetado en todas partes. Buenos Aires rendía culto a la bravura, sobre todo a la bravura que se manifiesta en los lances caballerescos en los que la habilidad de los espadachines hiere o mata fría y serenamente con el cálculo anatómico certero con que un médico maneja el bisturí. La valentía moral, la que radica en la conciencia, la que da aliento a los ideales, la que levanta el oriflamo de un ensueño y lo pasea victorioso por medio de la rutina y los

prejuicios, no se tenía en cuenta para nada. En cambio el coraje que ponía una espada o una pistola en manos de un duelista, ese confería dignidades, honras y títulos a los ojos de las gentes. Como el que da la simpatía lo da todo porque con ella se adorna a su sujeto de aquellas cualidades que más se aprecian, se contaban casos en los que la admiración hacía un héroe de lances con padrinos, lo había convertido en hombre de talento y de vasta ilustración. Los ejemplos eran notorios.

El bedel avisó a Julián que le llegaba el turno en la mesa de ciencias políticas. Se separó de Juan Antonio con un abrazo y se aprestó a la prueba.

Le aplazaron. Le aplazaron sin justicia, por capricho, so pretexto de que no había sabido definir la naturaleza del Estado. Uno de los profesores sostuvo que merecía tres puntos; pero los otros dos sostuvieron y decidieron por mayoría de sufragios que merecía uno solamente.

Abrumado por el contratiempo, Julián se retiró de la mesa trabajando por explicarse qué importancia decisiva para la salud mental podía tener aquella cuestión, ardua para sus maestros, que fijaba su capacidad en un punto. ¿Qué criterio, qué cálculo infinitesimal permitía asegurar que su preparación

en ciencias políticas equivalía a uno? ¿Por qué no a uno y medio, o dos, o más? ¿No era una arbitrariedad decir: «éste merece un punto; aquél merece cinco»? El resultado de esta práctica mecánica, de esa rutina absurda, era el de que todos los estudiantes trabajasen sólo por obtener puntos y no para investigar la verdad científica que no se premia ni se mide por números fijados al azar o por capricho. Así se iba a las mesas con el ansia del punto; se soñaba con la clasificación. Aquellos rostros que estaban allí, junto a la puerta, escrutando los más mínimos gestos de los profesores, cansados, fatigados por los insomnios pasados sobre los libros en el atracón de estudios que se daban todos un mes antes de los exámenes, no veían otra cosa que una cifra, el punto de promoción. Pasado aquel momento arrojábanse los libros con desprecio y se tornaba a la vagancia.

Salió del aula y tropezó con Serna. Este le dijo con hiriente perfidia:

— ¿Te convences de que no eres nadie para luchar con el doctor Rivolta?

Julián se puso pálido de ira.

— ¡Abyecto! — le gritó; y, mordiéndose los labios, le derribó de un puñetazo.

Mientras se alejaba por la calle Moreno hacia Defensa, las palabras de Serna le explicaron la

causa del fracaso. Y se sintió aliviado. No era que no hubiese sabido su materia; era que Rivolta, aquel servidor a sueldo del Estado, se vengaba del autor de la campaña de crítica sustentada en las columnas de «El Diario Moderno»; era que aquel descendiente de menospreciados comedores de polenta, incapaz de sentir el orgullo fiero, hermoso e irreductible que a él le habían transmitido los Vargas del solar español, quería dominarlo, vejarse y humillarlo para acabar de una vez con la entereza y el valor que le habían inducido a decir la verdad sin titubeos, lleno de un santo amor a aquella casa de estudios y de una íntima adhesión a la justicia.

El recuerdo de los suyos le asaltó. ¿Qué les diría a ellos, que no tenían otra esperanza que no fuera él? Les podría convencer de que el aplazamiento era la obra de un hombre disgustado con él a causa de una campaña de depuración moral... pero en ¿qué se iban a remediar con esto?

Ocurre con frecuencia que en un régimen pedagógico que sustituye la investigación científica y el deseo de saber por el afán de los diez puntos hasta el extremo de premiarlo con una beca de perfeccionamiento o con una bolsa de viaje, se forma una categoría de estudiantes que hacen un sport de las clasificaciones. Para esos estudiantes

la gloria toda entera consiste en obtener las más altas notas en todas las materias. Julián era de esos. Sus libretas estaban atestadas de altas clasificaciones. Hasta las del seminario de Loreto y las de Santo Tomás estaban llenas de «óptimus» y «beneméritus». El contratiempo de aquel día quebró de un solo golpe aquella serie de éxitos de estudios. Aquel uno era una afrenta, era una mancha que afeaba su carrera, su vida misma. Toda su personalidad moral se resintió con aquella nota exigua y deprimente. ¡Un «uno», un «uno», en su foja de estudiante! ¡Oh, era vergonzoso!

Esta circunstancia se vinculó al recuerdo de los suyos y le determinó a pedir una reconsideración reparadora. Pensó ver a Rivolta; pero rechazó la idea. Entonces se acordó de Greco, aquel hombro barbudo y bonachón, que a veces se permitía darle bromas. Tampoco le satisfizo del todo por la razón de que Greco había formado parte de la mesa examinadora. ¿A quién vería entonces? ¡A Guezález! Aquel Guezález a quien había conocido en Córdoba en el seminario de Loreto y que después de abandonar los estudios eclesiásticos se había hecho abogado, era ahora profesor de la Facultad y, aún cuando se habían reconocido, Julián no le había pedido nunca nada. ¿A quién mejor que a él podía recurrir en aquel trance? Claro que iría a verle.

Guezález le recibió con amabilidad en el vestíbulo de su suntuosa mansión de la calle Venezuela. Julián le expuso lo sucedido y concluyó diciéndole:

— Tu comprendes, ¿yo necesito que me ayudes a reparar esta situación en alguna forma.

— No se me ocurre ninguna... — respondió Guezález rascándose la nariz según sabía hacerlo siempre que tenía alguna dificultad.

— Puedo pedir reconsideración... — observó Julián.

— Reconsideración... difícil, difícil. Cuando Rivolta toma una medida no se vuelve atrás.

— Puedo rendir un nuevo examen, ahora mismo. Conozco la materia, te lo juro.

— ¡Caramba! Eso es más difícil aún. La mesa no puede reunirse más toda vez que ha terminado sus tareas. Sería incorrecto; sentaría un mal precedente.

Dijo, y se quedó mirando a Julián mientras hacía repiquetear los dedos sobre un mueble.

— De modo que nada puedes hacer por mí...? — preguntó Julián, poniéndose de pie y cogiendo su sombrero.

— Siento tener que decirte que nada puedo hacer por tí. Pero no te marches tan pronto, siéntate. ¿No tomarás un fresco?

— No; me marchó — respondió Julián con sequedad.

Guezález tuvo una idea.

— ¿ Por qué no hablas con Rivolta? — preguntó:
— Rivolta es un buen hombre y si le pides algo te lo ha de conceder.

— Hombre, eso podrías hacer tu por mí.

Guezález vaciló.

— Me comprometería — observó después.— No me atrevo.

Luego, levantando su voz en tono de censura, añadió:

— Pero hombre, ¿ quién te metió en esa famosa campaña contra la Facultad de Derecho? ¿ Qué te indujo a gritar en «El Diario Moderno» que Rivolta era un tirano que hace y deshace en la Facultad; que emplea a su familia y a sus clientes; que da cátedras a personas que escasamente saben leer y escribir; que dicta ordenanzas ridículas; que aplica una pedagogía irracional; que hace de la Facultad un comité político y que sé yo cuantos dislates más? ¿ Quién te metió en eso?

— ¡ La verdad y la justicia — replicó Julián.

— ¡ Falso, Julián! Te ha inducido el director, que es íntimo de Benjamín Sall.

— ¡ A mí no me induce nadie!

— No sabes lo que dices. Sall aspira a una cá-

tedra desde hace tiempo y como no se la dan grita y chilla. Eso es todo. Tu chillaste por él, injuriaste y calumniaste por él.

Julián se indignó.

— Aunque Sall se muriera nada me haría callar. He de hablar ahora más alto que nunca.

— No lo harás.

— Lo haré.

— No lo harás. Sall ha obtenido su cátedra hace dos días. «El Diario Moderno» guardará silencio.

— Ya lo veremos.

Guezález puso una mano sobre el hombro de Julián y le dió consejos.

— Tu no conoces la vida ni quieres conocerla. Haces mal. ¿Qué te obliga a tí a crearte odios y enemistades? Lo mejor, lo práctico, es vivir de acuerdo con todo el mundo. Nada de rozamientos, nada de violencias. Si tu fueses capaz de reformar el mundo, santo y bueno, pero como no lo eres ¿a qué gritar, a qué romperte los puños? Saca provecho de todas las cosas y deja la reforma de la sociedad para los apóstoles. No hay redentor que a la postre no salga crucificado. Has visto que el mundo no es un dechado de perfección y te dedicas a corregirlo ¿con qué objeto? ¿Quién te agradecerá tamaño servicio? Nadie, hombre, nadie. No

es buena carrera la de redentor. Por lo demás, todo empeño será inútil porque tu mismo, como buen criollo ocioso y amante del abolengo y del título, abandonarás pronto estos arrestos revolucionarios. Y es bueno que así sea.

Julián tuvo asco. Su situación en el mundo se le presentó de golpe con una claridad solo comparable a la luz que le bañaba.

Le dijo con rabia contenida:

— ¿Sabes qué es tu Facultad? El reducto del Estado. ¿Sabes qué es el Estado? Un fetiche a quien tu, Rivolta y todos los profesores rendís un culto hipócrita y le robáis la plata que él, a su vez, roba al pueblo. Curas y sacristanes, decís la misa y robáis el óbolo. Fingís adular al Estado hablando en oraciones ramplonas de los «grandes ideales», «del porvenir de la raza», de «la misión gloriosa de los universitarios», y no tenéis más ideales que los que dicen relación con vuestras panzas, y no pensáis más en la raza que en vuestros groseros apetitos, y, en cuanto a la juventud, la castráis, la achatáis, la mutiláis. Vuestra Facultad es una aplandadora que reduce a polvo el espinazo de la juventud. Los frailes hacen siervos para Dios; vosotros los hacéis para el Estado. ¡Quién hará los Hombres para la Humanidad! ¡Nada de rebeldes! ¡No creáis odios y enemistades; no griteis: apro-

vechad a todo y a todos! ¡Qué hermosa filosofía la de estos Viejos Vizcachas! ¡Sancho doctor!

Guezález se irguió:

— ¡Exijo más respeto!

— Lo mereces.

— ¡Estoy en mi casa!

— Sí. Y me voy para que no «te comprometas»...

Se encaminó hacia la puerta de calle y, mirándole con desprecio, le escupió una injuria:

-- ¡Cabrón!

Aquella misma noche proseguiría una campaña más violenta aún, contra los hombres de la Facultad. No bien llegó a la redacción se puso a escribir un suelto en el que iba a descargar todo su odio y su indignación. Estaba terminándolo cuando le llamó el director del diario.

— ...Este... vea, Vargas, esa campaña contra la Facultad...

— Está concluido el artículo para el número de mañana.

— ¿Sí?... Este... es una lástima, Vargas, porque he resuelto suspenderla definitivamente... ¿sabe, usted?

— ¡Suspender la campaña! Ahora más que nunca es necesaria, señor.

— Sin duda... pero los intereses del diario...

usted comprende? Sí, los intereses del diario. Suspéndala, suspéndala.

— Así se hará.

Julián comprendió que no había para qué insistir. Volvió a su sitio, hizo pedazos las cuartillas escritas y murmuró con profundo desencanto:

— ¡No hay hombres! ¡No hay hombres!

Eran las once de la noche cuando Julián se dirigió a la casa de la calle Bustamante. Dos billetes le había escrito Ernestina con intervalo de un día, suplicándole que fuese a esa hora para decirle «algo importante». Le esperaba en el jardín y allí podrían conversar a solas. Primero pensó no ir; pero después cambió de parecer.

La mansión de los Soler, bañada por la diáfana claridad lunar, parecía sumida en el silencio. Julián saltó por encima de la verja, a la altura de la avenida de eucaliptus y avanzó con paso cauteloso, ocultándose en la sombra de los árboles. El corazón le latía fuertemente. Llegó al mármol de Venus y se sentó en el banco de piedra, impaciente, tembloroso, escrutando a uno y otro lado con la mirada inquieta. Soplaban un aire suave en el vergel, estremeciendo el follaje de las plantas como en una misteriosa delectación de amor. Un perfume delicado lo llenaba todo. Sobre los blancos

hombros de la Venus el beso de la primavera abría los labios del rosal. Por encima de las mohorras de las verjas florecían las glisinias, y las coronas de novias parecían nevadas...

Un leve ruido de pasos en la arena le anunció la presencia de Ernestina.

— ¡Has venido!... — dijo ella por lo bajo.

Se miraron un segundo en un transporte inefable de pasión. Ernestina estaba hermosa, más hermosa que nunca. Un echarpe ligerísimo velaba apenas su garganta. Brillábanle los ojos con una luz extraña y su tez se sublimaba bajo el encanto de la luna. De su cuerpo trascendía un perfume capitoso que embriagaba los sentidos, como un licor divino. Julián fué presa de un vértigo invencible. Las bocas se buscaron, y se unieron en un beso largo, como si pretendieran beber de un solo trago toda la eternidad...

— ¡Julián! ¡Has venido!... — repitió ella.

— Me llamaste...

— Te supliqué; oyelo bien: te supliqué.

— Yo no debí venir.

— ¡Que no debiste venir?...

— Puesto que pronto pertenecerás a otro...

— ¡Oh, calla, calla!

— Pero es la verdad.

— Calla, Julián; no me atormentes más, ¿Aún

te parece poco el sufrimiento mío? ¡Oh, si tu supieras lo que sufro!...

Hubo un momento de silencio, lleno de suspiros. El la tomó la mano y se la cubrió de besos. Ernestina prosiguió:

— No esperaba verte aquí.

— ¿Por qué?

— Porque ya no me amas como antes.

— No digas eso, Ernestina.

— Antes me amaste mucho.

— Pero ahora te amo más.

— ¿De veras?

— Te lo juro.

— Hablame así, así. Dime que me amarás siempre, siempre, mi Julián.

— Hasta la muerte!

— ¡Hasta la muerte! No me abandones; ayúdame en todo.

El la rodeó el cuello con su brazo.

Entonces Ernestina, desfalleciente y abandonando su cabeza sobre el hombro de Julián, le musitó al oído, queda y misteriosamente:

— Quiero ser tuya...

Julián sintió un estremecimiento. La idea de la posesión cruzó por su imáginación; pero se sobrepuso. ¿Es que hay algo que obliga a las almas de elección a no descender nunca a las rea-

lidades de la vida? ¿Es que están condenadas a vivir eternamente en las alturas del Ensueño? ¿Es que están condenadas a contemplar el fruto sin poderlo probar, como aquel Tántalo atenaceado de la leyenda griega? Algo así como una malla de lazos invisibles le detuvo; era el deber, era el temor, era ese algo superior al grito del instinto y a las exigencias de los deseos vulgares que le había inculcado su moral ascética; era una ley que le obligaba a no aprovecharse nunca de las debilidades; era, en fin, un respeto, rayano en lo sagrado, hacia la felicidad ajena. ¿Labrar la desventura de otro ser en un instante de ceguera un Vargas? ¡Nunca!

La abrazó con pasión y la besó exclamando:

— ¡Serás mía! ¡Mía para siempre!

— ¡Mi Julián! ¡Dime algo más! — balbuceó ella. — ¡Bien mío!

— ¡Mi tesoro!

— ¿Volverás a verme?

— Volveré...

Y tornaron a guardar silencio.

La estatua de Venus sonreía bajo su dulce cargazón de rosas...

Cuando volvió a su habitación, una preocupación laceraba el alma de Julián. Recriminábase su falta de hombría y, al mismo tiempo, pensaba con amargura que todo lo que en él era pasión, amor

puro, sin mezcla de materialidad, en Ernestina era deseo, nada más que el grosero deseo de la carne. ¡He ahí la realidad! Ella no amaba en él a Julián Vargas, no; amaba el placer de la materia, nada más que el placer de la materia. ¡Qué tarde lo había comprendido!

Se sintió solo, sólo en el mundo, más sólo que nunca, en medio del yermo de las almas. Una congoja extraña le invadió y tuvo ganas de llorar.

Abrió al acaso un libro y leyó temblando de terror:

— Nadie comprende a nadie; nadie socorre a nadie; nadie ama a nadie.

XXVI

A mediados de Octubre los diarios porteños anunciaron el enlace de Ernestina con Croce. Algunas revistas publicaron el retrato de la novia.

Julián recibió la noticia con indiferencia. Hacía tiempo que había olvidado a aquella estatua sin alma. En el fondo, no era más que una hembra. Antes que dolor por ello le pareció sentir cierta alegría de liberado. Ernestina había sido hasta entonces el único lazo que le vinculaba al mundo. Habiéndola perdido se sentía suyo, todo suyo.

Se entregó con pasión a su arte, al poema inmenso que había concebido, y a la universidad obrera. Con qué fruición comenzó a dictar el curso de matemáticas en una casa de la calle México, sede de una sociedad de panaderos. Le pareció que nunca gozaba tanto, que nunca su espíritu se bañaba de ideal y de hermosura como en aquellas noches en que él, colocándose delante de un pizarrón, con la tiza en la mano, proponía un problema

y preguntaba quién sabía resolverlo. Aquellos obreros, fuertes, musculosos, pobremente vestidos, que sentían agitarse debajo de sus blusas azules las ansias de saber, se acoquinaban un poco, examinaban el problema con atención profunda y luego respondían con timidez:

— Yo, señor.

— Yo, señor.

— Vamos a ver. Venga usted — decía Julián señalando a alguno de ellos.

Le entregaba la tiza y se ponía a contemplar la operación.

A veces el discípulo se equivocaba y entonces volvía a su asiento mohino y pesaroso; pero Julián se apresuraba a alentarle:

— Ya aprenderá usted; tiene inteligencia.

Llamaba a otro.

Cuando alguno resolvía la cuestión, los demás le felicitaban.

— Estuviste bien.

— Buena cabeza tienes.

Julián amaba cada vez más al pueblo, a aquella masa anónima a quien llamaba Pueblo y a quien hacía un personaje para decir de él que era el creador robusto del porvenir de la patria.

Concluía su tarea y salía del local acompañado de Ferro conversando sobre todos los problemas sociales. Después corría a encerrarse en su habi-

tación De más en más, rehuía el trato de las gentes. Desde que se echó en los brazos del pueblo sentía germinar en su corazón un odio extraño hacia la alta sociedad, de la que se consideraba desalojado. Si hubiese sondeado su espíritu con absoluta despreocupación tal vez hubiera descubierto que su entusiasmo por la clase trabajadora se debía en mucho al deseo de hostilizar a la burguesía. Educar al pueblo, era, pues, una manera de hacer revolución.

Le placía la soledad. Días y noches enteras se lo pasaba solo, leyendo y cavilando. ¿Terror al mundo? ¿Deseo de no luchar? ¿Manera de conocerse a sí mismo? Esto parecía ser. Porque en la soledad, en el largo soliloquio, se veía, se reconocía, palpaba su ser y lo interrogaba. La soledad era un espejo que le devolvía su imagen. ¿Qué pequeña era su figura en la soledad del mundo, y, sin embargo, cómo llenaba ella el infinito y el espacio!

Mientras más se agrandaba el horizonte de su saber, mientras más se «veía» y se «encontraba» y se «conocía», más fiera se hacía su libertad y más odiosa se tornaban a sus ojos las cosas de la realidad. Pero al mismo tiempo y a medida que su espíritu se desligaba de todo, experimentaba el espanto del vacío. Entonces acudían a su me-

moria los rezos aprendidos en Santo Tomás, con sus nirvanas celestiales, con sus vagas ideas de supremo renunciamiento . . .

Pero reaccionaba enseguida. La religiosidad es, en el fondo, una abdicación. Ella justifica las actitudes inermes; favorece la vacilación, el miedo, la desesperanza que nace, en ocasiones, frente a la imposibilidad de vencer un obstáculo. Es una abdicación; y Julián no estaba dispuesto a declararse vencido. Salía entonces de su clausura y erraba por las calles hasta que detenía el paso delante de algún taller. El eco de los yunques le encantaba y le atraía. Era la voz del Pueblo; era el órgano del Pueblo. Veía por los resquicios a aquellos herreros que golpeteaban, en el incendio de aurora de las fraguas, fuertes, nervudos, negros de humo, bronceados por el calor, los hierros enrojecidos, y oía, a través de los muros el fragor de los motores que volteaban como si fuera un golpe de sangre, un torrente de sangre roja resonando en una aurícula potente, en el corazón enorme de la Vida. Auscultaba de este modo el pulso del mundo entero, se extasiaba con el canto del trabajo, y entonces se creía fuerte e invencible.

Pero una punzada en la espalda le interrumpió la tarea generosa. Marcos le aconsejó reposo y aún le recomendó una temporada de campo. En-

tonces resolvió marcharse a San Andrés por un par de meses.

Una tarde estaba preparando sus maletas para partir al día siguiente, cuando la puerta se abrió con suavidad y dió paso a una mujer. ¡Ernestina!

Julián se sorprendió sobremanera.

— ¡Cómo! ¡Usted aquí!...

— ¡Julián! — clamó ella tendiéndole sus brazos.

— ¡Se ha atrevido!

— ¡No me martirices!

— ¿En vísperas de su enlace se atreve usted a venir aquí? ¡Esto es terrible!

— Oyeme, Julián; no me trates así. Tutéame; soy tuya; quiero serlo en cuerpo y alma, Julián. ¡Qué desgraciada soy!

Dijo y rompió a llorar con desconsuelo.

Julián la miraba con enfado.

— Has preferido el oro de un patán a mi cariño; has querido jugar con mi amor y todavía insistes en esta farsa inicua!

— No; Julián, te adoro. ¿Qué culpa tengo yo de los actos ajenos? No seas injusto.

— No me amaste nunca; confiésalo. ¡Fuf siempre un capricho para tí! ¡Vete!

Crispó los puños e hizo rechinar los dientes.

— Vete; sal de aquí — añadió lívido de odio.

—Vete a buscar a ese asno de Croce que es el único con quien puedes unirte. ¡Hembra!

Ernestina se arrastró a sus plantas.

— ¡Julián! ¿Crees que una mujer de mi clase hace esto por un hombre a quien no quiere? ¡Te adoro! ¡Quiero ser tuya! ¡No me martirices!

Los labios de Julián se contrajeron en un rictus horrible. Tuvo un raptó de desesperación. Cogió a Ernestina por el cuello e iba a apretar, a apretar hasta ahogarla entre sus garras; pero de pronto se serenó y lo que fué a ser un suplicio homicida se trocó en un abrazo fuerte, violento, desesperado.

— ¡Mi Ernestina! ¡Mi Ernestina! — exclamó una y veinte veces, deshaciéndose en lágrimas mientras la besaba en la boca, en los ojos, en la frente y le componía la cabellera en desorden.

— ¡Mi Julián! ¡Así, mi Julián! — respondió ella, agazapándose entre el asilo de sus brazos, como si un extraño e inmediato peligro la amenazara.

De repente le dijo con decisión:

— ¡Róbame!

-- ¡Que te robe!

— Sí; róbase.

El hesitó. Luego le dijo:

— ¡Nunca! No puedo robarte.

— Sí, Julián.

Movió él la cabeza y reiteró con abatimiento:

— No; no puedo. No insistas, ni me preguntes la causa. ¡No puedo!

Hubo un instante de silencio. Ella lo interrumpió diciendo:

— Entonces... entonces...

El creyó comprenderla y se apresuró a expresar lo que creía que era su intención:

— Entonces te casarás con Croce...?

— ¡Qué cruel eres!

— ¿No es eso?

— No — repuso ella con energía. — Lo que quiero es que me mates. ¡Mátame!

Con un brusco ademán se desgarró la blusa mostrando el busto en descubierto. Le presentó la garganta y añadió:

— Ahógame como quisiste hacerlo hace un instante. ¡Mátame, mi Julián!

Julián le acomodó las ropas y le dijo llorando:

— ¡Vete, Ernestina! ¡No insistas, por piedad! ¡Vete.

Ella suspiró.

— Está bien; me iré.

El la abrazó sollozando y la cubrió de besos.

Ella se arrebosó, bajó la vista y se marchó, cerrando atrás si la puerta.

Cuando Julián quedó solo levantó los brazos.

— ¡Mi poema! ¡El pueblo! ¡La humanidad!
¡Connigo ahora! — gritó.

Pero no pudo resignarse a perder a Ernestina.

— ¡Ernestina! ¡No te vayas! — exclamó. Cogió el sombrero y salió corriendo en pos de ella.

Ya era tarde. Ella se había trepado a su automóvil y se alejaba con rapidez. El se echó a la carrera, como un loco; pero presto se convenció de que no le daría alcance.

Abrumado, anonadado, entró a una taberna y bebió hasta emborracharse.

Después volvió a su habitación. Era noche cerrada. Entornó la puerta y dejó que sus lágrimas corrieran libremente. Tenía muchas ganas de llorar.

— Nadie ama a nadie; nadie comprende a nadie — sollozó.

De pronto la idea de que hasta el mismo Dios le abandonaba a su suerte, le cegó de rabia y levantando los puños crispados hacia el cielo, prorumpió en injurias terribles.

— ¡Dios egoísta! ¡Dios imbécil! ¡Dios estúpido! ¡Dios...!

Buscó con dificultad la blasfemia que respondiera a su indignación. Al fin la halló:

— ¡Dios cobarde! ¡Dios de... — barbotó con una ferocidad salvaje, mientras rodaba sobre el lecho, convulsionado, mordiéndose los labios hasta reventárselos.

De súbito oyó un leve tintineo en el respaldar de la cama. Era el cristo del padre Liberato, de aquel padre Liberato que, gobernando en Córdoba, no había querido ayudarle y que ni siquiera había respondido a sus cartas. Julián tuvo una idea. Se levantó arrancó el cristo de un seguro golpe, abrió la ventana y lo arrojó a la calle.

Un año transeurrió.

Una garúa fina y persistente deshilaba su madeja sobre la urbe silenciosa, adormecida como bajo la influencia secreta de un encanto, en aquel atardecer interminable y melancólico de Octubre.

A través de los cristales empañados de la estancia penetraba la tristeza infinita del cielo ensombrecido. Flotaba en el ambiente un pronunciado perfume de humedad. El fuego muribundo de una chimenea ubicada en una esquina, iluminaba con débil y difuso resplandor el aposento. Afuera redoblaba el incesante gotear del agua del tejado sobre el patio, pausado y obsesante, como el tic-tac monótono de un péndulo.

En la calma desolada de aquella hora, las palabras de Julián, ora mansas y serenas, como un apostolado, ora trémulas, vibrantes, como cólera sujeta, como bárbara blasfemia abatida a flor de labio por un algo fatal e irreductible, ora lentas y

veladas, como el eco de una angustia sollozante, de un hondo desencanto, mañaban del fondo íntimo de su alma y adquirían la elocuencia sugestiva y extraña del momento.

Incorporándose en el lecho casi hasta tocar un retrato de mujer suspendido en la pared a la altura del respaldo, dijo en voz apenas perceptible:

— Yo sé que mi existencia está próxima a extinguirse. Quedamente, de la misma manera que se apaga esta lámpara agotada, yo siento que se apaga el aliento de mi vida. Por las manos, por los piés, por todo el cuerpo me invade, como un hálito invernal, el frío misterioso de la muerte. Es una daga helada y sutil. Vanas son tus palabras de esperanza, amigo Marcos; preciso es resignarse. Una extraña cobardía nos arredra y nos detiene en los dinteles de lo desconocido: es la vida que no quiere resignarse a claudicar. Pero, al fin, se reconoce lo inútil de toda resistencia, se rinde la esperanza, se concluye en la obsecuente sumisión del resignado.

— No hables así, Julián. ¿Por qué te martirizas sin motivo y sin objeto? Sanarás; te lo aseguro — clamó Marcos arrebozándole.

— ¿Sanar? He ahí una palabra sin sentido. Es un bálsamo, sin duda, para todo paciente que se aferra a la cobarde esperanza de vivir; es un con-

suelo piadoso para muchos; pero para aquellos que han llegado al estado espiritual en que me encuentro ahora, esa pobre palabreja suena a hueco.

— No, Julián; no es el amigo el que quiere alentarte en este trance; es el médico quien te habla de tu bien, de tu salud. Es él quien te lo asegura.

— ¡Oh, si no fuera por tí, Marcos, esto hubiera concluído hace ya tiempo! Después de todo, acaso hubiera sido lo mejor...

— ¡Desesperas!

— No, por cierto. ¿Qué más da? Ya no me inquieta como antes la idea de la ausencia. Es fatal, inevitable. No le temo, sin embargo. Hasta deseo que suene de una vez la hora final de mi existencia. ¡Que no tarde!

— No hables así. No te abandones. ¿Qué se ha hecho ese coraje varonil con que afrontaste los más rudos embates de tu vida? ¿Dónde están tus enjundias juveniles? ¡Ha llegado el momento de la prueba!

— Es tarde.

— Aún es tiempo. ¡Anímate, Julián!

— Estoy vencido. ¡Me siento derrotado!

— ¡No es verdad!

— ¡Me siento derrotado! ¿Para qué negarlo? Lo confieso humildemente — dijo, y suspirando

con esfuerzo, reclinó con abandono la cabeza sobre el pecho.

De improviso se erguió con energía y mirando el retrato con fijeza, en alto los dos puños crispados, como en un gesto de cólera impotente, exclamó:

— ¡Ah, si no hubiera amado como amé! ¡Ah, si hubiera nacido con una garra inflexible y sanguinaria en lugar de este corazón inútil y traidor!

— No te excites de este modo — suplicó Marcos — corriendo hacia él con un brevaje. — Bebe y cálmate — añadió, sentándose al borde de la cama.

El enfermo cogió el vaso con mano temblorosa, agitado todo entero, lo sorbió de un solo trago y se fué apaciguando poco a poco.

— Estás mejor?

— Mejor; gracias.

Tras un breve momento de silencio añadió con voz tranquila y sosegada:

— ¡Qué bueno eres, Marcos! Vivo aún no tan solo por obra de tu ciencia, sino por tu cariño fraternal. ¡Y pensar que jamás he de expresarte mi inmensa gratitud! No insistas en tu empeño porque es irrealizable; no te opongas al designio fatal de mi destino; déjalo que termine su tarea, que acabe de cumplirse: estaba escrito. ¡Ya estoy muerto! ¿Lo oyes? ¡Ya estoy muerto!

— Desvarías...

— Adivino lo que quieres decirme, amigo mío. Tu quieres prolongar una agonía ¿Para qué? ¿No comprendes que, aún cuando consiguieras con tu ciencia detener el progreso de mi mal, nada habrías conseguido en obsequio de la vida? Estar herido de muerte como estoy, es estar muerto. Y pues, no he de sanar definitivamente, mejor es que abandone mi sitio cuanto antes. Es de hierro mi dilema: entre morir ahora mismo o continuar viviendo como espectro, como sombra lejana de otra sombra, prefiero lo primero. No me niegues el derecho de elegir.

— La vida te reclama.

— ¡La vida me repudia! Han sido necesarios dos años de dolor para que yo comprenda que la causa de mi mal está en mí mismo. La vida me ha proscrito de sus goces, la vida me ha vencido porque, incauto y soñador, nunca supe darme cuenta de que ella solo otorga sus favores a los fuertes, a los rudos, a los que saben domeñarla a puñetazos, como domeña el bárbaro a la fiera. Fuí débil; ¡hé ahí por qué sucumbo! ¡Guay de aquel que no adiestre su pujanza! Tu, Marcos, que conoces toda entera la novela angustiada de mi vida, lee en ella una lección y aprende a aprovecharla: la vida es de los fuertes. ¿Oyes? ¡La vida es de los fuertes!

— ¡De los fuertes! ¿Eso dices? ¿Y el espíritu? ¿Y el alma? ¿Y el ideal? ¡Oh, no, Julián!...

— ¡El espíritu, el alma, el ideal!... Guárdalos en el reducto de tus puños. Imita a la montaña que sabe proteger el oro de su seno oponiendo la firmeza de sus pecho al embate de lluvias y huracanes. Yo no niego el ideal; solo digo que es bueno preservarlo del grosero comercio de los hombres. En la dura milicia de la vida amar un sueño y rendirle vasallaje, es señalar a los dardos enemigos el punto vulnerable. El glorioso privilegio de sentir que poseen las almas de elección es igual al de las valvas que poseen el divino secreto de las perlas. Oye bien este consejo: sé avaro de tus sueños. El ideal es más escaso que el diamante: por eso se cotiza como un don inapreciable. No lo muestres; no lo saques del fondo de tu arcón si no quieres que una turba de bandidos hambrientos de quimeras te asalte con el fin de privarte de tu bien. Has de perderte si publicas el secreto; has de perderte irremisible, irrevocablemente como aquel sacerdote del lejano país del Oriente misterioso de que habla la leyenda. Dedicado por completo a las obras de su sacro ministerio, daba tregua, sin embargo, a los afanes cotidianos y en cada atardecer, en la hora de

silencio en que el sol agonizante festoneaba de rubíes y topacios el filo de los montes, se vestía con el sayo del asceta y esquivando la mirada de los hombres, encorvado sobre el firme cayado de palasa, dirigíase al humilde retiro de una ermita levantada en lo más alto de una cima desierta y solitaria. Alejado del ruido de la urbe, bajo el claro y sereno resplandor de las estrellas, el extraño sacerdote entregaba su espíritu al reino de los sueños. Una banda de ladrones le atisbó, Aprovechando las tinieblas de la noche le asaltó profanando su sagrario. — Tu ocultas un tesoro; dadnoslo — dijo un bandido. — Morirás si no lo entregas — añadió otro amenazándole con una daga — ¡Decídetes, ladrón! — vociferó un tercero sacudiéndole con fuerzas. — El justo, temeroso, murmuró: — Ninguno tengo. — ¡Morirás! — No me dañes; ninguno tengo — Un bandido le asestó una puñalada. El religioso rodó bañado en sangre. De improvviso, un ladrón tuerto lanzó un grito:— ¡Yo veo su tesoro! — Los otros le rodearon con presteza. — ¡Inmenso es! — añadió el tuerto. Llena toda la ermita. — Donde está que no lo vemos. — ¡Es un collar de sueños engarzados con hilos de luz de las estrellas! — Los bandidos se burlaron. — ¡Es un loco! — exclamó uno. — ¡Un pobre soñador! — agregaron los demás, saliendo

de la ermita. — El tuerto se arrastró cabe el justo oribundo y le robó la cadena invisible de los sueños... El mundo está compuesto de ladrones: quimeras. Guárdalas, sacerdote que las tienes, en tu íntimo sagrario. Haz lo mismo que el cóndor en su nido: colócalas muy alto.

Un ataque de tos le interrumpió.

— Te fatigas demasiado; no hables más — dijole Marcos, prodigándole cuidados. — ¿Por qué no te duermes? El sueño te haría mucho bien.

— Pronto dormiré para siempre.

— Me apenas.

— Perdóname, querido.

— Con una condición.

— ¿Cual es?

— Que no hables más con tanto pesimismo.

— Lo prometo.

— Tan luego como sanes pondrás manos a tu obra.

— Mi obra!...

— Sí, tu obra, mi Julián. ¿La has olvidado?

Julián guardó silencio.

Marcos añadió:

— Tengo ansias de ver ya terminado tu poema.

tiremos a las sierras de Córdoba, a tus sierras, y allí le darás fin. Ahora descansa. ¿Oyes? Descansa. Voy a encender luz. Después avivaré el fuego de la chimenea para calentar un poco este aposento.

Cuando el halo amarillento y mezcquino de la lámpara cayó sobre la cara del enfermo, dos lágrimas brillaban en la sombra violácea de sus ojos.

— ¡Cómo! ¿Lloras?— exclamó Marcos sorprendido, anonadado.

— No... no lloro...

— ¡Julián! ¡Amigo mío! — dijo Marcos abrazándole en un raptó de ternura — ¿Por qué lloras?

Julián hizo un esfuerzo por erguirse. Luego dijo con firmeza:

— Bien está. Quiero sanar. Aún tengo fuerzas. Ayúdame, querido. Dime qué debo hacer. ¡Conquistaré la vida! ¡Quiero vivir! Una inyección. ¡Pronto una inyección!

— ¿Cierto?

— ¡Cierto!

— ¡Por fin! ¡Te reanimaste al fin! ¡Bravo!

— ¡Quiero ser fuerte!

— Lo serás. ¡Lo serás!—dijo Marcos preparando una inyección.

— Así, así — murmuraba el enfermo mientras se la aplicaban. — Me hace bien. Estoy mejor.

— Ahora descansa. Abrígate.

— Sí, Marcos.

— Déjame que te abrigue; a ver. Así, ves?

— Como a un niño.

— Como a un niño que fuese mi hermanito.

— Y que tuviese sueño y frío.

— Y que tuviese miedo — añadió Marcos.

Julián le acarició con una mirada tierna e indefinida. Luego insensiblemente sus ojos se plegaron y acabó por dormirse con blanda placidez.

La noche había caído. Amortiguados en las sombras llegaban a la estancia los ruidos de la calle. En la penumbra brillaban, como lágrimas silentes, las gotas condensadas en el esmeril de los cristales.

Marcos atizó el fuego. Cogió al acaso un libro y se dispuso a leer junto a la hoguera. Pero en vano sus miradas recorrían las páginas de la obra; su atención no se fijaba en la lectura. Las palabras del enfermo resonaban aún en sus oídos causándole una extraña inquietud. Clavadas las pupilas en el suave movimiento de las llamas que ardían a sus plantas relamiendo los leños crepitantes, casi inconscientemente, evocó la novela dolorosa de Julián. A su memoria subieron, unas en pos de otras, las escenas salientes de su vida;

iluminados por la diáfana luz de su recuerdo, animados, palpitantes de aliento y de calor, sus esfuerzos y sus luchas, sus brevísimos instantes de éxito y de gloria, sus sueños y esperanzas renovados de continuo, sus primeros tropiezos en la senda, el martirio de la angustia y la hora final de la derrota desfilaron por delante de sus ojos anegados de llanto y de emoción...

Contempló un breve momento las facciones de su amigo. Arrugas prematuras las surcaban como huellas de una fusta despiadada y un rictus de desdén y de dolor contraía con firmeza los pliegues de sus labios. ¡Oh, no era aquel el Julián de años atrás! Una sombra de tormento y de fatiga había reemplazado en su semblante a la belleza varonil y serena de otros tiempos.

Engolfado en sus recuerdos, una frase de Julián le preocupaba sobre todo: «la vida es de los fuertes». Ya la había oído decir a otras personas. Vinculada en ese instante a la suerte de su amigo le era necesario precisarla; pero en vano se perdía en un confuso laberinto de ideaciones. — La vida es de los fuertes, es decir, es un derecho de los fuertes. ¿Qué es lo fuerte? — se preguntaba en su mudo soliloquio. — ¿Ser fuerte es tener músculos de hierro? En tal caso la vida es un derecho de los brutos. El derecho es la razón, y por lo tanto

no se puede admitir que ella se niegue. Pero entonces ¿qué es lo fuerte? No queda otra respuesta: las palabras se refieren al espíritu. Lo afirman. Sin embargo, la desnuda realidad ¿no dá relieves de axioma irrefutable al fondo íntimo del cuento del extraño sacerdote que engarzaba sus ensueños con los hilos de luz de las estrellas? Cada vez más preocupado en presencia de su hondo interrogante, cada vez más enredado entre las redes sutiles de su razonamiento, Marcos se dijo con firmeza: — Responda la conciencia ¿qué es lo fuerte? ¿lo que vive o lo que muere?

Como rápida respuesta inesperada una voz ronca vibró en el aposento:

— ¡Julián Vargas!...

El cielo amaneció sereno y despejado. Un sol radiante brillaba sobre los tejados de la ciudad lavados por la lluvia.

Marcos trajo un coche y se dirigieron a Palermo.

— ¡Ah, si yo hubiera sido educado en la escuela de la vida! — murmuró Julián. — La he conocido tarde.

— Nunca es tarde—respondióle Marcos.— Ahora piensa en descansar... unos tres meses en San Andrés y te pondrás fuerte. Después volverás y darás término al poema.

— Sí; iré a San Andrés; ya lo he resuelto. Y, a propósito, me he olvidado de decirte que dentro de pocos días llegará mi madre.

— ¿Tu madre?

— Sí; me ha escrito. Dice en su carta que ha soñado que estoy enfermo de gravedad y que por eso se decide a venir. Yo no estoy muy grave ¿verdad?

— ¡Oh, no!

— Una congestión pasajera...?

— Nada más.

— Ahora estoy fuerte; ya me siento bien — dijo palpándose el pecho y el abdomen. — Tengo deseos de trabajar, de recomenzar la brega. ¡Ah, querido! Siento un alivio grande; un relámpago de alegría interminable alumbrá toda mi alma. Terminaré el poema. Y el poema será la glorificación del pueblo, de la humanidad entera. ¡Abrazaré entre mis brazos a toda la humanidad!

— ¡La humanidad!

— La amo, Marcos.

— Yo también.

— También tengo deseos de viajar.

— Sí, eh?

— De viajar por todo el mundo. Quiero recorrer la India para conocer sus selvas y los templos del Dekan; el Egipto para admirar sus pirámides, sus esfinges que hablan al presente desde tantos siglos del pasado; la Grecia con sus obras mutiladas, migajas de un festín de la belleza que no ha de renovarse: el Partenón, los templos; Italia, plena de calor, de luz y de alegría; España con sus castillos levantados por el esfuerzo de una raza, de héroes y de mártires con el íntimo deseo

— Eso sería hermoso.

— Pero a veces también pienso asilarme en un valle hondo, quieto, perdido en lo más íntimo de mis sierras y allí dejar que las horas y los días corran y pasen como el arroyo que mana de la vertiente y se desliza saltando por entre cantos rodados y zarzaparrilla sin saber a dónde va ni por qué corre. Yo no sabría nada del mundo ni el mundo sabría nada de mí.

El coche rodaba por Callao.

Julián pensó un momento; luego prosiguió:

— Lo que puedo asegurarte, Marcos, es que ya estoy liberado, ya soy mío. ¡Estoy inmune! Me parece que después de subir hasta el cielo y de contemplar el mundo en todos sus detalles he descendido a la tierra para cumplir mi misión.

Incorporóse en el asiento y añadió con viveza:

— Conozco la causa de mi desventura. ¡Ah, la conozco!

— ¡La conoces!

— ¡La conozco! Consiste en que he querido someter la vida real a los moldes ideados en el seminario de Loreto y en Santo Tomás. ¡He ahí todo! Si yo no hubiera pisado nunca al seminario de Loreto ni a Santo Tomás, yo tendría mi casa, mi hogar, mi cariño, acaso como tu...

Una nube pasó por su mirada; pero se sobrepuso y continuó:

— ¡Qué se le va a hacer! Arma débil ha sido la abstracción para vencer la vida! Yo no tengo la culpa de mi derrota. La vida sólo se aprende en la vida. Y la vida es, como tu lo has dicho — ¡con cuánto acierto, Marcos! — lo que da valor a la verdad y a la mentira; a la justicia y a la injusticia; al amor y al odio.

Tras una larga pausa continuó:

— Aquel bravío conquistador Don Borja Vargas de Luján me transmitió en su sangre el corazón de España. ¡Y España es Don Quijote! Imaginó su vida y la ajustó al deber; la concibió sencilla, simple, dura, fuerte, impenetrable y la aplicó a la realidad. La realidad destruyó el molde una y mil veces y una y mil veces la terquedad hispana lo rehizo. Contra el soñar de Don Quijote, armado caballero de su raza, los hechos reales se levantarán como molinos de viento, como batanes en la noche, como cohorte de ladrones, como rebaño de carneros. ¡Y Don Quijote es España! En un afán de iluminada ha recorrido el mundo glorificando la hidalguía, la verdad, la justicia y el honor. Y no ha podido aprender, la muy alucinada, que la vida no se ajusta a ningún imperativo. La vida no es hidalga ni es plebeya; no es justa ni es injusta; no es honesta ni es ladrona; no es sincera ni es mentirosa: es todo eso y es algo más: ¡la Vida!

Estoy pagando, hermano, esta ilusión, esta quimera generosa de mi estirpe. El grito de dolor que sale de la boca del último Vargas es la última quejumbre de España en tierra americana.

Sus ojos centelleaban. Temblaba todo entero.

Aún balbuceó:

— Mientras ella predica una moral de hierro en un mesón de malhechores; mientras levanta un ideal definitivo y, bajo sus pliegues, eleva al rango de princesas a sucias maritornes, la vida sigue su camino sin reparar en nada. He recorrido la Universidad, el foro, la prensa, los cenáculos, y los salones, y no he hallado nada. ¡ Nada! ¡ Nadie comprende a Don Quijote! Mejor es que se vaya. ¿Qué tiene que hacer entre aquella pobre gente, entre aquella raza dañada de Cabal, de Noël y de Alemán, que le detesta porque le hace sombra, entre aquellos cenáculos cuyos miembros se consagran genios para no aburrirse demasiado, y donde él es un «endehors»; en el tedio de los salones de la «haute», brillantes de oropel y vacíos de alma, o en la prisión en que la recua de Rivolta se asegura el puchero haciendo eunucos para el Estado?

Marcos le dijo:

— Bueno, Julián; no te impacientes. Tienes tiempo para trabajar y para vencer. Lo pasado pisado. ¡ A vivir ahora!

— Tienes razón, querido. La proa de mi nave hacia la vida! ¡Hacia la vida! Me parece que recién despierto a ella!

— Gocemos de la hermosura de esta tarde que nos anuncia la proximidad de la primavera.

— Primavera!

El veinticinco de Septiembre, al atardecer, Julián alquiló un caballo y se encaminó por la avenida Alvear, rumbo a Palermo. Al llegar a los lagos torció hacia la derecha y se internó en el bosque.

— Todos los años vendremos a ver nuestro monograma — dijo, recordando el juramento de dos años atrás.

Muchas noches, en sus horas de soledad, había pensado que Ernestina volvería de un momento a otro, que entraría a su aposento y que se amarían como antes... Ella se había casado con Croce y a la sazón viajaba por Europa. Pero él creía que en aquellos países ausentes y lejanos, tendría el pensamiento fijo en él como él lo tenía fijo en ella. Todos los días leía la crónica social de los periódicos con la esperanza de encontrar la noticia del regreso. Lo único que encontró fué la noticia del enlace de Juan Antonio.

Llegó al plátano y se apeó.

Con el crecimiento del árbol las iniciales se habían retorcido y deformado, como si un dolor muy hondo hubiese torturado la corteza.

Julián no pudo contener su llanto. En aquel sitio colmado de recuerdos, lleno de su amor, la congoja le abatió hasta aniquilarle. Tendió la mirada sobre el río y, en un instante de inesperado romanticismo, se imaginó que el agua que llegaba con un suave glú-glú hasta cerca de él, le traía un mensaje desde tierras lejanas.

Se marchó.

En el silencio de la hora solo se oía el chirriar de los grillos y el gemido de las hierbas destrozadas por los cascos del caballo.

— Si supiera por qué órgano se sufre lo cortaría de un solo tajo — se decía mientras se alejaba. — Así concluiría con esta pena que ni siquiera me permite razonar.

Se detuvo junto a una charca, no distante de una de las avenidas del bosque, colmada de agua por las lluvias recientes o por los desbordes del Plata. Descendió del caballo y se sentó en el tronco de un árbol derribado. Estaba fatigado y se sentía débil.

La luz del día se apagaba sobre la quietud solemne del paisaje; resbalaba la penumbra de debajo de los árboles con paso imperceptible y

parecía huir hacia el seno de la noche. En la orilla de la charca un sapo saltó al agua y el agua formó mil círculos concéntricos. El follaje se llenaba de sombras. De vez en cuando el volido de un pájaro o el caer de una hoja lo estremecían suavemente. En la avenida próxima roncaba de rato en rato la bocina de un automóvil o tintineaban los cascabeles de los arneses de algún coche. Los trémolos de los élitros y la oración de las chicharras serenaron el espíritu atribulado de Julián a la manera que otrora la oración olvidada se lo llenara de paz y de sosiego.

Sintió una sed devoradora de creer en algo, de amar algo. Quiso orar y no pudo. Las plegarias que recordaba carecían de sentido. Buenos Aires, la sirena falaz que le encantó para inmolarle, le había depojado de sus fuerzas afectivas, le había cegado los ojos del alma y le había lanzado por la senda de la vida con una noche perpetua en sus pupilas. Estaba mutilado. Su fe, sus esperanzas, sus ensueños, sus secretas ambiciones de grandeza, todo se había marchitado al agotarse las fuentes del amor.

La idea de ausentarse, de abandonar para siempre Buenos Aires, le obsedió. En la meditación adquirieron relieves sus recuerdos y contempló de

... ágenes ausentes. Cerró los ojos,

evocó el terruño de los Vargas. Nunca como entonces se sintió más ligado a los trescientos años de su historia. En su evocación llegaba a San Andrés subiendo por el camino de una colina que oculta la aldea a los ojos del viajero hasta poco antes de llegar. Ya aparece la copa interminable de una alameda que en invierno, deshojada y batida por los vientos, da la idea de un malón... Llega al fin de la cuesta; ya está arriba de la colina y aparece de golpe todo el poblacho con sus casita encaladas, diseminadas en torno de un templo secular, envueltas en jardines y huertos que la primavera corona de flores y de frutos. Por entre los sauzales, el arroyo formado por veinte vertientes de agua helada, se escurre, riendo y cantando con una risa y una canción que no concluyen nunca... Está hermosa la mañana. El pretil del templo está lleno de gentes, gentes del pueblo y gentes que acuden a la misa desde los más lejanos huecos de las sierras. Rie el sol sobre los seres y las cosas; rie en el cielo, rie en la montaña recamada de talcos y de pedregales blancos, como hosamentas milenarias; por aquí, por allá, por todas partes, se extiende y cae con suprema languidez la gloria de la luz. ¡Bendito sea el sol de mi terruño! Llega la hora de la siesta. Un vaho ardoroso agita los trigales, recalienta las pie-

dras y madura las manzanas, las uvas, los duraznos, los higos y las tunas, mientras corean las chicharras en los árboles en flor. La tarde se avvicina. Ráfagas de aire descendidas desde las cumbres agitan la alameda con un rumor de lluvia mansa y a veces también con un fragor de torrente. Un perfume de hierbas campesinas, de tomillo, de malva y de poleo, discurre por doquiera. El crepúsculo recorta el filo de la sierra que se ha tornado azul. Un campanazo suena de repente. Vuelan las palomas de la torrecilla del templo y retornan a ella mientras el sonido se dilata como una quejumbre desfalleciente por todos los ámbitos del valle hasta apagarse a la distancia. La tarde se pone mística. Ora con devoción. Todo ora en aquel instante; los seres y las cosas; las almas y las hondonadas y el cielo y la montaña ensombrecida sienten la exaltación de las Horas y rezan una plegaria muy honda, sin voces, sin palabras... Por el camino, cuya faja blanca y plateada, se divisa entre las sombras, descende un rebaño de ovejas, manso y apacible, como tierna homilia. Ya anochece. Es la hora del misterio en la que todos los perfumes de la fronda se desprenden y se agitan como en un extraño zahumerio, exorcizando el amor. Reviven las leyendas montañosas. En el silencio del sueño, en la

soledad de las quebradas, el grito del zorro ¡cuaak! acentúa la quietud. Bajo la luz lunar la montaña se ha puesto gris, y flotan sobre ella gasas blancas, blancos velos que se dijera de un tocado nupcial resplandeciendo bajo el fulgor sereno de los astros... ¡Ah, el terruño de los Vargas! ¡Córdoba de mi vida y de mis sueños!

Era noche cerrada cuando Julián abrió los ojos. Montó a caballo y se alejó. Se sentía mejor. Estaba más aliviado. Un viento de las cumbres celestiales y una luz venida desde lo alto le acariciaban el alma atormentada. Voz sin eco, voz extraña, le cantaba al oído una canción de paz, de sosiego y de esperanza.

Había orado.

El sereno y la humedad le hicieron mal. Tuvo una grave recaída con fiebre y tos. Guardó cama.

Una mañana, en el preciso momento en que Marcos salía en busca de remedios, la puerta se abrió lentamente.

Julián dió un salto en la cama gritando:

— ¡Ernestina!...

Dos mujeres entraron. Una de ellas corrió hacia el enfermo.

— ¡Mamita! — exclamó éste, tendiéndole los brazos.

— ¡Julián! ¡Hijo mío! Bien me avisaba el corazón que algo grave te sucedía — sollozó la madre abrazando a su hijo.

— ¡Mamita! ¡Mamita! — balbuceaba Julián acariciándola con sus manos secas y descarnadas. ¿Cómo has venido?

— A llevarte ¿oyes? He venido a llevarte. No

quiero que estés más aquí, en este Buenos Aires malsano. No quiero, no quiero. .

— Sí, mamita; me iré contigo. Pensaba irme ¿sabes? Conforme me levante volveremos a la estancia.

— Y te quedarás allí para siempre.

— Para siempre, mamita.

Julián reparó en la otra mujer, que permanecía de pie junto a la puerta.

— ¿Quién es?

— Yo, señorito — contestó la mujer, adelantando un paso.

— ¿Qué veo? ¿No eres Laura García?

— Ella soy; me ha reconocido. He venido acompañando a la señora porque se había dirigido por error a la calle Santiago del Estero ¿sabe usted?

— Bueno, muchas gracias, Laura.

— Si usted no manda otra cosa, me retiraré...

— Espera — dijo Julián. — Quiero darte alguna cosa.

— Me ofendería, señorito — replicó ella.

Laura parecía tener algo más que decir:

• — Este... este... pues mire usted, señorito Julián.

— ¿Qué, Laura? Habla.

— Perdone, usted. Yo le busqué muchas veces...

— ¡Ah! Me buscaste.

— Muchas veces...

— ¿Para qué, Laura?

— Para saber de usted... Este... mire, usted perdone, yo tengo algunos ahorros... y sería feliz si usted los ocupase... vamos...

— Eres buena, Laura. Gracias por todo.

El enfermo recapacitó de pronto.

— Dime, Laura, esa no era una idea tuya ¿verdad? Era de madame Sabela...

— ¡Oh, no! Ya no estoy más al servicio de madame Sabela.

— ¿No?

— Ahora son otros mis patrones aún cuando viven en aquella casa. Madame Sabela está pagando sus infamias en otra parte.

— ¿Qué dices?

— ¡Ah, señor Vargas! ¡Es una desdicha!

— ¿Qué tiene?

— Está en la cárcel y padece de una enfermedad mala... muy mala y muy fea. ¿Comprende usted? Se lo merecía.

— ¡Pobre mujer! — exclamó Julián.

... Con que si usted no manda otra cosa, me retiraré.

— Vuelve pronto, Laura.

— Así lo haré. Y ya lo sabe... lo dicho...

— Gracias, gracias.

Laura se marchó y Julián tornó a acariciar a su madre.

— Cuéntame muchas cosas de San Andrés, mamita. Comienza por los de casa: abuelita, el viejo: háblame de todos, de todos.

— Desde aquel maldito asunto todo ha cambiado en San Andrés.

— ¡Maldito pleito! Y dime ¿el padre Liberato no quiso ayudarnos?

— Ni siquiera pudimos conseguir que nos oyera.

— ¿Y el padre Rainerio? ¿Qué hace el padre Rainerio?

— Ya no está en San Andrés. ¡Ah, pero no lo sabes? Lo trasladaron a la Candelaria, una aldea que está más al fondo de la sierra.

— ¿Por qué?

— Para poner a otro en San Andrés. ¡Manejos del padre Liberato!

— ¿Quién está en su lugar?

— Un cura italiano, un desconocido, que está apretando la mano en todo. Dios me perdone la mala idea, pero yo creo que es un ladrón. Además, se dice — se dice, eh? — que es un libertino.

— ¡Qué bueno era el padre Rainerio! — murmuró Julián.

— Pero con todo, ha tenido suerte. ¿Recuerdas a don Pío Castro?

— Don Pío Castro...?

— Sí; aquel ricacho que tenía una estancia grande, con muchas vacas, al pié de la sierra de los Gigantes.

— Sí, sí.

— ¡Tan pobre ha quedado que ha tenido que conchavarse de peón!

— ¡De peón!

— ¡Y tan rico que era!

— ¿Cómo ha sido posible?

— Un gallego ha puesto un almacén en San Andrés y, según se murmura, vende unas bebidas extrañas. Con ellas hace emborrachar a los hombres y cuando ya están borrachos les hace firmar boletas de venta de campo con precio pagado. Si se resisten a escriturar, viene el pleito; y el pleito es el mal de los males. Por aquí se explica la pobreza de don Pío Castro.

— ¡Lo que es el mundo! — murmuró Julián, hundiendo su recuerdo en la noche del Apolo, cuando se representaba «Barranca Abajo».

— Como Castro son muchos los que han quedado en la miseria. Ahora trabajan como peones en las canteras...

— ¿Canteras?

— Sí, pues. Toda la estancia de los Vargas es una sola cantera. Y se trabaja mucho.

Julián se quedó en silencio un largo rato.

— ¡Le ha tocado el turno a San Andrés — pensaba. — El extranjero ya está ahí; domina en todo Olain.

De pronto interrogó con señalado interés:

— ¿Y Matilde? ¿Qué es de la vida de Matilde, mamita?

— ¿Matilde? Se casó, pues; se casó con el dueño del hotel de San Andrés, un italiano ya entrado en años, pero muy serio.

Julián se sintió abatido.

— Se ha casado también... — murmuró entre dientes.

Tras una breve pausa volvió a preguntar:

— ¿Hace mucho que se casó, mamita?

— Hace más de un año, pues — respondió la madre mientras examinaba todos los objetos de la estancia. De pronto, volviéndose hacia Julián, dijo con extrañeza:

— ¿Sabes que no encuentro aquí ni una sola imagen sagrada? Todo es profano y huele a herejía.

— Sí, mamita; es verdad. Todos los objetos religiosos están guardados. Los metí al baúl porque pienso marcharme pronto.

— Quiero pensar que tus creencias no han cambiado, Julián.

—No, mamita... no han cambiado. Pero hablemos de otras cosas. Dime ¿Matilde es feliz ahora?

—Así parece. Tiene un niño precioso, un varoncito. Tu abuelita dice que es nieto suyo... Y Matilde está hermosa.

—Hermosa... Siempre fué hermosa — suspiró Julián.

—Ya la verás. Y verás cómo está de cambiado San Andrés. Espero que nos iremos pronto.

Julián, que estaba distraído, como engolfado en recuerdos lejanos, movió la cabeza negativamente diciendo:

—Oye, mamita; yo no iré nunca más a la estancia.

—¿No irás?

—No; no iré.

—Me dejarás ir sola?

—Sola no.

—Entonces...

—Mi amor te hará compañía. Pero yo... no iré... No puedo ir...

—Un ataque de tos le cortó la palabra. Después dijo, recogién dose en el lecho:

—Tengo frío, mamita. En ese baúl está la frazada que me regaló abuelita.

La madre la sacó con presteza y la desarrolló exclamando:

— Por lo visto no la usaste nunca.

— Nunca. Quería conservarla. Tápame con ella.
La madre le cubrió con solicitud.

Julián se dió vuelta hacia la pared balbuceando
con voz queda:

— No puedo ir... No iré... no iré...

La fiebre aumentaba de una manera alarmante. Era evidente que el mal se hacía cada vez más grave. Julián deliraba, en ocasiones a voces, revolviéndose en el lecho.

Su madre se despertó una vez, a media noche, sobresaltada por sus gritos.

El enfermo clamaba:

— ¡Fe! ¡ Necesito tener fe, fe en algo, madre! Quiero llenar con algo la soledad del mundo. La soledad es un mónstruo que me acecha, que está pronto a lanzarse sobre mí, como se lanza el león sobre su presa. Madre, no me dejes ; no me abandones, madre! Aquí, cerca de mí!

La madre corrió hacia él con palabras de consuelo. El pareció serenarse. Se restregó los ojos, como si despertase de un sueño pesado y miró con extrañeza todas las cosas del aposento. De pronto, fijando sus ojos en su mesa de trabajo

acomodada en un rincón, murmuró con supremo desaliento:

— Ahí queda todo. Esos papeles que ves ahí, mamita, son mis trabajos: novelas, cuentos, versos y estudios. Casi todo está inconcluso. Hay un poema en el que cifré grandes esperanzas. Guarda todo eso, mamita, o deposítalo en poder de Marcos.

— Cálmate, Julián. No hables así con tanta desesperanza.

— Me siento vencido, mamita. Esta certeza de que estoy fracasado me da una pena muy honda, ¡Y pensar que triunfan otros con menos talento y con menos alma! ¡Oh, fátalidad! «¡Serás desgraciado!» Tenía razón el padre Liberato. Tenía razón.

Se calló un momento. Luego prosiguió:

— Soledad! ¡Soledad! ¡Soledad hacia todos los rumbos! ¡Soledad infinita! ¡Dios! ¿Dónde estás, Dios? ¿A dónde te has ido, Dios? ¿Por qué me has dejado, Dios? ¡No; no es posible! He de llenar mi espíritu de dioses. Necesito creer! El viajero perdido en el desierto no está más solo que yo sin creer en nada. Vuelve, Dios... ¿No oyes las palabras del hereje?: «Y la sombra de Juliano debió estremecerse oyendo a un doctor en teología cristiana realzar su tesis, proclamar que el paganismo podía bastar a las necesidades más pro-

fundas del alma, perdonar a las nobles inteligencias que en la hora suprema intentaron reanimar en su seno a los dioses próximos a irse». ¡Necesito creer! ¿Oyes las palabras de Renán?

La madre le acarició.

— Duerme, Julián. Dios está contigo.

Julián se estremeció.

— Pretendo reavivar a los ídolos que otrora llenaron el firmamento de mi espíritu y no me acuerdo de que los desterré hace tiempo — exclamó. — ¡Sí, yo los desterré! Y ahora, cuando los llamo, no quieren volver. ¿Por qué no vuelven? Yo los expulsé; pero eran buenos, después de todo. ¿Por qué los expulsé?

— ¡Dios lo proteja! — sollozó la madre.

El lanzó una carcajada.

— ¿Dios? Dios era hijo mío; yo lo engendré.

Luego se puso bravío.

— Pero ese hijo mío — gritó — quiso gobernarne; quiso tiranizarme, ¡se hizo déspota! Y entonces le maté. ¡Yo le maté! Ahora le lloro; más, si resucitara tirano le volvería a matar. ¡A mí no me gobierna nadie! Soy la libertad suprema. Ni el Estado me gobierna. Ni ese Baal de barro ante el cual Rivolta arrastra la pelambre de su panza! Nada existe fuera de mí; nada hay más allá de mi persona. ¡Yo soy Dios!

— Sí, Julián, cálmate y reposa — le suplicó la madre. Pronto nos marcharemos a las sierras. Sí, hijo mío.

— Nada es cierto — suspiró Julián. — Mi alma es como un templo abandonado. Es como una ermita sin plegarias. No fui más que un vagido en el espacio, una sensación pasajera y fugitiva. He vuelto a las iglesias y no he encontrado nada, nada. ¡Soledad, soledad, y siempre soledad! Soledad bajo las bóvedas relucientes de oro y de riquezas; soledad en el alma de las muchedumbres prosternadas en las naves, ansiosas de creer, sedientas de divinidad, seseando plegarias sin sentido; soledad en el gemir de los armonios; soledad, soledad en el cielo y en la tierra, ¡soledad sobre los mundos!

Después se sosegó y durmió hasta el atardecer. La entrada de Marcos le despertó. Descolgó el retrato de la pared y lo levantó en alto.

— ¡Has venido, Ernestina! — exclamó. — Bien dije yo que alguna vez vendrías a verme! Me amas... me amas. ¡Me amarás siempre! Estás más hermosa que nunca. ¡Y me amas!

Apretando el retrato contra su pecho, jadeante de emoción:

— ¡Abrázame! — dijo. — ¡Abrázame así, así!... Mi Ernestina. ¡Mi Ernestina!

Luego se serenó.

— Marcos, — añadió — ha pasado un ángel de belleza por sobre mis sienes. ¡ Dame una inyección! ¡ Quiero vivir! ¡ Dame veinte inyecciones si es preciso! ¡ Pronto!

— Todo lo que pidas — respondió Marcos, preparando la jeringa.

— ¿ Todo lo que pida?

— Sí, querido,

— Entonces... entonces...

La madre entró, en ese momento seguida de una mujer y de Victor Ferro, y se detuvo en la cabecera de la cama, con la mirada ansiosa, fija en el médico, como una interrogación.

— ¿ Todo lo que pida, Marcos? — preguntó el enfermo.

— Sí, querido; todo.

— Mira, vuelca en el aposento ese frasco de Fleur de Roses que está ahí, en el anaquel... es del tiempo de la grandeza ¿ sabes? Tu, mamita, corre a buscar flores, muchas flores, las necesarias para llenar la estancia. Y tu, Ferro, procura una botella de vino espumante.

— ¿ Quieres Champagne? — preguntó Marcos, quebrando una ampolla de preparado.

— Eso es.

— Champagne.

— No; quiero aquel vino raro que tomamos una vez, en el restaurant, festejando una victoria de amor... ¿cómo se llamaba? ¡Ya recuerdo! Magnum Greves Enfants de Jesús. ¡Eso es!

Marcos iba a ponerle la inyección cuando el enfermo dijo, apartándole la mano:

— Espera, espera. Nadie se mueva. Estoy extasiado. ¡El himno al Sol! Los titanes, los hijos de la Tierra, los hijos del Pueblo, acorazados de ideal y de belleza, escalan el Olimpo! Cantan el himno al Sol. ¡Así, así, más alto! El cosmos entero canta. Ruje la montaña, brama la tempestad, gimen los mares, tremolan las selvas, el cosmos entero canta un himno de victoria, en el espacio infinito, en la Eternidad infinita! ¡Oh, pira inextinguible del Ideal, en tí echo las últimas brazadas de mis sueños! ¡Arde! Por los siglos de los siglos, arde!

Reclinó la cabeza y se quedó dormido.

— ¡Hijo! — gritó la madre abrazándole con desesperación.

— ¡Muerto! — sollozó Marcos.

Ferro añadió con energía:

— Con la muerte del armiño ¡de asco!

— Así mueren todos los enfermos de ideal — añadió Marcos.

A los pies del caído, Laura García lloraba con supremo desconsuelo.

Los dos hombres se abrazaron.

Marcos, sobreponiéndose a su dolor, se interrogó:

— La vida es de los fuertes. ¿Qué es lo fuerte? Respóndeme, conciencia, ¿qué es lo fuerte?

Y entonces una voz ronca, una voz que parecía venir desde trescientos años atrás, vibró en el aposento:

— ¡Julián Vargas!

Kilómetro 14 (Córdoba) - 1916.

La
primera
edición, de mil
ejemplares, de esta novela
se terminó de imprimir en 31 de
Diciembre de 1918, en los talleres gráficos de
ELZEVIRIANA, que don Miguel Marot tiene esta-
blecidos en la casa n.º 130 de la calle 25 de
Mayo, de la ciudad de Córdoba.
Es propiedad del editor.
Queda hecho el
depósito de
ley.

Talleres Gráficos
« LA ELIZVIRIANA »
25 de Mayo 130-Córdoba
